

Ón revolucionaria. Así sea.

**Enrique González Rojo**

**OBRA FILOSÓFICO-POLÍTICA**

**TOMO II**

*LA NATURALEZA DE LOS  
LLAMADOS PAÍSES  
SOCIALISTAS*

 domés

## CAPITULO I

### *HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DEL MODO DE PRODUCCIÓN "SOVIÉTICO"*

1. El carácter, la esencia, el sentido más profundo de una revolución social no está determinado por aquellas clases sociales que, con su intervención, destruyen el antiguo régimen, sino *por la clase o las clases que resultan beneficiadas al final del proceso*. La revolución mexicana, por ejemplo, fue realizada *por* los campesinos y los obreros, los intelectuales y la pequeña burguesía, *para* la burguesía, *para* la modernización de una burguesía dependiente y subdesarrollada. El *por* habla de las clases revolucionarias en sentido empírico. El *para* de la clase o las clases que capitalizan a su favor el proceso. Hacer un análisis clasista basado en el *por*, que olvide o desdeñe el *para*, no sólo resulta un examen empirista y superficial sino una *ideología* puesta al servicio de la clase beneficiada por el proceso revolucionario y que pretende ocultar su esencia, su contenido, aludiendo 'a las clases populares revolucionarias que destruyeron la maquinaria del régimen superado. Se habla entonces, no de regímenes burgueses, sino populares. El gobierno mexicano, de acuerdo con el PRI, no es el gobierno de la burguesía explotadora sino la expresión de los intereses de los obreros, los campesinos y las organizaciones populares.

La participación del proletariado revolucionario en ninguna parte y en ningún momento ha sido más clara y contundente que en la revolución de Octubre. Pero la esencia de esta insurrección consiste en que fue una revolución hecha *por* los obreros y campesinos *para* la *clase intelectual*. De ahí su carácter: se trata de una revolución que abrió un nuevo modo de producción: el *intelectual* (burocrático-tecnocrático).

Veamos lo anterior de manera más detallada. La revolución bolchevique fue, en efecto, *una insurrección llevada a cabo "por" los obreros y los campesinos "contra" la burguesía "para" la clase intelectual y sus dos sectores privilegiados: los burócratas y los tecnócratas*. Para caracterizar la esencia de un proceso revolucionario debe tenerse claridad, por consiguiente, en el *por*, el *contra* y, sobre todo, el *para*. En China, en 1949, finalizó un proceso revolucionario que aproximadamente

---

\* El documento *Hacia una caracterización del modo de producción "soviético"* fue escrito en el año de 1978 cuando el autor pertenecía al grupo Espartaquismo Integral-Revolución Articulada (EIRA). Fue publicado inicialmente en mimeógrafo en la colección de Boletines editados por este grupo. Después vio la luz en la revista *Nueva política*, Vol. II. Núm. 7 de 1979.

poseía la misma conformación estructural del soviético: se trató de una *revolución hecha "por" los campesinos y obreros, "contra" la burguesía y "para" la clase intelectual*. Sin embargo, en 1965, el estallido de la revolución cultural proletaria (que, hoy por hoy, pese a su importancia y repercusiones, nos parece, sin embargo, frustrada) indicó el modelo sustancial para una *revolución socialista* dentro del modo de producción *intelectual*, porque fue una *rebelión realizada "por" el pueblo (obreros, campesinos, estudiantes) "contra" la clase intelectual (y especialmente sus burócratas y tecnócratas) "para" la clase trabajadora manual*.

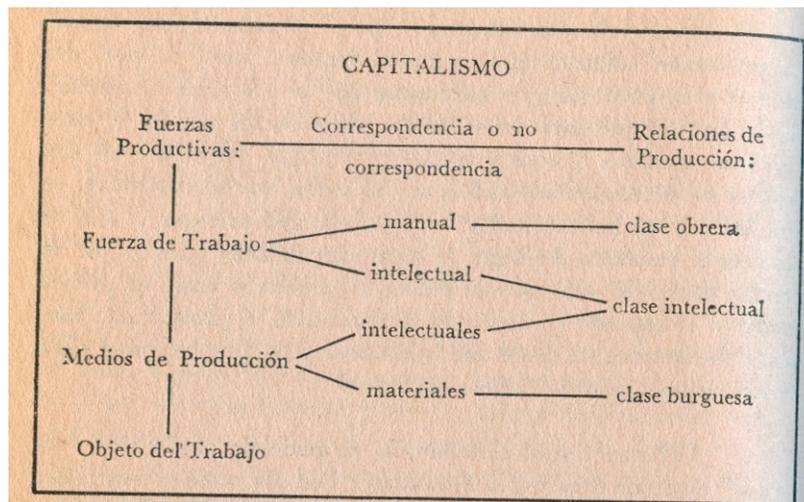
Si el modelo de revolución socialista dentro de los países *intelectuales* es la precedente, el esquema para la misma revolución dentro de los países capitalistas no puede ser otro que el de la vinculación dialéctica de la revolución económica y de *la revolución cultural ininterrumpida* o el de *la revolución articulada*. Para que un país capitalista pudiera devenir socialista sin cristalizarse en un *régimen intelectual* se requiere que el proletariado manual (obreros y campesinos), aliado *críticamente* a otros sectores de la población (entre los que hay que situar a los intelectuales anticapitalistas, esto es, los *marxistas-leninistas y las masas en que éstos tengan influencia*) combata al capital, primero, y a la clase intelectual, después, para llegar él mismo (el proletariado manual) al poder. Se trataría de una insurrección con este esquema: *revolución hecha "por" el proletariado manual (y otras fuerzas) "contra" la clase burguesa y "contra" la clase intelectual "para" la clase obrera manual*.

La revolución cultural ininterrumpida implica, pues, un *por*, dos *contras* y un *para*. Cuando afirmamos que el proletariado manual, aliado críticamente con otras fuerzas, debe luchar *contra* la clase burguesa, primero, y *contra* la clase intelectual, después, estos dos *contras* no deben ser separados, de tal modo que se sustantive, se absolutice y se institucionalice el resultado del primero y sólo se prometa el resultado del segundo para *cuando Dios quiera*. No. Se precisa borrar lo más que se pueda las fronteras entre el primer *contra* y el segundo o, dicho de otra manera, el proletariado *manual* debe prepararse desde que lucha *contra* la clase burguesa para luchar después *contra* la clase intelectual.

2. ¿Por qué hemos denominado al modo de producción "soviético" modo de producción *intelectual*? Por dos razones esenciales: una, económico-social; otra, fundamentalmente política. La primera puede ser formulada del modo siguiente: los diferentes modos de producción que registra la historia llevan siempre el nombre de la clase que resulta dominante dentro de sus sistemas: tal el caso de los modos de producción esclavista, feudal y capitalista. La segunda

razón, íntimamente vinculada con la primera, es ésta: resulta de suma importancia *designar* al modo de producción imperante con el nombre de la clase dominante *porque ello opera como una denuncia, para la clase dominada, de quién es el enemigo principal*. Si damos el nombre al régimen soviético de *Estado obrero*, como quieren los trotskistas, de *capitalismo de Estado*, como quieren los anarquistas, y ya no se diga de *régimen de transición* o de *socialista*, estamos velando lo realmente decisivo: *cuál es la clase dominante en este régimen y, por ende, cuál el enemigo principal del proletariado manual*.

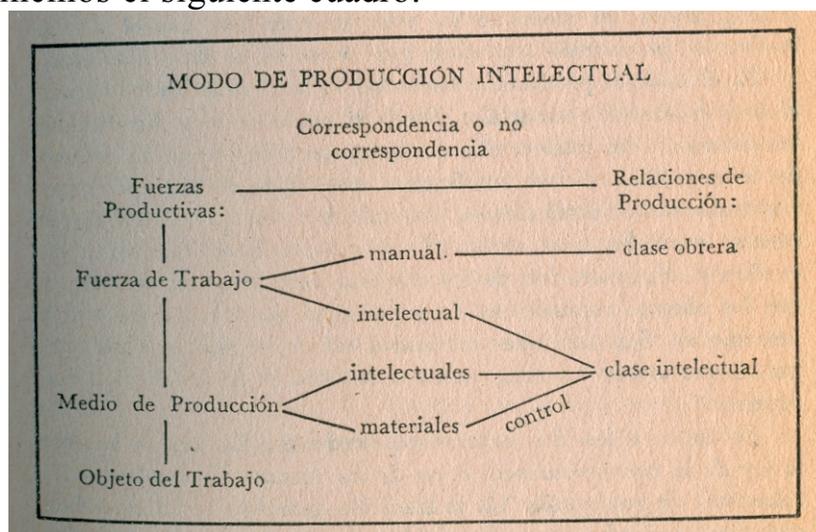
Una vez que se ha establecido la hipótesis de que existe un modo de producción *intelectual*, que no es ya capitalista (aunque conserve algo de este sistema) ni tampoco socialista (aunque anuncie algo de tal régimen futuro), conviene examinar (en este caso, aunque sea con brevedad) el sistema económico en que reposa. Examinemos el siguiente cuadro:



Este esquema corresponde, como puede advertirse, al modo de producción capitalista. Las fuerzas productivas (en una relación de correspondencia o no con las relaciones de producción) constan de tres elementos: *la fuerza de trabajo* (que puede ser manual o intelectual), *los medios de producción* (que pueden ser intelectuales o materiales) y el *objeto del trabajo*. Las *relaciones de producción* (en correspondencia o no con las fuerzas productivas) tienen como su esencia ciertas relaciones de propiedad privada. La fuerza de trabajo manual (en lo fundamental conformada por trabajo simple) *carece* tanto de medios de producción materiales cuanto de medios de producción intelectuales. Y esta doble carencia es lo que constituye su esencia como *clase obrera*. La fuerza de trabajo intelectual (en lo fundamental conformada por trabajo complejo) carece de medios de

producción materiales pero no de medios de producción intelectuales y esta situación (poseedora en un sentido y no poseedora en otro) constituye su esencia de clase intelectual. El capital, dueño de los medios de producción materiales, es la clase dominante del sistema. Es una clase que obtiene trabajo no retribuido (plusvalía) tanto del trabajador manual cuanto del trabajo intelectual productivo. Es, pues, una clase *contratante*: contrata a trabajadores de diferente calificación técnica para *valorizar su valor* (Marx). En esto reside, pues, su naturaleza de *clase burguesa*.

En la sociedad capitalista no existen sólo dos clases sociales, como suele decirse (los capitalistas y los obreros), sino tres (los capitalistas, los intelectuales y los obreros). El status de los intelectuales difiere, desde luego, del de los capitalistas. No se trata de una clase sustantivada, independiente. Su *autonomía* está relativizada por una sistemática *dominación* por parte de la clase burguesa. Su propiedad privada sobre los medios *intelectuales* no le confiere el poder suficiente para concurrir con los propietarios sobre los medios materiales, que son quienes dominan el panorama capitalista de manera decisiva y contundente. Ahora examinemos el siguiente cuadro:



Este esquema corresponde al modo de producción *intelectual*. Las *fuerzas productivas* (también en una relación de correspondencia o no con las *relaciones de producción*) constan asimismo de tres elementos: la *fuerza de trabajo* (manual e intelectual), los *medios de producción* (intelectuales y materiales) y el *objeto de trabajo*. Las relaciones de producción (que en este caso creemos que deben ser rebautizadas con el nombre *de relaciones sociales de la productividad*) tienen también como su esencia ciertas relaciones de propiedad.

La fuerza de trabajo manual sigue careciendo, en este sistema, tanto

de medios de producción materiales (después veremos la razón específica de esta afirmación) cuanto de medios de producción intelectuales. Aún más: *carece* de medios de producción materiales (no tiene acceso a su *control*) porque carece de medios de producción intelectuales., Esta situación es la que hace de la *clase obrera manual* del modo de producción *intelectual la clase dominada*. La fuerza de trabajo intelectual, por su lado, es dueña de los medios de producción verdaderamente decisivos de este sistema: los intelectuales. Al ser dueña de ellos, a diferencia de los trabajadores manuales, puede *controlar* los medios *materiales* de la producción. Detengámonos un momento en este concepto del *control de los medios de producción materiales por parte de la clase intelectual*.

En el modo de producción *intelectual* se han "socializado" los medios de producción materiales. Desde el punto de vista jurídico, ni los obreros ni los intelectuales pueden poseer, en el sentido *privado* de la expresión, dichas condiciones materiales de la producción. Los trabajadores intelectuales, sin embargo, son quienes en fin de cuentas *controlan* tales medios. La planificación económica, la dirección y administración de las empresas, etcétera, son actividades que los obreros manuales ni desempeñan ni pueden con frecuencia desempeñar. Son funciones realizadas más bien por la clase intelectual que logra, con ello, controlar los medios de producción materiales.

Volvamos a los dos esquemas precedentes. En ambos aparece *la ley de la correspondencia o no de las fuerzas productivas y las relaciones de producción*. En la tradición marxista se ha entendido por *fuerzas productivas*, en sentido estricto, la relación práctica, transformadora, de los hombres *con* la naturaleza, a través de los medios materiales de la producción, y se ha entendido por *relaciones de producción* los vínculos que, al mismo tiempo de realizarse dicha transformación natural, se establecen entre los hombres. En la misma tradición marxista se ha supuesto que mientras en el capitalismo impera la *ley de la correspondencia o no correspondencia de las fuerzas productivas y las relaciones de producción* en el régimen socialista se iniciará en lo fundamental la etapa de una plena armonía entre un elemento y otro. Nosotros creemos que tal cosa es cierta, siempre y cuando se trate, en efecto, del *régimen socialista*, esto es, de la primera fase de la sociedad comunista. *La armonía ininterrumpida entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción es, en efecto, el modus operandi del régimen socialista como régimen de transición*. Pero conviene aclarar que no ocurren así las cosas en el modo de producción *intelectual*. En este sistema se puede discernir, igual que en los sistemas *clasistas* del pasado, *la ley de la correspondencia o no de las fuerzas productivas y las relaciones de*

*producción*, ley que debe ser reformulada como el principio *de la armonía o no de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de productividad*, esto es, de los nexos concordantes o discordantes entre las relaciones basadas en la apropiación intelectual (relaciones de propiedad técnico-funcional) y el desarrollo de la tecnología y la ciencia (medios materiales e intelectuales de producción). En el modo de producción *intelectual* se puede registrar la fase de *correspondencia* entre un factor y otro cuando las relaciones sociales de productividad (la composición técnica de la clase trabajadora a nivel social) impulsan el desarrollo de la técnica, o para decirlo con una expresión de Marx, se vuelven la "forma del desarrollo" de las fuerzas productivas. La fase de la *no correspondencia* hará acto de presencia (y hay algunos indicios de que tal cosa ha empezado a ocurrir en la URSS) cuando el desarrollo tecnológico y científico, el despliegue de las fuerzas productivas, *se vea frenado por los intereses de la clase intelectual y de sus sectores burocrático-tecnocrático*.

4. Lenin, basado en la *Crítica del programa de Gotha* de Marx, habla, en el capítulo V de *El Estado y la revolución*, de que la rebelión anticapitalista creará un régimen comunista (en el sentido amplio del término) que presentará dos etapas: *la primera fase de la sociedad comunista* (comúnmente conocida con el nombre de socialista), que es tratada en el inciso 3 del capítulo en cuestión y la *fase superior de la sociedad comunista* (o comunismo en sentido estricto), que es tratada en el inciso 4 del capítulo mencionado. Los divulgadores (y vulgarizadores) del marxismo, frecuentemente dividen la fase socialista del régimen comunista de su etapa propiamente comunista como si se tratara de dos modos de producción distintos. ¿Por qué Lenin llama comunista a la fase socialista?<sup>1</sup> Porque el socialismo es, para él, *un régimen de transición*. Una de las razones fundamentales por las cuales el régimen socialista se configura, de acuerdo con Lenin, como un *régimen de transición* o como la *primera fase de la sociedad comunista*, es que en él la *ley de la correspondencia de las fuerzas productivas y las relaciones de producción* ha sido sustituida por la ley de una plena armonía constante entre los dos términos.

Mas ¿qué pasa en el modo de producción *intelectual*? Que lejos de haber desaparecido la ley mencionada, se reconfigura, recibe una nueva modelación de acuerdo con el sistema generado. El modo de producción *intelectual* no puede ser denominado *primera fase de la sociedad comunista*

---

<sup>1</sup> Dice: "En la primera fase de la sociedad comunista (a la que suele darse el nombre de socialista)... ". *El Estado y la revolución*, en *Obras escogidas*, 2 tomos. Ediciones en Lenguas Extranjeras; Moscú, 1948, p. 254.

porque, lejos de ser un nuevo régimen de transición es un *nuevo modo de producción: el intelectual*.

5. Si el modo de producción "soviético" es un modo de producción no teorizado adecuadamente hasta nuestros días, si es un modo de producción que se diferencia *esencialmente* tanto del *capitalismo* como de la *primera fase de la sociedad comunista*, resulta imprescindible llevar a cabo un análisis comparativo de las clases sociales en el modo de producción capitalista y en el modo de producción *intelectual* para posteriormente visualizar cuál deberá ser la conformación clasista de la sociedad comunista en su fase inferior (socialista).

Empecemos con la clase dominante del modo de producción *intelectual*. Como hemos asentado con anterioridad, la clase dominante del régimen *intelectual*, a diferencia de la clase dominante del régimen capitalista, ya no es dueña, en el sentido jurídico del término, de los medios *materiales* de la producción. Con la desaparición de la propiedad privada sobre las condiciones materiales de la producción, desaparece el *capital privado*, la concurrencia entre capitalistas individuales o la competencia intermonopólica. Pero esta propiedad sobre los medios materiales de la producción se sustituye por el *control* de los mismos, el cual, a pesar de su *status* jurídico, puede ser caracterizado si no como una propiedad legal sí como una *posesión de hecho* por parte, como hemos dicho, de la clase intelectual.<sup>2</sup> La clase intelectual es, por consiguiente, una clase que monopoliza los medios de producción intelectuales y posee *tácticamente* (en la forma del control) los medios materiales de la misma. Las razones que adjudican a la clase dominante del modo de producción "soviético" el *control* de los medios materiales de la producción ya no residen, como en el capitalismo, en la *apropiación material*, sino en la *apropiación intelectual privada*, en el privilegio que han tenido y tienen algunos para *trabajar su fuerza de trabajo*.

Consecuencia de la desaparición de la propiedad privada sobre los medios materiales de la producción, es que se restringe al principio y prácticamente desaparece después la realización mercantil del capital constante. Si existe un mercado de bienes de consumo, esto es, del sector II, ya no existe un mercado de bienes de producción (sector I). *Se modifica esencialmente, entonces, la estructura del mercado interno, en comparación con el capitalismo.*

---

<sup>2</sup> De la clase intelectual o de la *burocracia en sentido amplio*. En efecto, respecto al modo de producción "soviético" se puede hablar de burocracia en sentido restringido (aludiendo a la cúspide gubernamental) o de burocracia en sentido lato (haciendo referencia a todos los trabajadores intelectuales al servicio del Estado).

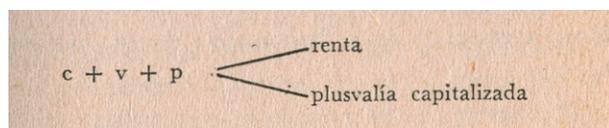
El modo de producción *intelectual* beneficia a la *clase intelectual* en su conjunto (en el mismo sentido en que el régimen burgués beneficia a *toda* la clase capitalista). Sin embargo, deposita el poder decisorio (económico-político) en una *tecnoburocracia* que ocupa los puestos dirigentes del Estado y, sobre todo, del partido. Una diferencia palpable entre el carácter del Estado burgués y del Estado intelectual salta a la vista: ambos son estados de *clase*; pero el burgués lo es en sentido apropiativo-material y el "soviético" en sentido apropiativo-intelectual. Digamos algo acerca de la clase dominada tanto en el régimen capitalista cuanto en el *intelectual*. El obrero manual, en el capitalismo, es *libre* en tres sentidos: 1. libre de medios de producción *materiales* (que pertenecen a la burguesía). 2. Libre de medios de producción *intelectuales* (que pertenecen a la clase intelectual) y 3. Libre de contratarse con un patrono o con otro. El proletariado manual, en el *régimen intelectual*, es *libre* en los siguientes sentidos: 1. Libre también de medios de producción *materiales*. Aquí conviene hacer notar que, aunque jurídicamente los proletarios, como todos los integrantes de la sociedad, son *dueños*, en la forma de la propiedad colectiva, de los medios *materiales* de la producción, de hecho están *desposeídos* de ellos en virtud de que no tienen acceso al *control* de los mismos. En este sentido, salta a la vista la diferencia entre la clase intelectual y la clase obrera manual de los países "socialistas": mientras la clase *intelectual* *posee* de hecho, a través del *control económico* (los planes económicos, la administración, la dirección de empresas, etcétera), los medios materiales de la producción, la clase manual, aunque jurídicamente sea, junto con todos los integrantes de la colectividad, propietaria de tales medios, fácticamente se halla, como dijimos, definitivamente desposeída. 2. Libre de propiedades *intelectuales*. El hecho de que un sector de la clase obrera manual se intelectualice (a través de la escuela, etcétera), en un proceso de *transclasamiento ascendente*, no significa que *la clase obrera manual tiende a desaparecer sino que se fortalece la clase intelectual con nuevos elementos, en este caso de extracción proletaria*. 3. Ya no es *libre* de contratarse con un patrono o con otro, en virtud de que, por así decirlo, el *patrono se ha universalizado*. El patrono está formado, de hecho, por la clase intelectual en general y por la tecnoburocracia en particular. De aquí podemos sacar la siguiente conclusión: así como el *capital constante*, en este sistema de producción, no entra, en calidad de mercancía, en la esfera de la circulación, el *capital variable* también está excluido de la comercialización. No hay, en sentido estricto, ni mercado de medios de producción ni mercado de mano de obra. No hay, asimismo, ejército industrial de reserva, ni juego de la oferta y la demanda en lo que a la cotización de la fuerza de trabajo se

refiere. *Al patrono universalizado corresponde un proletariado manual universal.* La contratación libre y competitiva, propia del capitalismo, es sustituida por *la contratación planificada de los obreros manuales por toda la clase intelectual.* Es claro que, desde el punto de vista jurídico, así no se presentan las cosas. Es verdad que, frente a la ley, todos son propietarios. Pero de la misma manera que *la igualdad de todos ante la ley* de la divisa burguesa es una *igualdad* formal que oculta las desigualdades fácticas entre el capital y el trabajo, la *propiedad de todos ante la ley* de la divisa "socialista" es una *propiedad colectiva* formal que oculta la posesión real de la clase intelectual y la desposesión efectiva del proletariado manual.

El modo de producción intelectual ya no es capitalista sólo por la exclusión de la comercialización del *capital constante* y del *capital variable* sino también porque desaparece en él *la anarquía capitalista de la producción.* *La universalización del patrono y la universalización del proletariado manual* constituyen la condición indispensable para sustituir la *anarquía capitalista de la producción* por la *planificación del sistema económico en su conjunto en función fundamentalmente de los intereses de la clase intelectual sustantivada.*

6. El modo de producción "soviético" ha pasado por dos etapas claramente discernibles (y creemos que dichas etapas constituyen una periodización necesaria de todo modo de producción intelectual):

*La etapa de austeridad.* Para que se entienda claramente cuál es la esencia de esta fase, analizaremos la fórmula de la acumulación capitalista:



El capitalista invierte, en efecto, en capital constante y en capital variable *para* obtener una plusvalía. Una vez que se ha hecho de ésta, la desdobra en dos partes: una (la renta) la destina a la satisfacción de sus necesidades vitales y suntuarias, mientras que la otra (la plusvalía capitalizada) la reinvierte ampliando su capital, de tal modo que el segundo acto productivo será:

$$c' + y' + p'$$

y así sucesivamente.

Esta fórmula conviene no sólo a un capitalista individual sino, como

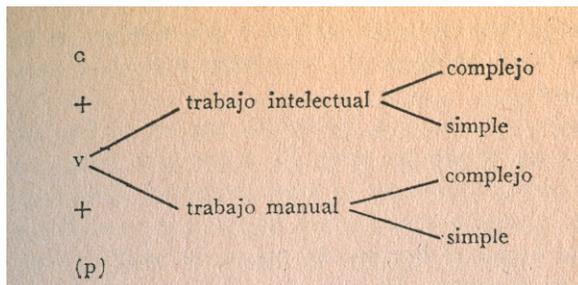
fue aclarado suficientemente por Marx, al capital en su conjunto.

En la *etapa austera* del modo de producción intelectual, la fórmula general de la acumulación se presentaba de esta manera:

$$c + v. \dots (p)$$

En efecto: al realizar el producto en su totalidad una parte se destinaba a reponer el *capital constante* y otra a reponer el *capital variable*. La *plusvalía social* (concepto con el que deseamos indicar el excedente de valor producido por el proletariado universal) tendía a reinvertirse<sup>3</sup> en el desarrollo industrial del país. La planificación económica, como se sabe, estaba orientada a canalizar la mayor parte del excedente social al incremento preferencial, en lo que al sector 1 se refiere, de la industria pesada (máquinas herramienta, etcétera) sobre la industria ligera. Somos de la opinión de que la *etapa austera* del modo de producción *intelectual* abarca, en la Unión Soviética, desde la toma del poder por parte de los bolcheviques hasta la muerte de Stalin aproximadamente. El xx Congreso, el advenimiento al poder de Nikita Jrushov, primero, y de Brezhnev, después, representan, en cambio, el inicio y el auge del periodo *lucrativo* del modo de producción intelectual.

La fórmula completa de la fase *austera* de este régimen es la siguiente:



Esta fase *austera* tiene dos características relevantes:

a. La plusvalía (como *capitalización social*) tiende a reinvertirse casi en su totalidad en el desarrollo industrial y agrícola del país.

b. De acuerdo con la fórmula "socialista" (en realidad la

---

<sup>3</sup> Respondiendo tal cosa a la planificación económica de una clase intelectual *austera* y una burocracia, partidaria y estatal, que no había olvidado aún las gestas revolucionarias del pasado.

fórmula del régimen *intelectual*) de *a cada quién según su trabajo*, el *capital variable* de la comunidad se destina a pagar, en cantidades diversas, el trabajo intelectual y el trabajo manual. En general se remunera más alto el trabajo intelectual que el manual; más el trabajo intelectual complejo que el simple y más el trabajo manual complejo que el manual simple. Y no es raro, como pasa en todo país altamente industrializado que requiere proletarios de gran calificación, que se pague más a un obrero manual especializado (el cual no ha hecho otra cosa que *trabajar su fuerza de trabajo, que intelectualizarlo*) que a un trabajador intelectual *simple*.

Una diferencia importante entre el modo de producción *intelectual*<sup>4</sup> y el modo de producción *capitalista* estriba en el hecho de que mientras en el primero tanto la clase dominada cuanto la clase dominante son *clases productivas*,<sup>5</sup> clases laboriosas que intervienen en el proceso global de la producción con un diferente tipo de fuerza de trabajo, en el segundo sólo las clases dominadas (los obreros manuales y los trabajadores intelectuales) son productivas, mientras que los burgueses (en tanto dueños, y sólo dueños, de los medios *materiales* de la producción) constituyen una clase parasitaria e improductiva.

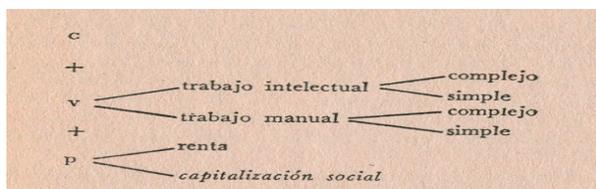
El modo de producción *intelectual*, aun en su fase *austera*, no deja de ser un régimen *de clases*. Es el escenario en el que contienden dos clases antagónicas: la clase intelectual (tecnocrático-burocrática) y la clase obrera manual. Se trata de un modo de producción, como hemos dicho, que no puede ser calificado ni de capitalista ni de socialista. No es ni la *etapa superior* del capitalismo ni la *fase inferior* del socialismo. No es un régimen de transición, esto es, no se trata del período socialista del modo de producción *comunista*. Es un sistema de producción no teorizado adecuadamente hasta este momento, y no teorizado de modo conveniente hasta ahora por no haberse detectado la existencia de la *clase intelectual*, de una clase que, de subordinada que era en el capitalismo, se convierte en sustantivada en el modo de producción "soviético."

En la *fase lucrativa* del modo de producción *intelectual* predomina la siguiente fórmula:

---

<sup>4</sup> Tomado en general, pero especialmente en su fase *austera*.

<sup>5</sup> Afirmación ésta que no es aplicable, o no lo es del todo, a la cúspide burocrática, en ocasiones ociosa o con márgenes importantes de ociosidad.



La fase *lucrativa* tiene en común con la *austera* la conservación de la divisa *a cada quien según su trabajo*. Se sigue pagando con salarios preferenciales el trabajo intelectual sobre el trabajo manual y el trabajo complejo sobre el simple. Pero hay una diferencia fundamental: la plusvalía no se reinvierte prácticamente en su totalidad en el desarrollo industrial-agrícola y militar del país sino que se divide, como en el sistema capitalista, en una *renta* que va a parar a la cúspide tecnoburocrática de la *clase intelectual*, incrementando sus ya de por sí altos salarios, y un *excedente capitalizado* o una *capitalización social* que sigue reinvirtiéndole. Al dividirse el excedente en *renta* y *plusvalía capitalizada* surge una *cuota de capitalización*, o sea la relación proporcional entre el primero y segundo elementos. De ahí que podamos afirmar que el modo de producción *intelectual*, en su fase *lucrativa*, presenta una *cuota de capitalización* en que la *renta* (que prácticamente no existía en la fase *austera*) tiende a elevarse proporcionalmente. No existe la posibilidad de llevar a cabo en este sitio un análisis de los mecanismos mediante los cuales se desdobra el excedente en *renta* y *excedente capitalizado*, cómo la *renta* se distribuye en la cúspide de la tecnoburocracia, y cómo el *excedente capitalizado* se reinvierte no en función de los intereses de la comunidad, como se pretende, sino en función de los intereses de la clase intelectual en general y de los técnicos y burócratas del partido y del Estado que ocupan los puestos centrales de mando. Un estudio de los grandes complejos industriales de la Unión Soviética, su descentralización, el manejo independiente de los recursos financieros, materiales y mano de obra, los incentivos materiales, los *sueldos* de excepción, etcétera, nos puede mostrar cuáles son algunos de los medios a través de los cuales se drena una parte del excedente social hacia los bolsillos del sector mayormente privilegiado de la clase intelectual.

El fenómeno propio del modo de producción *intelectual*, en su fase *lucrativa* —consistente en que se divide el plusproducto social y una parte de éste, el de la *renta*, se destina a la cúspide tecnoburocrática, mientras que la otra (la *plusvalía capitalizada*) se reinvierte en función de los intereses de la clase intelectual y sus sectores decisivos—, es lo que ha conducido a muchos autores a considerar a la Unión Soviética como un país capitalista, capitalista monopolista de Estado, etcétera. Nosotros disentimos de este punto de vista. La Unión Soviética no es un modo de producción capita-

lista, ni capitalista de Estado, ni capitalista monopolista de Estado, ni fascista, ni imperialista, ni social-imperialista, ni imperialista en su fase superior. Es, ya lo dijimos, *el modo de producción intelectual (tecnocrático-burocrático) en su fase lucrativa*. Esto no significa que algunos elementos que embrionariamente habían aparecido en el capitalismo no se *universalicen*, por así decirlo, en el régimen de que hablamos: la plusvalía capitalista, por ejemplo, plusvalía siempre fragmentada, producida en empresas o monopolios privados, se transforma en el excedente que produce el proletariado colectivo. Se trata de una *plusvalía social*. Mientras en el capitalismo se genera *la plusvalía* a partir de la empresa privada o los grandes consorcios (incluido el Estado), en la Unión Soviética se gesta a partir de un trabajador *universal* (tanto manual como intelectual). La *plusvalía social* del modo de producción *intelectual*, en su fase *lucrativa*, no es otra cosa, resumamos, *que el desdoblamiento del excedente social en una renta, que se canaliza a la cúspide tecnoburocrática, y un excedente capitalizado que se reinvierte en función fundamentalmente de los intereses de la clase dominante y sus sectores decisivos*.

Esto no es, sin embargo, capitalismo. Ya *no* es capitalismo. Y ya no lo es porque la apropiación de esa *renta* y la reinversión especial de ese *excedente capitalizado*, no tienen como sujeto, como agente sustancial, al dueño privado de los medios *materiales* de la producción, sino a la *clase intelectual*. Sólo los dueños de medios de producción *intelectuales* pueden *controlar* los medios *materiales* de la producción, recibir un elevado salario (el valor de su fuerza de trabajo calificado), apropiarse de una *renta* y determinar en lo fundamental el carácter de la reinversión de la *plusvalía capitalizada*.

Esta *renta* y esta *plusvalía capitalizada* no constituyen, pues, el excedente o plusvalor propio del capitalismo, sino la *plusvalía social* propia de la fase *lucrativa* del modo de producción *intelectual*.

Aunque no podemos pronunciarnos de manera definitiva respecto a la línea de desarrollo del modo de producción *intelectual* en el futuro, no se puede dejar de lado como algo irrelevante la posibilidad del restablecimiento, en circunstancias especiales, de la propiedad privada sobre los medios *materiales* de la producción. Los dueños de los medios *intelectuales* de la producción que controlan los medios *materiales* de la producción (ya socializados) y que recaudan y administran *la plusvalía social* de acuerdo con sus intereses, pueden verse en la necesidad, en el futuro, de pretender reimplantar (en mayor o menor medida) la propiedad privada sobre los medios materiales de la producción. Esto, que no es sino una posibilidad, un peligro más o menos remoto, debe mantener alerta a la

clase obrera manual en el sentido de que el modo de producción *intelectual*, que en un principio se presentaba como austero, posteriormente se convierte en *lucrativo* y hasta quizás, en coyunturas imprevistas, pudiera degenerar en un régimen mixto: intelectual-capitalista o francamente capitalista.

Volvamos a la fase *lucrativa*. En esta etapa del modo de producción *intelectual* el tren de vida de la cúspide tecnoburocrática de la clase intelectual crece de manera ostensible. Razón de ello no es sólo que su alto salario o sueldo se ve incrementado por una parte (la renta) de la *plusvalía social* sino por el hecho de que en esta etapa, como ocurre en la Unión Soviética, se ha iniciado una abundante producción de bienes de consumo y una industria ligera que no existía en el pasado austero del régimen. Antes, aun suponiendo que la tecnoburocracia poseyera recursos económicos sensiblemente mayores que los de la clase trabajadora manual, no tenía en qué invertirlos o sólo podía gastarlos en un número reducido de bienes de consumo. Ahora las cosas se modifican sustancialmente. El carácter *lucrativo* del régimen salta a la vista en las desigualdades que aparecen en el cuerpo social.

7. Pieza fundamental de la ideología *intelectual*, junto con la negación de la existencia de *la clase intelectual*, es la aseveración de que *el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual desaparecerá poco a poco, gradualmente, con el desarrollo de las fuerzas productivas*. El supuesto de esta afirmación *economicista* es que la ciencia y la tecnología pueden desarrollarse al margen de los intereses *de clase* de la clase intelectual y sus sectores decisivos. Pero si pensamos en los privilegios de la clase *intelectual* (privilegios que emanan de su *estructura* definitoria), y que comprenden ventajas económicas, políticas, sociales, etcétera, advertimos que es inaceptable la tesis del *desarrollo natural de las fuerzas productivas*, esto es, del pretendido desenvolvimiento de éstas al margen de los intereses de la clase intelectual. Es claro que tarde o temprano entrarán en choque dichas fuerzas productivas con las relaciones sociales de productividad, porque a pesar de su crecimiento restringido a ciertos intereses, no dejan de expandirse; pero no hay nada semejante a un desarrollo autónomo, neutral, espontáneo, de las fuerzas productivas, que acabará por disolver el contraste entre el trabajo intelectual dominante y el trabajo manual dominado. Pero si esto ocurre ya en la fase *austera* del modo de producción *intelectual*, en la etapa *lucrativa* vuélvase más evidente: las fuerzas productivas (la tecnología, la ciencia, etcétera) no sólo no se desarrollan *libremente* en esta etapa porque se hallan dentro de un condicionamiento limitativo por parte de los intereses de la clase *intelectual*, sino que ello ocurre también ahora porque dichas fuerzas productivas se desenvuelven dentro de un

enmarcamiento restrictivo por parte de los intereses *social-capitalistas* de la cúspide de la tecnoburocracia, de los intereses *social-capitalistas* del estrato superior de la *clase intelectual*.

El régimen "soviético" no es, como hemos subrayado de manera insistente, un sistema capitalista. Considerarlo como tal no sólo es una torpeza cognoscitiva sino un planteamiento que sirve a los intereses de una *clase intelectual austera e "incorruptible"*. En efecto: si el modo de producción "soviético" fuera capitalista, y lo caracterizáramos de este modo porque en él reaparece la plusvalía (aunque metamorfoseada en *plusvalía social*), la tendencia de la *lucha socialista* debería estar orientada a suprimir esa *plusvalía social*. Pero esto no tendría otro significado que retrotraer al régimen de su *etapa lucrativa*, social-capitalista, a su *etapa austera*, es decir, volver a la fase en que el *excedente social* prácticamente se invertía en su totalidad (aunque sin dejar de expresar los intereses de la *clase intelectual*) al estadio en que dicho excedente se desdobra en una *renta* (que va a beneficiar principalmente los bolsillos de la cúspide de la tecnoburocracia) y en un *excedente capitalizado* que se reinvierte en función esencialmente de los intereses de la clase intelectual y sus sectores decisivos.

Hay quien reduce el significado de la revolución cultural proletaria a la lucha por restablecer, cuando se vive en la *etapa lucrativa* del modo de producción intelectual, la *etapa austera*. Hay quien piensa que la revolución cultural proletaria debe tener como su divisa fundamental la reivindicación de la consigna *a cada quien según su trabajo*. Nosotros estamos en desacuerdo con tal apreciación. Somos de la opinión, como ha sido expresado con toda claridad en este artículo, que el régimen "soviético", aun en su *etapa austera*, es un modo de producción *intelectual*, un régimen de clase que tiende a reproducirse, y en esta reproducción, llegar a un *punctum saltans*, que tiende inexorablemente a convertirse en lucrativo y hasta (no lo podemos negar del todo) a transformarse quizá en capitalista o intelectual-capitalista mediante el restablecimiento en mayor o menor grado de la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción. El enemigo principal del proletariado manual de los regímenes *intelectuales* no es la *plusvalía social* que se incauta al estrato superior de la clase intelectual, sino *la clase intelectual misma*. Aquí no debe existir ninguna confusión.

No estamos en posibilidad de examinar en este sitio las relaciones de *dependencia* entre la Unión Soviética y otros países, especialmente las naciones "socialistas" que pertenecen al CAME. Dejemos este tema para ser desarrollado en otro momento. Lo que sin embargo nos parece evidente es que la relación entre la Unión Soviética y otros países de la órbita

"socialista" puede ser vista como la que existe entre un modo de producción *intelectual* que vive en su etapa *lucrativa* y otro que se halla en una fase similar (relaciones de la Unión Soviética, por ejemplo, con la RDA, con Checoslovaquia, etcétera) o de un modo de producción *intelectual* que vive en su etapa *lucrativa* y otro que se halla en la fase *austera* del modo de producción *intelectual* (relaciones de la Unión Soviética, por ejemplo, con Vietnam, Cuba, Angola, etcétera) .

Para nosotros la esencia de la revolución cultural ininterrumpida, concebida como *categoría histórica*, no como fase histórica concreta, debe ser combatir al modo de producción *intelectual* en su conjunto, tanto la *etapa lucrativa* del mismo como la *etapa austera*. El enemigo no es otro que la clase *intelectual*. Entiéndase, sin embargo, lo que deseamos decir con esto: no se trata de destruir la ciencia, el arte, la cultura, sino la propiedad privada de tales manifestaciones culturales. La revolución cultural ininterrumpida representa, por eso mismo, al tiempo que la democracia manual, la mayor reivindicación imaginable respecto a la cultura, al liberarla de la restricción elitista en que ha vivido hasta nuestros días, para hacerla patrimonio real de todo un pueblo.

## CAPÍTULO II

### *APUNTES SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA SITUACIÓN POLÍTICA INTERNACIONAL Y LA POLÍTICA DE ALIANZAS*

Dos modos de producción fundamentales dominan la sociedad humana de nuestros días: el capitalista y el llamado socialista. Para llegar a esta división y a sus respectivas subdivisiones, debe emplearse un criterio en que los dos puntos esenciales deben ser el *cualitativo* (por medio del cual, basándonos en las *relaciones de producción*, señalamos la diferencia entre los países capitalistas y los no capitalistas) y el *cuantitativo* (mediante el que distinguimos, dentro de los diversos regímenes sociales, el grado de desarrollo de las *fuerzas productivas*). Además de este criterio cualicuantitativo, se precisa poner de relieve la *interdependencia (desigual)* que existe entre el "centro" y la "periferia" de cada uno de los dos grandes "mundos" en que podemos dividir la humanidad actual. En el mundo capitalista, en efecto, no sólo "dependen" de Estados Unidos (para poner el ejemplo más notorio) una serie de países que constituyen su "esfera de influencia", sino que también los Estados Unidos "dependen" de esta "periferia". Aunque no es el tema central de este escrito, no podemos dejar de señalar que, aunque una periferia "dependa" de un centro y un centro de una periferia, tal cosa no debe ser vista de manera igualitaria y homológica. La forma en que los países "subdesarrollados" "dependen" de los altamente desarrollados difiere cualitativamente del modo en que estos últimos "dependen" de los primeros.<sup>6</sup>

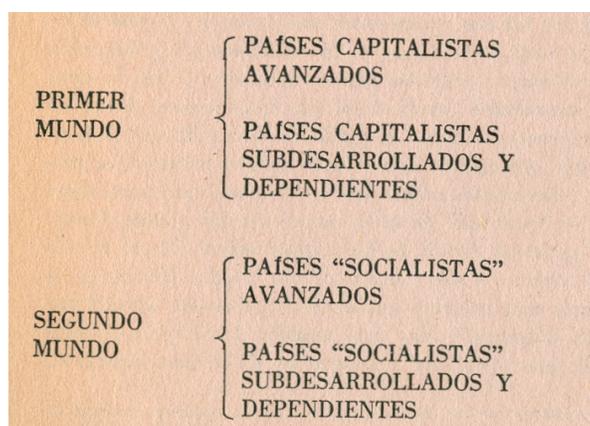
---

\* El escrito *Apuntes sobre algunos aspectos de la situación política internacional y la política de alianzas* fue elaborado hacia 1979. Fue publicado primeramente en mimeógrafo en la colección de Boletines editados por el EIRA. Después apareció en la revista *Revolución Articulada*, de febrero de 1982.

<sup>6</sup> Estas afirmaciones no deben ser interpretadas como inscritas, en aquella doctrina de la dependencia que pone más el acento en las contradicciones externas que en las internas.

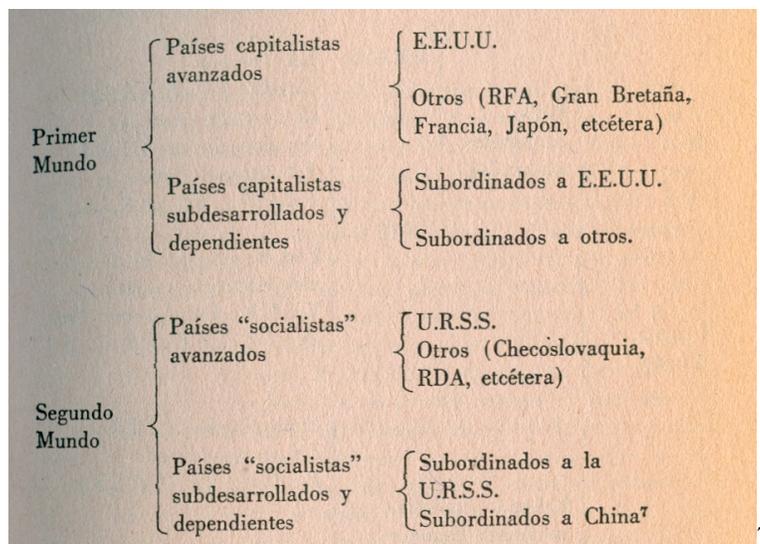
Pero además de la disolución de esta homología, se requiere deshacer otra: no es posible identificar la *interdependencia (desigual)* que existe entre el "centro" y la "periferia" del mundo capitalista y la *interdependencia (desigual)* que priva entre el "centro" y la "periferia" del mundo "socialista". Un análisis profundo de la dependencia debe poner de relieve, por consiguiente, tanto la *desigualdad* que rige en el nexo *interdependiente* de la metrópoli capitalista y su "esfera de influencia", por un lado, y la *desigualdad* que impera en la vinculación *interdependiente* de la metrópoli "socialista" y su "periferia", por otro, cuanto la *desigualdad* existente entre las dos *interdependencias (desiguales)*.

Los "dos mundos" de que estamos hablando son, por consiguiente, éstos:



Aquí nos hallamos encarnados los dos elementos del *criterio clasificatorio* que hemos empleado: la diferencia entre el primero y segundo mundos es una *diferencia esencialmente cualitativa*. La diferencia entre países capitalistas avanzados y países capitalistas subdesarrollados y dependientes, por una parte, y la existente entre países "socialistas" avanzados y países "socialistas" subdesarrollados y dependientes (en la forma específica de dicha dependencia), por la otra, es una *diferencia esencialmente cuantitativa*.

El primero y el segundo mundos tienen subdivisiones:

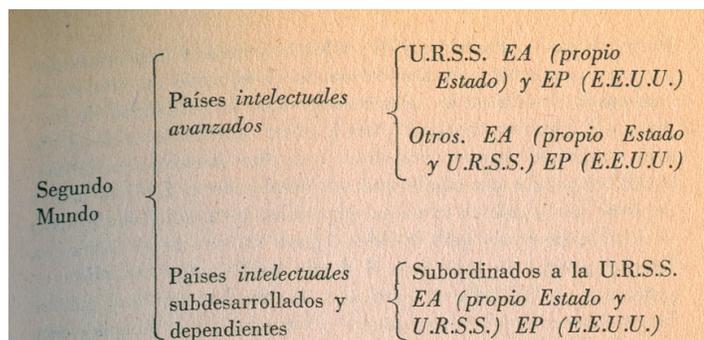
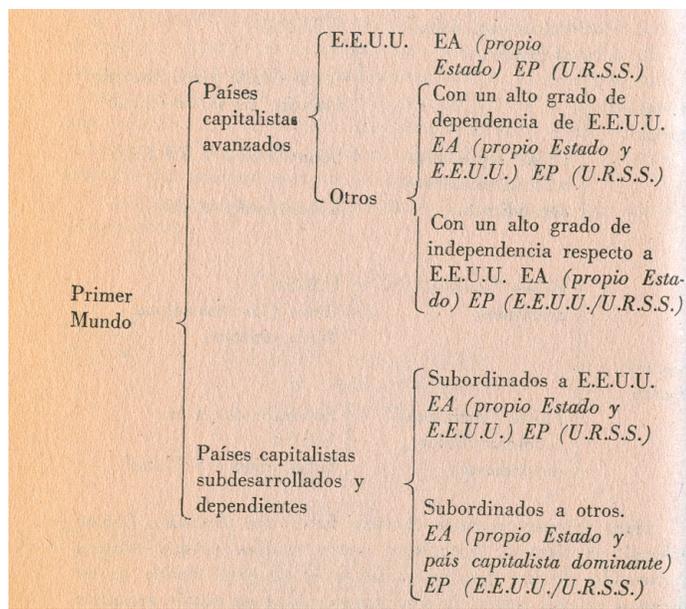


Antes de pasar adelante conviene hacer una precisión. Hemos colocado el término "socialistas" entre comillas porque estamos convencidos de que en la actualidad no existe en el mundo, ya no digamos un país comunista sino tampoco ninguna *nación socialista* (sin comillas), esto es, una nación en la que, por existir la *dictadura del proletariado manual* y la política de la *Revolución Articulada*, se garantice el carácter de *régimen de transición* inherente de modo esencial a la primera etapa, *socialista*, del modo de producción comunista. Los llamados regímenes socialistas (lo mismo en Europa, Asia, América Latina o África) no son actualmente sino *regímenes intelectuales (burocrático-tecnocráticos)*. El primer mundo está constituido, pues, por países capitalistas avanzados y naciones subdesarrolladas y dependientes; el segundo, por países conformados según el modo de producción *intelectual* y que aparecen como avanzados y subdesarrollados-dependientes.

El cuadro precedente debe ser complementado de este modo:

---

<sup>7</sup> No vamos a tratar en este escrito el caso de China.



En el cuadro precedente están indicados cuáles son los enemigos de los pueblos de cada país, en su lucha y peligros principales por construir el socialismo. Las letras EA significan *enemigo actual* y las letras EP, *enemigo potencial*. Para que se entienda esto, pongamos el ejemplo de Brasil. ¿A qué inundo pertenece Brasil? *Pertenece, a no dudarlo, al conjunto de países capitalistas subdesarrollados y dependientes del primer mundo. ¿Cuál es, por ende, su enemigo actual (EA), su enemigo principal presente? No cabe duda: E.E.U.U. y el propio Estado brasileño suscriptor del imperialismo yanqui. Toda duda al respecto, todo titubeo, toda ignorancia de tal cosa adquiriría el carácter de oportunismo, de política burguesa y pro-imperialista. Si de pronto hubiera en este país la posibilidad de emanciparse del dominio yanqui y de la burguesía autóctona brasileña (mediante una "revolución económica"), el enemigo potencial (EP), el enemigo principal futuro no podría dejar de ser la U.R.S.S. y el modo de producción intelectual. La razón de esto es clara: en esta etapa histórica no existe la posibilidad de emanciparse de*

uno de los polos fundamentales de la política internacional, con el objeto de crear el *socialismo*, sin correr el riesgo de caer bajo el dominio del otro.

Pongamos otro ejemplo. ¿A qué mundo pertenece, por su lado, Checoslovaquia? Es uno de los países *intelectuales* (burocrático-tecnocráticos) avanzados y dependientes de la U.R.S.S. ¿Cuál es, entonces, su EA? Su enemigo principal presente, para construir el *socialismo*, está constituido por su propio Estado y por la U.R.S.S. Dudar de esto es hacerle el juego a los burócratas y tecnócratas que ocupan los puestos centrales de mando en el modo de producción; *intelectual*. Si hubiera en un momento dado la posibilidad de liberarse del dominio soviético y de la clase dominante nacional (*la clase intelectual checoslovaca aliada a la clase intelectual soviética*), el EP, el peligro principal (una vez desplazado el EA) no podría dejar de ser la política voraz del imperialismo yanqui. Todo proceso de liberación en un país *intelectual* para convertirse en *socialista*, tiene el peligro de caer bajo el dominio del campo capitalista en general y de E.E.U.U. en particular, porque hoy por hoy quienes logran liberarse del primer mundo (Vietnam, Cuba, Angola) caen Í+ en la influencia deformadora del segundo y quienes luchan por emanciparse del segundo (caso China) corren el peligro de recaer en el dominio del primero.

A nivel mundial hay, por consiguiente, dos enemigos principales de los pueblos que pugnan por la creación del socialismo: E.E.U.U. y la U.R.S.S. Pero adviértase que no son simultáneamente EA para todos los pueblos, sino que, de acuerdo con su propia *esfera de influencia*, lo son para algunos (los que caen precisamente bajo su control), mientras que se configuran como EP para los restantes, esto es, para los que caen en el dominio del otro polo.

No debemos homologizar, sin embargo, la relación EA-EP cuando se registra en los países del primer mundo o en los países del segundo. Adelantemos esta tesis: la relación EA-EP es *ascendente* en el primer mundo y *descendente* en el segundo. ¿Qué queremos indicar con esto? Tratamos de asentar que si, por ejemplo, un país subdesarrollado y dependiente del imperialismo yanqui, esto es, un país perteneciente al primer mundo se libera de E.E.U.U. y de su propia burguesía "asciende" a un modo de producción que sin ser socialista ya no es capitalista: el modo de producción *intelectual*. Es un régimen que, aunque no exprese los intereses reales, obreros, del trabajador manual, del proletariado, resulta atractivo para éste en virtud de que elimina (o inicia el proceso de eliminación) a uno de sus enemigos: el capitalismo. Se trata, pues, de un *ascenso*. Ni más

ni menos que como el tránsito del feudalismo al capitalismo, el cual, a pesar de no ser sino la sustitución de un sistema de explotación por otro, representó un *avance* para los campesinos y obreros, porque algunos de los caracteres de la revolución democrático-burguesa respondían en parte a los intereses populares.

Tratamos de asentar también que si, por ejemplo, un país perteneciente al segundo mundo, intentara liberarse (para acercarse incluso al socialismo y al comunismo) de la U.R.S.S. y de su propia *clase intelectual*, correría el riesgo en esta etapa histórica, de caer bajo la dependencia del polo dominante del primer mundo y de "descender" finalmente al modo de producción capitalista.

Los casos del primer mundo y el segundo no son, pues, simplemente inversos. Caeríamos en un amalgamamiento homológico si así los consideráramos.

Estamos convencidos de que *es infinitamente más difícil que un país dependiente del segundo mundo (y, por ende, de la U.R.S.S.) involucre hacia el capitalismo, que una nación perteneciente al primer mundo (y subordinada, por tanto, a E.E.U.U.) evolucione hacia el modo de producción intelectual*. El *ascenso* es más fácil que el *descenso*, en razón de que mientras el proletariado *manual*, con el modo de producción intelectual, aunque no pierde sus cadenas, tiene, sin embargo, algo que ganar: la eliminación, con la "socialización" de los medios de producción, de un enemigo secular: la clase burguesa; el mismo proletariado *manual* que vive en un régimen *intelectual*, tiene *todo un mundo que perder* con la reimplantación del modo de producción *capitalista*.

Somos de la opinión, sin embargo, que no deben identificarse simplemente la *relación ascendente* y el *progreso*, si por progreso entendemos, como creemos que debe entenderse, la aproximación de una colectividad al modo de producción *socialista*. En ocasiones puede ocurrir —el caso de la U.R.S.S. nos parece elocuente al respecto— que la forma más eficaz para impedir que un pueblo en lucha contra el imperialismo y el capitalismo logre realizar el socialismo (y la *teoría de las diferentes revoluciones que implica*) estriba en consolidar un régimen en que se sustituye a la clase burguesa dominante por la *clase intelectual* en el poder, todo ello, desde luego, en nombre de la "clase obrera" y el "socialismo".

El enemigo principal de la clase obrera manual norteamericana o, dicho de manera más general, del pueblo norteamericano, es el Estado imperialista yanqui. Todas las energías del pueblo norteamericano consciente *deberían estar orientadas a la destrucción del régimen capitalista, del capitalismo monopolista que priva en el vecino país del norte*. Esta lucha,

tan rudimentaria por ahora, si llegara a fortalecerse con el paso de los años hasta alcanzar el punto de tornarse victoriosa, tropezaría con un peligro: con el modo de producción *intelectual*. El EA del pueblo norteamericano es el propio Estado de E.E.U.U. y el EP de su proletariado manual es el modo de producción (burocrático-tecnocrático) de la clase *intelectual*. En efecto, si en E.E.U.U. —estamos hablando de una hipótesis oscura y lejana— se "socializaran" los medios *materiales* de la producción, mas no los instrumentos *intelectuales* de la misma, se generaría, como en la U.R.S.S. actual y los países que caen bajo su dependencia, un sistema de producción no capitalista aunque tampoco socialista: un modo de producción en que la *clase intelectual* se hallaría en el poder (tanto en sentido económico como político y social). Si la U.R.S.S. existiera aún en esa época con los caracteres que se presenta en la actualidad (un modo de producción en que la intelectualidad, por ser dueña de medios de producción *intelectual*, es una clase, y como tal, basándose en su comunidad de intereses, lucha en todos los niveles por reproducir las condiciones de existencia del sistema social que la beneficia) se generalizaría el régimen de que hablamos: el modo de producción resultante no de articular diversas revoluciones (la revolución económica, la revolución cultural, etcétera) sino de llevar a cabo la revolución "económica" ("socialización" de los medios *materiales* de la producción) suponiendo, basados en el economicismo teórico denunciado por Bettelheim, que el desarrollo de las fuerzas productivas (concebidas al margen de las *relaciones de propiedad*, en el sentido técnico-funcional del término) *se encargará "necesariamente" de disolver todas las contradicciones y esclavitudes que existen hoy por hoy no sólo en la sociedad capitalista sino también en la "socialista"*. Es, entonces, en este sentido, que afirmamos que si el EA del pueblo norteamericano es su propio Estado, su EP, en escala *ascendente*, es la U.R.S.S. o, dicho de modo más exacto, *el modelo intelectual (burocrático-tecnocrático)* puesto en marcha por primera vez en la historia en la U.R.S.S. El peligro del proletariado que pugna en todo país capitalista para liberarse y crear el socialismo será el modo de producción *intelectual*, un modelo de desarrollo social no teorizado suficiente y adecuadamente hasta nuestros días a pesar de su existencia cada vez más notoria y extensiva. No pretendemos decir, en el caso de E.E.U.U., que al hacer su revolución "socialista", podría caer bajo la dependencia soviética, lo cual, hasta donde podemos ver las cosas, resulta inverosímil. No. Lo que deseamos hacer notar es que —y todo esto no son más que conjeturas con un valor meramente metodológico—, en el caso de que la U.R.S.S., continuara en el futuro como modo de producción *intelectual*, la revolución "socialista" norteamericana identificaría a ambos

sistemas en un modelo de desarrollo idéntico. Sería el momento de la *universalización del modo de producción intelectual (burocrático-tecnocrático)*.

El EA de la clase obrera manual soviética es el Estado intelectual (*burocrático-tecnocrático*). La manera de combatirlo no puede ser otra que la lucha denodada del proletariado manual y sus intelectuales (antintelectualistas) contra la propiedad privada de los medios de producción *intelectuales*. En la U.R.S.S., las energías de la *clase obrera manual* deben concentrarse en llevar a cabo (probablemente de manera violenta) la *Revolución Articulada* en general y la revolución cultural proletaria en particular. En la U.R.S.S., es impostergable y urgente, necesario e insoslayable *la aparición del partido de la clase obrera manual*. La lucha contra la *clase intelectual* en la U.R.S.S., acarrea, sin embargo, el peligro de la ingerencia de E.E.U.U., y el campo capitalista en general. *El partido de la clase obrera manual* que debe gestarse en la U.R.S.S., tendrá que luchar en dos frentes: contra la *clase intelectual*, que es su EA, y contra E.E.U.U., (y el capitalismo en general) que haría todo lo posible —aunque sus intentos probablemente estarían destinados al fracaso—por aprovechar la coyuntura, configurándose con ello en un EP (descendente). El EA tanto de E.E.U.U., como de la U.R.S.S., es, en consecuencia, el propio Estado; pero el curso de la historia va más del modo de producción capitalista al modo de producción *intelectual*, que de éste a aquél. Sin negar la posibilidad de una involución, la regla parece ser la evolución; por una serie de razones, entre las que destaca el carácter menos *irracional* del modo de producción *intelectual* que del capitalista, es más probable la sustitución, en los pueblos del primer mundo (incluido E.E.U.U.), del EA por un EP *ascendente* que el desplazamiento, en los pueblos del segundo mundo (incluida la U.R.S.S.), del EA por un EP *descendente*. El pueblo norteamericano, y en especial su proletariado *manual*, debe luchar contra el Estado capitalista cuidándose de no caer en el modo de producción *intelectual*. El pueblo soviético, y, también en especial su proletariado *manual*, debe luchar contra el Estado *intelectual*, vigilando cualquier ingerencia de los emisarios del pasado capitalista. El destino de ambos países no puede ser otro que el *socialismo*, como régimen de transición al comunismo. El pueblo norteamericano requiere, para llegar a dicho régimen, de una *Revolución Articulada* (que vincule la revolución económica y la cultural). El pueblo soviético, en una fase más "elevada" que el norteamericano, *necesita a su vez de una revolución cultural proletaria*.

Si examinamos el proceso revolucionario que necesariamente se tiene que dar en los países dependientes del segundo mundo, advertimos que será

necesario poner de relieve los siguientes puntos: 1) en todos ellos debe estallar una revolución cultural proletaria. 2) Dicha revolución se dirigirá no sólo contra la clase *intelectual* nacional, sino contra la dependencia económico-política respecto a la clase *intelectual* soviética. Los países que viven bajo la tutela de la metrópoli *intelectual* tarde o temprano se verán en la necesidad de independizarse políticamente de ella. 3) En todos estos países tendrá que emerger un partido o una organización que exprese los intereses de la clase obrera manual. 4) El tipo de gobierno que se erigirá, como forma adecuada del régimen *socialista*, será la dictadura del proletariado *manual*. 5) Todos estos países deberán "abrirse" al comercio con el occidente capitalista, para no depender económicamente de manera casi absoluta de la U.R.S.S. 6) De ser posible, deben basarse económicamente en sus propias fuerzas. La única "alianza" concebible entre el proletariado manual en lucha contra la *clase intelectual* en cualquiera de los países dependientes del segundo mundo, sería, al llegar al poder, establecer las relaciones comerciales más amplias y provechosas posibles con los países capitalistas. Y sólo eso.

En lo que se refiere a los países subdesarrollados y dependientes de E.E.U.U., en mayor o menor medida, como es el caso de todos los países de América Latina (con excepción de Cuba), el EA está constituido, como hemos dicho, por su propio Estado y por el imperialismo yanqui. Por eso, en esta parte del mundo hay una vinculación de principio entre la revolución antimperialista y la revolución *socialista*. Pero el EP, aunque con un carácter sin duda *ascendente*, está representado por la U.R.S.S., y el modo de producción *intelectual* que implica. Pongamos el caso de México. El enemigo principal del pueblo mexicano está constituido por el Estado, la gran burguesía y los monopolios yanquis. *Todos los que sostienen que el peligro mayor y el enemigo principal es la U.R.S.S. no sólo confunden el AE con el EP, sino que son franca y decididamente reaccionarios porque le hacen el juego al EA.* Aún más. *El proletariado manual* (que debe poseer su partido *de clase*) *habrá de luchar en la misma trinchera con todos los enemigos del capitalismo mexicano y del imperialismo yanqui.* Pero la coincidencia es transitoria: es una alianza *en la práctica*; pero una alianza *crítica* en que el proletariado manual consciente no debe perder nunca su fisonomía política (su conciencia *de clase* en sentido técnico-funcional), y debe preparar "desde" la lucha contra el capital y el imperialismo, la lucha contra la *clase intelectual*. El partido de la clase obrera manual, que es el organismo que debe expresar los intereses de un proletariado que sufre una doble esclavitud: la derivada de la *apropiación material* y la derivada de la *apropiación intelectual*, debe levantar la doble bandera de la revolución económica

(contra la burguesía) y de la revolución cultural proletaria (contra la *clase intelectual*). *Debe poner en alto la gloriosa bandera de la Revolución Articulada*. Si aplicamos el esquema de la *revolución permanente* al problema del EA y del EP del pueblo mexicano, se advertirá que se requiere llevar a cabo dos movimientos de independencia: el destinado a desplazar a la clase burguesa y el orientado a destruir a la *clase intelectual*. Estas dos luchas de liberación no deben ser, sin embargo, divididas y contrapuestas de modo que absoluticemos la primera y dejemos la segunda para "cuando Dios quiera". Es en este sentido que debemos borrar las fronteras entre una y otra, entre el programa mínimo (derrocamiento de la burguesía) y el programa máximo (destrucción de la intelectualidad como clase *sustantivada*), de tal modo que, desde el primer movimiento de independencia, preparemos el segundo.

### CAPITULO III

#### *EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO-MANUAL*

El análisis histórico del período renacentista y posrenacentista de Europa arroja el conocimiento de que la burguesía, al pugnar junto con otras fuerzas, por la conformación de los estados nacionales, no sólo intenta ganar el espacio conveniente para su libre funcionamiento como clase económica en ascenso, sino que también se propone llegar al poder o, lo que es igual, hacerse de la nación en la forma, por así decirlo, de la propiedad privada. Retengamos, entonces, esa expresión: la clase burguesa lucha por poseer y acaba *poseyendo* la nación. Y también, si le es posible, ampliar sus fronteras en detrimento de otras naciones. El concepto de *patria* que maneja

---

♦ El texto *El internacionalismo proletario*, primer avance de la revolución internacionalista y parte importante, por ende, de la Revolución Articulada, fue elaborado hacia 1981 y publicado en la revista *Revolución Articulada*, de febrero de 1982.

en todo este proceso la burguesía no es otra cosa que la ideología democrático-burguesa consistente en presentar como propiedad de *todos* los componentes de la colectividad lo que es tan sólo monopolización de la clase burguesa. Y presentarla de esa forma para defenderse de otros Estados, también para agredirlos. El concepto de patria es la noción que garantiza la cohesión emocional de todos los integrantes de un país puesta al servicio del verdadero poseedor de la nación: la burguesía. En este sentido no solamente el proletariado manual carece de patria (o lo que es igual: la patria que se le presenta como existiendo al margen de las clases es en realidad la patria burguesa), sino que *lo mismo ocurre, aunque en diferente nivel, con la clase intelectual*. La clase intelectual, en la sociedad burguesa, carece asimismo de patria porque la nación no es monopolizada por ella sino por la clase capitalista en el poder.

Sin embargo, cuando la clase intelectual (y sus sectores burocráticos y tecnocráticos) llega al poder, cuando, después de expropiar a los expropiadores de los medios materiales de la producción, instauro en el poder a los expropiadores de los medios intelectuales de la producción, se apodera de la nación y refuncionaliza la ideología de la patria. No sólo, pues, la clase burguesa posee, en la forma de la propiedad privada, una determinada nación, sino que otro tanto hace la clase intelectual al acceder al poder. Una vez que ha instaurado un nuevo orden social, y también en el proceso mismo de esta instauración, la clase intelectual resucita la ideología de la patria, aunque dándole, como es lógico, un nuevo sentido: la patria burocrático-tecnocrática, la patria de la clase intelectual, se presenta como la patria de *todos* o como la patria del proletariado en el poder. Pero bien vistas las cosas, el proletariado manual, la clase obrera y los campesinos, *carecen nuevamente de patria en los llamados países socialistas*. La clase intelectual, en cambio, ha pasado de una situación en que, en el capitalismo, carecía de patria (como el trabajador manual) a una posición en que, al adueñarse del Estado, tiene al fin patria.

La existencia de clases antagónicas en sentido económico (basadas en la propiedad privada o no de los medios *materiales* de la producción) o de clases antagónicas en sentido técnico-funcional (basadas en la propiedad o no de los medios *intelectuales* de la producción) determinan *la existencia de la propiedad privada del Estado por parte de la clase dominante*. En el capitalismo, la burguesía posee la nación. En el modo de producción intelectual, la clase intelectual es la que se la apropia. Decir que la clase dominante se adueña de la nación, de la patria y del Estado, significa dos cosas: en primer lugar que se *priva* de la posesión, usufructo y utilización efectiva a quienes carecen de la posesión estatal, y en segundo lugar que esa

*exclusión* base de la propiedad privada, reúne no sólo a los pueblos, clases y países *extranjeros*, sino a los propios obreros, campesinos, etcétera, del país de que se trate. En este sentido, podríamos distinguir entre una *extranjería externa* y una *extranjería interna* y hacer notar que esta última alude al pueblo que, manipulado por la noción de patria, es en realidad extranjero dentro de una nación poseída de hecho por la clase burguesa o por la clase intelectual. La clase obrera, en efecto, es extranjera en los países "socialistas". Basta tener presente, para comprender este aserto, los conflictos del proletariado polaco de fines de 1980.

La nación es, por consiguiente, también poseída por la clase intelectual que accede al poder. Para elevarse a esta situación el *sector histórico* de la clase intelectual (normalmente marxista-leninista) se ve en la necesidad de disfrazarse con dos velos: por un lado se cubre de un *ropaje obrerista*. Habla en nombre de los obreros y campesinos. Dice representar sus más caros y profundos intereses y hasta promueve aquellas medidas (como la expropiación del capital privado) que, expresando esencialmente los intereses de la clase intelectual (y de sus sectores burocrático, tecnocrático y militar), encarna limitadamente intereses que también favorecen a largo plazo al proletariado manual. Por otro lado se cubre de un *ropaje internacionalista*. Habla en nombre, en efecto, del proletariado internacional. Organiza varias Internacionales. Critica el espíritu estrechamente nacionalista o el chauvinismo de pequeña, mediana o gran potencia. Pero veamos qué sentido tiene el internacionalismo promovido por la clase intelectual vestida no sólo con los dos velos del obrerismo y el internacionalismo sino con la túnica del socialismo. Cuando se trata del internacionalismo que defiende una fuerza social anticapitalista en su lucha contra el régimen burgués, pero una fuerza social que lejos de ser socialista, no hace otra cosa, conscientemente o no, que abrir las puertas a la sustantivación tecnoburocrática, se define de hecho como un embate del *nacionalismo intelectual* contra el *nacionalismo burgués* llevado en nombre del *internacionalismo obrero*. ¿Cuál es la razón por la que el *sector para-sí* de la clase intelectual en ascenso se disfrace de internacionalista? La razón no puede ser otra, nos parece, que la de aprovechar el sentimiento de *extranjería interna* que acaba por predominar dentro de las masas en el capitalismo, para lanzarse en contra de la propiedad burguesa de la nación, S. cavar sus bases, minar su estabilidad, y abrir las puertas a la apropiación de la nación por parte de una clase, la intelectual, que es *internacionalista* frente a la burguesía, pero *nacionalista* frente a los trabajadores manuales de la ciudad y del campo. Se trata, pues, de un internacionalismo asumido (como en el caso de toda clase explotadora) no

*como fin sino corno medio*. También la burguesía manejó en su época la idea del derecho de gentes o cosmopolitismo en contra del regionalismo y el particularismo feudales y mostró elocuentemente cómo su pretendido internacionalismo no era otra cosa que uno de los instrumentos o de los medios empleados para sustituir el localismo aristocrático por el nacionalismo burgués. El sector histórico, marxista-leninista, de la clase intelectual muestra en la utilización del internacionalismo (obrerista en su forma e intelectualista en su contenido) la misma sabiduría pragmática que le hace asumir el "materialismo dialéctico" y no el idealismo, el "socialismo científico" y no la ideología burguesa, el "realismo socialista" y no el formalismo burgués, o sea, que hace uso de una práctica teórica que, en lugar de perjudicarle en su pugna por adquirir un poder popular de sustentación anticapitalista, le ayuda a conquistar a las masas, a manipularlas, haciéndole el juego a cierto instinto anticapitalista que puede servir de materia prima para un adoctrinamiento tendencioso. A los marxistas-leninistas les viene como anillo al dedo, en este contexto, la divisa tradicional del *Manifiesto*. EL, grito de "¡Proletarios de todos los países, uníos!" encarna, en efecto, una ambigüedad, una homología. ¿A qué proletarios hace referencia el lema? En un principio, en los clásicos del marxismo, la noción de proletariado tendía a identificarse con la clase obrera, esto es, con el trabajo manual que operaba en la industria. Hoy por hoy, la mayor parte de los marxistas-leninistas (y no se diga otras corrientes más reformistas) comprenden dentro del concepto de proletariado no sólo el trabajo manual asalariado sino también el trabajo técnico proletarizado. Consecuencia de esto es que lanzar la consigna de "¡Proletarios de todos los países, uníos!" no tiene otro significado que el de girar "¡Trabajadores intelectuales y manuales de todo el mundo, uníos!", lo cual significa dos cosas: a) que es preciso agrupar a todo el *frente asalariado* en contra del capital y b) que una vez derrotado el enemigo capitalista, se eleve al poder al proletariado victorioso; pero a un proletariado donde los intelectuales, los técnicos y burócratas, ocupen por razones histórico-estructurales, los puestos centrales del poder económico-político. El "internacionalismo marxista-leninista", la utilización y refuncionalización tecnoburocrática de la divisa marxista del *Manifiesto* no es, entonces, más que la *pieza maestra*, de carácter ideológico, destinada a combatir el *nacionalismo burgués* a favor del *nacionalismo intelectual*. Resultado de ello es que si el internacionalismo concebido por Marx implicaba un comportamiento estratégico nacional por la forma e internacional por el contenido, el internacionalismo vendido por el marxismo-leninismo acarrea una acción estratégica inversa: internacional por la

forma y nacional por el contenido. Para Marx —aunque no logró visualizar el camino concreto para la realización efectiva de ello— lo nacional era el medio, lo internacional, el fin. Para el marxismo-leninismo, Trotsky incluido, lo nacional es el fin y lo internacional el medio. Todo esto, como se comprende, al margen de los buenos deseos, de la posición subjetiva y del rechazo voluntarista de las aplastantes condiciones objetivas abiertas por el régimen tecnoburocrático de la clase intelectual. El internacionalismo marxista-leninista es, entonces, una ideología. Nos da gato por liebre. Nos ayuda a liberarnos de un enemigo para reenajernos, como Cuba, al otro. Se presenta como la lucha de la clase obrera cuando no es sino la lucha obrera de la clase intelectual para acceder al poder y, con ello, a la propiedad privada de la nación.

El nacionalismo intelectual, el chauvinismo tecnoburocrático, se expresa de manera permanente. Ciertamente que ha cumplido *roles progresistas* cuando ha servido de -elemento cohesionador del pueblo en contra del invasor imperialista o fascista como en el caso de la Unión Soviética respecto a los nazis, o de los coreanos y vietnamitas respecto a los imperialistas yanquis; pero en otras ocasiones ha develado su *carácter reaccionario*, antipopular (invasión soviética a Checoslovaquia, Afganistán, etcétera). Ha sido progresista, entonces, *frente al capitalismo*, y es reaccionario *frente a los pueblos*. ¿Qué opinar, en este contexto, de las "guerras entre países socialistas", fórmula cuya sola enunciación resulta repugnante y provocadora de la máxima perplejidad? ¿Qué pensar de los conflictos fronterizos entre China y la Unión Soviética? ¿Qué de la invasión vietnamita a Camboya? ¿Cómo interpretar la incursión china en territorio de Vietnam? La explicación objetiva de estos acontecimientos sólo puede empezar a desarrollarse si y sólo si se niega el carácter de *países socialistas a todos* los implicados en los hechos de armas mencionados. No es socialista la URSS, no lo es China, no lo son, asimismo, ni Vietnam ni Camboya. La expresión "guerra entre países socialistas" implica *un* contrasentido: el socialismo, en su más justa y revolucionaria interpretación, no puede ser sino internacionalismo, y si ello es así, hablar de guerra entre países que han asumido el internacionalismo, carece de sentido. Lo que sucede, sin embargo, es otra cosa. Se trata de una lucha no de países socialistas, lo cual sería imposible, sino de una guerra entre países que, siendo *regímenes intelectuales*, navegan con la bandera de socialistas. Consecuencia de ello es que, como decíamos con anterioridad, en vez de asumir el nacionalismo como medio, lo asimilan como finalidad o, lo que es igual, en vez de tener al nacionalismo como forma y al internacionalismo como contenido, tienen al internacionalismo como forma (como ideología) y al nacionalismo como

contenido. La lucha entre "países socialistas" no es, entonces, sino el *conflicto armado de diversas tecnoburocracias*. La *formación social intelectual* no sólo entra en contradicción, en términos bélicos, con el enemigo *ascendente* de clase (esto es con el capital) y con el enemigo *descendente* de clase (esto es, el pueblo) sino también con el enemigo *horizontal* de clase (esto es, otras formaciones sociales intelectuales). La clase intelectual, al apropiarse de la nación, la excluye, la independiza y contrapone no sólo a las naciones capitalistas y a sus propios pueblos, sino también a las otras naciones apropiadas por sus clases intelectuales autóctonas. Es claro que puede haber, y hay, "alianzas" permanentes (como el caso de la Unión Soviética y sus satélites tecnoburocráticos de Europa del Este, del Extremo Oriente o de América Latina) o "alianzas" conflictivas (como la de la URSS con Rumania). Pero es importante tomar en cuenta que en estas alianzas no todos son iguales, sino que hay una jerarquía militar (piénsese en el Pacto de Varsovia), económica (piénsese en el COMECON) y política (téngase en cuenta el control ejercido por la tecnoburocracia soviética sobre las demás tecnoburocracias locales). Cuando alguien intenta salir de esta "alianza", la Unión Soviética arguye la tesis chauvinista de la "soberanía limitada", con el argumento consabido: el peligro de que el capital se aproveche de las circunstancias, lleva al PCUS a tomar la decisión de enviar a su ejército. En nombre, entonces, del peligro capitalista se aplastan las reivindicaciones democráticas.

Es bien sabido que la política exterior es una continuación, por medios diferentes, de la política interior. Si el imperialismo capitalista es la expresión del régimen burgués al llegar a una etapa específica de su desarrollo, el imperialismo soviético (que algunos denominan imperialismo burocrático, imperialismo tecnoburocrático o social-imperialismo, y que nosotros llamamos *intelectual imperialismo*) es igualmente la expresión, en lo que se refiere a la política exterior de la conformación específica de este nuevo régimen de clases que es el *modo de producción intelectual*.

Hay quien ha hecho notar<sup>8</sup> que la característica central de los regímenes tecnoburocráticos es que en ellos el poder se ejerce no por la propiedad sino por la función o, dicho de manera más exacta, por la propiedad factual de los medios de producción que se deriva de la *función*. Nosotros creemos que esta es una verdad a medias. Explica el papel de los burócratas y de los tecnócratas en la sociedad "socialista", pero no las condiciones posibilitantes de la función. Pensamos que para entender este problema, hay que rebasar la función para tropezar con su determinación

---

<sup>8</sup> Marc Paillet, *Marx contra Marx. La sociedad tecnoburocrática*, Dopesa, Barcelona, 1972, p. 135.

estructural. Y si planteamos así las cosas, advertimos que la *función* sólo puede ejercerse si existe la apropiación de conocimientos indispensables para su puesta en marcha, de lo cual resulta que la estructura definitoria de la función es la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la producción. Ya lo hemos dicho en otras ocasiones: atrás de todo burócrata o técnico con poder decisorio se halla un intelectual, en el sentido amplio de la expresión y no en su acepción vulgar y cotidiana de filósofo, artista o científico. Todo lo anterior nos lleva a la conclusión siguiente: el imperialismo burocrático o burocrático-tecnológico no es, en su esencia, sino *intelectual imperialismo*.

Empecemos por reconocer que "salvo para los ingenuos incorregibles o los propagandistas interesados, el carácter imperialista tanto de la política dirigida por Washington como la dirigida Por Moscú, aparece como una evidencia trivial".<sup>9</sup> Es claro que no es posible identificar u homologar un imperialismo con otro, ya que "la similitud de las formas (explotación, dominio, intervención) oculta fenómenos que son de naturaleza sensiblemente distinta".<sup>10</sup> Siguiendo a Paillet, es necesario declarar, en efecto, que "no se descubrirán los motivos y los objetivos del imperialismo soviético ligándolo a un imperialismo clásico". Y también, "no se convencerá a nadie de que la URSS es un imperialismo `en definitiva como los demás, aunque sus manifestaciones exteriores pareciesen mostrarlo, simplemente porque no lo es. No se desmitifica la política soviética, en este campo como en los demás, más que captando su originalidad fundamental".<sup>11</sup> ¿Y cuál es su "originalidad fundamental"? Consiste en un tipo de política exterior destinado a beneficiar, por todos los medios posibles a un centro tecnoburocrático, deseoso de acrecentar cada vez más su capital colectivo. Nos es un imperialismo que tiene su fundamento o su resorte generativo en un capital asociado a la banca creando el dispositivo del capital financiero o de un capital monopolista que logra poner al Estado a su servicio dando a luz el capitalismo monopolista del Estado, sino que es un imperialismo —de ahí su nombre de *intelectual imperialismo*— que posee como su base una *tecnoburocracia intelectual* que forma parte de un régimen en el que, aunque existe un capital colectivo tecnoburocrático, ya no puede ser clasificado como modo de producción capitalista. Tiene razón Paillet al hacer notar, entonces, que

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 273.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 275.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 275.

"el imperialismo burocrático manifiesta, desde el principio, tendencias sin precedentes. Este precede... de la novedad de las estructuras internas".<sup>12</sup>

El *intelectual imperialismo* nos devela, por consiguiente, que la clase intelectual, como la clase burguesa, no sólo es chauvinista y patrioter, sino también imperialista. No tenemos la posibilidad de examinar en este sitio las modalidades específicas en que actúa esta nueva forma de imperialismo (para hacer tal cosa habría que tener en cuenta la relación de la URSS con los otros países "socialistas" a través del Pacto de Varsovia, el COMECON, las Conferencias de Partido Comunistas, etcétera). Pero hay una cosa que salta a la vista, y en la que en este sitio podemos poner el acento: *la clase intelectual, como toda clase en el poder, se apropia de la nación y, contraponiéndose no sólo al resto del mundo, sino a la clase obrera internacional, diseña una política exterior, tanto en sentido económico como sociopolítico, destinada a beneficiar a la metrópoli tecnoburocrática intelectual.*

Y ya con ello, llegamos a la afirmación, tesis esencial de este escrito, de que sólo la clase trabajadora manual, los obreros y campesinos, *es una clase verdaderamente internacionalista.* La clase manual es un agrupamiento social desposeído no sólo de medios *materiales e intelectuales* de producción sino también de la nación. Su *extranjería interna* salta a la vista no sólo, como dijimos, en los países capitalistas sino también en el *modo de producción intelectual.* Con una revolución (articulada) socialista, la clase trabajadora manual perderá sus cadenas no sólo económicas y culturales sino las cadenas políticas expresadas en el hecho de vivir dentro de una "nación" que no les pertenece.

Cuando la clase trabajadora manual tome el poder *socializará, por consiguiente, la nación.* La nación ya no pertenecerá a una clase explotadora, sino a la clase que, por estar desposeída de todo, es la única capaz de instaurar, con una sociedad sin clases, un país donde la nación se halle socializada. O, lo que es igual, internacionalizada. La clase trabajadora manual se apropiará de la nación con dos objetivos, entre otros: a) expropiar a toda clase explotadora de la posesión estatal. Corolario necesario de esto será reubicar de nuevo el sentido prístino del internacionalismo proletario como nacionalista por la forma e intelectualista por el contenido. b) Convertirse, por así decirlo, en la custodia de un territorio donde rige ya el internacionalismo o, si se quiere, de una nación *poseída* por un fragmento nacional del proletariado internacional. Se trataría pues, de un territorio libre del nacionalismo, del inicio de la

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 304.

internacionalización de los intereses proletarios. De una nación, poseída ahora por un proletariado concreto, a la espera —pero a la espera dinámica, internacionalista— de que la clase obrera llegó al poder en otras partes del mundo y pueda considerar la nación internacionalizada como un avance salvaguardado por la clase obrera victoriosa.

El socialismo no puede ser sino el producto del *conjunto de revoluciones* vinculadas internamente y jerarquizadas (de acuerdo con las condiciones históricas) que hemos llamado la *Revolución Articulada*. Cinco son las revoluciones que hemos localizado como formando parte esencial de este proceso: la revolución económica, la cultural, la sexual-familiar, la antiautoritaria y la internacionalista. La *revolución internacionalista* o el *internacionalismo del proletariado manual*, puede ser enfocada antes de la toma del poder, esto es, con un *carácter anticipativo* (y que se materializaría en acciones solidarias de las luchas populares, en posiciones denunciativas teórica y prácticamente del nacionalismo burgués o tecno-burocrático, etcétera) o bien después de la toma del poder. En realidad, *la toma del poder por parte del proletariado manual se identifica con la socialización del Estado*. Ésta es la razón por la cual, la revolución internacionalista, aunque la hayamos enlistado en último término, es la *revolución englobante* de las demás. Sólo si la clase trabajadora manual se adueña de la nación y la socializa, podrá socializar los medios materiales e intelectuales de la producción y llevar a cabo las otras revoluciones institucionales.

## CAPITULO IV

### ¿GUERRA ENTRE PAÍSES SOCIALISTAS?<sup>a</sup>

Quienes suscribimos este texto, sabemos que tras del silencio puede ocultarse la complicidad. Nuestra filosofía, nuestras concepciones políticas, nuestro compromiso social nos impiden cruzarnos de brazos. Ante el conflicto

---

<sup>a</sup> *¿Guerra entre países socialistas?* es un documento elaborado por Andrea Revueltas, José Luís González y Enrique González Rojo. Fue escrito en el año de 1979 y publicado inicialmente con el nombre de *Guerra de burocracias, no de países socialistas*, en la revista *Proceso*, No. 128, del 16 de abril de 1979. Después apareció, con el título que lleva ahora, en la revista *Revolución Articulada*, de febrero de 1982.

chino-vietnamita, en que se habla de la "agresión de un país socialista a otro", de "guerra entre países socialistas", de "fracaso histórico del socialismo porque no ha podido evitar el enfrentamiento de Estados con ancestrales intereses nacionales", ¿puede uno permanecer en el mutismo cauteloso de los oportunistas? Creemos definitivamente que no. Las opiniones que expresamos a continuación, dado el espacio de que disponemos, son breves y esquemáticas. Son, a no dudarlo, puntos de vista que requieren de mayor fundamentación y desarrollo. Pero deseamos dejar en claro que, en lo fundamental, constituyen un cuerpo de ideas y convicciones que posiblemente puedan coadyuvar en alguna medida y en algunos puntos al esclarecimiento de un problema internacional de importancia innegable y de consecuencias, todavía impredecibles.

Como es necesario tener presente una serie de acontecimientos históricos, sin los cuales no es posible entender lo que sucede en la actualidad en el Sudeste asiático, vamos a dividir nuestro escrito en dos partes: en una descripción sucinta de los hechos más significativos que han precedido la situación conflictiva del presente y en unas conclusiones o reflexiones críticas que se desprenden, a nuestro parecer, de la consideración objetiva del enfrentamiento chino-vietnamita y todo lo que implica.

La pugna actual entre China y Vietnam tiene su antecedente inmediato en el enfrentamiento entre Vietnam y Kampuchea. Como resulta indudable que tras de la República Socialista de Vietnam se halla la Unión Soviética y tras de Kampuchea se encuentra la República Popular China, conviene analizar, aunque sea de manera escueta, la génesis, el carácter y los alcances de la pugna chino-soviética. Conviene recordar, en primer término, la rivalidad ancestral entre los imperios ruso y chino, vietnamita y camboyano. Respecto a las relaciones que existieron entre China y la URSS a -través de la Comintern o la Cominform de 1919 a 1949, sólo recordaremos (sin entrar, por ejemplo, al examen de la polémica de Trotsky y de Stalin sobre la revolución china) que la política exterior de la Unión Soviética, la política estalinista de la alianza del Partido Comunista Chino con el Kuomintang, condujo, en 1927, al aplastamiento de la clase obrera en Cantón, Shangai y otras ciudades con una saña represiva pocas veces conocida por la historia. No podemos dejar de tener en cuenta, por otra parte, que a la tensión surgida entre una porción del PCCH y la Internacional Comunista a raíz de la traición de Chiang Kai-chek, se añadió la contradicción entre Mao Tse-Tung y sus partidarios (cuando decidieron sustituir la revolución obrera por la revolución agraria) y los dirigentes estalinistas de la Comintern. Y no debe dejarse de lado, finalmente, la queja de los comunistas chinos por la escasísima asistencia

militar que los soviéticos les prestaron en su lucha contra los japoneses y el Kuomintang. Todos estos hechos nos muestran que, ya antes de la toma del poder por los comunistas chinos en 1949, había serios conflictos, tensiones y rivalidades entre el PLUS y el PCCH.

Cuando, siguiendo las instrucciones maoístas de la Nueva Democracia, se creó la República Popular China, las relaciones entre los "dos colosos del socialismo" mejoraron ostensiblemente. China era considerada habitualmente por la Unión Soviética, no sólo como parte del "campo de países socialistas" conformados después de la II Guerra Mundial, sino como la más importante de las naciones socialistas después de la URSS, dado su extraordinario volumen demográfico, su extensión geográfica, sus recursos naturales, en una palabra, sus potencialidades económicas y políticas. La ayuda soviética en aquel momento resulta indiscutible. Se puede afirmar que, a pesar de ciertas diferencias más o menos importantes (en el renglón, por ejemplo, de la cooperación agrícola o de la planificación económica), el modelo de "socialismo" creado en China coincidía, en sus rasgos fundamentales, con el régimen "soviético" de la época estalinista. Y tal coincidencia no sólo privaba en lo que a la política interior se refiere, sino también en lo que hace a la política exterior. Es de recordarse, para poner un ejemplo, que no hubo diferencias entre ambos partidos al diseñarse por vez primera la política de la coexistencia pacífica.

Pero el XX Congreso del PCUS en 1956 cambia las cosas. De 1956 a 1960 se inicia una lucha no pública entre el PCCH y el PCUS que se fue agudizando día con día. El PCCH edita en el mismo año de 1956 documentos en que se hace una evaluación del estalinismo que difiere en puntos esenciales del Informe Secreto de Jrushov y de los acuerdos adoptados por el XX Congreso. El PCCH saca a la luz, en abril de 1960, el texto llamado *¡Viva el leninismo!*, donde de manera muy nítida se plantea una línea política divergente, en lo nacional e internacional, respecto a la seguida por el PCUS y coreada por la mayor parte de los partidos comunistas de entonces.

Las dos Conferencias internacionales de partidos comunistas y obreros, que tuvieron lugar en 1957 y 1960, lejos de disipar las diferencias, las exacerbaban. Hubo un período, sin embargo, en que los dos partidos se mostraban renuentes a ventilar a la luz pública sus discrepancias. Es la etapa en que el PCUS atacaba de hecho al PCCH a través de la crítica a las posiciones "sectarias" del Partido del Trabajo de Albania y en que el PCCH combatía de hecho al PCUS mediante la denuncia de las posiciones "revisionistas" de la Liga de Comunistas de Yugoslavia. Las divergencias parecían reducirse, entonces, a dos interpretaciones del marxismo: los

soviéticos acusaban en realidad a los chinos de *dogmáticos e izquierdistas* y los chinos denunciaban a los soviéticos como *revisionistas y derechistas*. No sin razón, el PCUS empezó a manejar el argumento de que el PCCH "defendía a Stalin" porque el "culto a la personalidad" (a la personalidad de Mao) prevalecía en China.

El PCCH acusó al PCUS de hacerse eco del "chantaje nuclear" de Estados Unidos. Resucitó la caracterización del imperialismo como un *tigre de papel*, frase que fue interpretada por Jrushov como una consigna que conducía a subestimar la capacidad destructiva de un enemigo que poseía "colmillos atómicos". Las discrepancias que eran múltiples y cada vez más profundas, se sintetizaban, según el PCCH, en "las tres pacíficas y los dos todos". Se reducían, en primer lugar, a la defensa por parte del PCUS de tres objetivos (asumidos de manera "revisionista") que se referían a la *política exterior*: la coexistencia *pacífica*, la emulación *pacífica* y la transición *pacífica*; la primera, decían, es interpretada por los soviéticos como *coexistencia capituladora* (como lo demostró la forma en que la Unión Soviética tuvo que retirar los cohetes de Cuba, tras del acto *aventurero* de haberlos instalado en tal lugar), la emulación *pacífica* como un sustituto de la revolución socialista. y la transición *pacífica* como la caída en el "cretinismo parlamentario" de la socialdemocracia. Se reducían, en segundo lugar, al intento demagógico de cambiar el carácter del partido y del Estado convirtiendo al partido de la clase obrera en partido de *todo* el pueblo, y al Estado de la dictadura proletaria, en Estado de *todo* el pueblo.

En 1960, el Estado "soviético" *retiró todos los técnicos que se hallaban en China., congeló todos los acuerdos bilaterales de carácter económico, dejó sin repuestos las fábricas construidas con su auxilio*. Convirtió, pues, un problema que aparentemente era sólo ideológico en un conflicto entre Estados. El efecto que tuvo este acto arbitrario, unilateral y despótico del Estado y el partido soviético en China fue de enormes proporciones y consecuencias. Se puede decir que este *boicot* económico que llevaba a cabo, no un país imperialista sobre un país "socialista", sino un país "socialista" poderoso sobre un país "socialista" subdesarrollado, hizo aflorar nuevamente rivalidades entre las dos naciones. El PCCH caracterizó entonces la política soviética como *revisionista* en lo interior y *chauvinista de gran potencia* en lo exterior. Los soviéticos, por su lado, además de criticar la política económica maoísta del "Gran Salto Adelante" y las "comunas populares", etcétera, empezaron a acusar al PCCH de sustituir el marxismo-leninismo por el maoísmo, de hacerle el juego al imperialismo, de llevar a cabo una política interior y exterior (Indonesia, Pakistán, la

India) del todo erróneo y peligrosa. Se acusó al PCCH de dividir el movimiento comunista internacional y de intentar convertirse en un partido prepotente y hegemónico en dicho movimiento.

Por aquel entonces la guerra de liberación vietnamita comenzó a reanimarse. No ya contra el imperialismo francés (derrotado en Diem Bien Phu) sino contra el imperialismo yanqui y sus lacayos nacionales en el sur de Vietnam. Resulta importante recordar que en un principio la Unión Soviética se mantuvo "a distancia" del conflicto vietnamita y hasta reprobó indirectamente su estallido, como lo demuestran las declaraciones de Jrushov en Bucarest en las que comentaba que una chispa es capaz de encender la guerra nuclear. En esta etapa la alianza entre Vietnam y China era estrecha e incondicional. Cuando la guerra de liberación vietnamita se hizo más aguda y profunda, cuando mostró su capacidad liberadora, los soviéticos abandonaron su desinterés y hasta reticencias primitivas, y decidieron prestarle su ayuda militar. Ello agudizó el deterioro de las relaciones entre las dos potencias cada una quería supeditar a Vietnam a su propia influencia. Esta es la época en que los chinos dificultaron el tránsito de material soviético por su territorio, lo cual fue aprovechado por los soviéticos para denunciar a los chinos como entorpecedores de la asistencia necesaria a un país hermano atacado por el imperialismo.

No puede dejarse de lado en esta descripción el estallido de la "revolución cultural" china en 1966. Independientemente de la interpretación que se haga de este acontecimiento, resulta indudable que distanció aún más al PCCH del PCUS y hasta dio pábulo a que empezara a hablarse de un "modelo de construcción del socialismo" divergente en China del que existía en la URSS, lo que representaba para ésta un gravísimo peligro respecto a su estabilidad y hegemonía, al discutirse la universalidad del modelo soviético.

En el Partido de los Trabajadores de Vietnam se agudizó la lucha entre el ala prochina y el ala prosoviética. Y es la subyugarse que, a medida que crecían los combates en el Sur de Vietnam, a medida que los soviéticos incrementaban su ayuda militar con armamento pesado, el ala prosoviética fue ganando la partida hasta reducir a la impotencia al sector partidario del PCCH.

El PCCH fue, en todo esto, modificando su caracterización del panorama político internacional y el papel de la Unión Soviética en él. Si en un principio consideraba que el enemigo principal era Estados Unidos, y la URSS, a pesar de su *revisionismo y chauvinismo de gran potencia*, no era sino un enemigo secundario, empezó a hablar de que los "dos enemigos principales" eran la URSS y Estados Unidos.

La URSS tiene un largo historial de intervención armada en otros

países "socialistas". La represión soviética —apoyada entonces por el PCCH— a la rebelión húngara de 1956 es un buen ejemplo de ello. Pero la intervención en Checoslovaquia en 1968 —*país ocupado por el ejército soviético*— rebasó todos los límites y pretendió fundarse en la ficción pseudojurídica de la "soberanía limitada". La RPCH ya no estuvo de acuerdo con la URSS en este acto de arrogancia y despotismo, seguramente, entre otras cosas, por la amenaza de verse también invadida por los soviéticos. Por su parte, China tampoco puede considerarse inocente; basta recordar la masacre de comunistas en Indonesia en los años 50.

Debe tomarse en cuenta, además de todo lo anterior, el hecho de que en Camboya, el régimen monárquico de Sihanuk, que mantenía buenas relaciones con Pekín, fue sustituido por el gobierno "republicano" de Lon Nol, apoyado por el imperialismo yanqui. La guerra de liberación nacional, encabezada por el Khmer Rojo y sus dirigentes más connotados Pol Pot y Ieg Sary, triunfó finalmente y empezó a construir el "socialismo" en el nuevo régimen de Kampuchea. No debe olvidarse que, dada la influencia que poseía Pekín en el Khmer Rojo, los soviéticos mantuvieron relaciones preferenciales constantemente con Lon Nol y vieron con reticencias creciente la construcción de un "socialismo" prochino en Camboya. Al parecer, el régimen del Pol Pot fue un intento de crear de golpe un orden social bajo el modelo de la revolución cultural china de 1966. Su extremismo, la radicalización de sus medidas (respecto a la división entre la ciudad y el campo, el trabajo intelectual y el trabajo manual), parecen cobijarse bajo la influencia de la lucha emprendida por el maoísmo (y lo que después se denominaría la "banda de los cuatro") contra Liu Chao-Chi y Teng Siao-Ping.

La URSS veía cada vez con mayor suspicacia la política china. Los conflictos fronterizos entre la Unión Soviética y China (esencialmente en el río Usuri) se agudizaron en varias ocasiones e hicieron que ambos países desplazaran un número importante de divisiones hacia la frontera en conflicto, hasta llegar al enfrentamiento armado.

El PCCH empezó a denunciar desde hace algunos años la pretensión de la URSS de crear la Federación Indochina (que agruparía a Vietnam, Laos y Camboya) y que, formada bajo la influencia soviética, trataría de rodear a China, para completar el conjunto de naciones enemigas y prosoviéticas (India, Mongolia, Bangladesh, etcétera) que en conjunto forman el cerco antichino.

En esta situación, China vio alzarse a la Unión Soviética como su enemigo principal, y en una transposición generalizante (fincada en la teoría de los tres mundos) como el enemigo principal de los pueblos. China no sólo

tuvo problemas fronterizos con la URSS, y antes con la India, sino también, y cada vez más serios, con Vietnam. A estos problemas vino a añadirse la cuestión de los Hoas, chinos residentes en Vietnam, y a los que, según la versión vietnamita, se les confiscaron sus bienes, ya que constituían una capa de comerciantes ricos y la "socialización del sur de Vietnam" no podía respetar sus intereses burgueses. Los chinos dieron otra versión. En primer lugar, afirmaron, es falso que se trate en general de comerciantes ricos; en segundo lugar, las medidas contra los Hoas no persiguen otro fin sino el de provocar los soviéticos a los chinos (a través de los vietnamitas), además de expresar rivalidades racistas.

En este contexto, bajo la dirección de Heng Samrin, se organiza en Kampuchea el FUNSK, movimiento provietnamita que se lanzó a la lucha contra el régimen de Pol Pot. Tiene entonces lugar una verdadera invasión militar vietnamita contra el gobierno de Pnom Penh. China presta su ayuda al régimen de Pol Pot; pero no puede nada el Khmer Rojo contra las divisiones vietnamitas (armadas por los soviéticos) que apoyan militarmente a los disidentes camboyanos, los cuales, al parecer, no sólo resultan victoriosos por el apoyo militar vietnamita, sino por el descontento que en amplias masas de la población habían generado las medidas extremistas y al parecer despóticas de Pol Pot y su grupo.

La invasión de Vietnam a Kampuchea pareció darle la razón al PCCH de su denuncia del propósito soviético de crear una federación indochina. Los chinos aseguran que, a partir de ese instante, se vieron en la necesidad de responder.

La *teoría de los tres mundos* (atribuida a Mao Tse-Tung) sostiene la tesis de que la Unión Soviética era un país socialista hasta el XX Congreso y que la política revisionista de Jrushov convirtió a la URSS en un país capitalista monopolista de Estado (con mayor concentración y centralización aún que Estados Unidos), en lo que a su conformación interna se refiere, y en una nación que incurre en el *social-imperialismo*, en lo que atañe a su política exterior. La *teoría de los tres mundos* supone que la URSS es un enemigo más peligroso, en esta etapa histórica, que Estados Unidos porque siendo, como es, un advenedizo en la comunidad de naciones imperialistas, es más agresivo que ningún otro, como lo fue en su tiempo la Alemania de Hitler. Es preciso, por tanto, según los chinos, detenerlo y conjurar, con esta detención, el peligro de la III guerra mundial. Para atar las manos al "social-imperialismo" deben cerrar filas el tercer mundo (los países subdesarrollados) no sólo con el segundo mundo (países avanzados como los europeos y el Japón) sino incluso con Estados Unidos, el enemigo menos peligroso del primer mundo. A partir de este

planteamiento político China ha realizado las alianzas más reaccionarias y vergonzosas que es dable imaginar: con la CIA, con Pinochet, con el Sha, etcétera. No podemos soslayar, finalmente, que en los últimos años ha habido en China un profundo cambio en la política interior, el cual ha consistido en enterrar definitivamente la revolución cultural maoísta a favor del pragmatismo de Ten Siao-Ping y su política de las "cuatro modernizaciones", con lo cual parece tratar de asegurarse un desarrollo aún más técnico y burocrático.

La descripción de todos los acontecimientos enumerados arroja varias consecuencias:

1. No es posible tener un punto de vista unilateral, porque ello implica, a más de un enfoque restringido, hacerle el juego a uno de los bloques "socialistas" de poder. Si minimizamos la invasión de Vietnam a Kampuchea y destacamos indignados la agresión china contra Vietnam, *no estamos haciendo otra cosa que alinearnos con la política soviética*. Si ponemos el acento en la intervención militar vietnamita en Kampuchea y pretendemos justificar con ello la "expedición punitiva" de los chinos en Vietnam, *nos estamos haciendo eco de la política china y aun norteamericana*.
2. Si algo ha puesto en claro el actual conflicto oriental es que las ancestrales rivalidades nacionales e imperialistas entre China y Rusia, China y Vietnam, Vietnam y Camboya, lejos de haber desaparecido, superadas por el "socialismo", siguen tan vigentes como siempre.
3. El conflicto entre China y Vietnam, o entre Vietnam y Kampuchea, o entre China y la URSS, no es una "guerra entre países socialistas", sino un choque entre naciones que, independientemente de cómo se las caracterice, resulta indudable que la clase obrera sufre la explotación más despiadada y, evidentemente, se halla excluida de las decisiones fundamentales del régimen.

Es importante hacer notar que no hay "guerra entre países socialistas" por la sencilla (y dramática) razón de que *no hay aún países socialistas*. Es inaceptable, por tanto, afirmar —con los prosoviéticos— que la URSS es socialista y que China no lo es, en la misma medida en que es incorrecto asentar —con los prochinos— que China es socialista y que la URSS no lo es. Digámoslo tajantemente: ni la URSS ni China, ni Vietnam ni Kampuchea son socialistas. Un país socialista no puede *dominar* a otro o servirse de él como peón de ajedrez, a la manera en que la URSS lo hace respecto a Vietnam o China respecto a la Kampuchea de Pol Pot. Y la afirmación

contraria también es cierta: un país que se deja arrastrar a la política de gran potencia del país dominante *tampoco es socialista*.

5. No son países socialistas porque los beneficiarios de las revoluciones antimperialistas y anticapitalistas de esas naciones *no son los obreros y los campesinos*, sino una burocracia (en el sentido amplio del término) que ha usurpado la revolución y la ha puesto a su servicio.

6. No son países socialistas, además, porque no son internacionalistas. Tan ha sido derrotado en ellos el proyecto socialista que en lugar de ser "nacionales por la forma e internacionales por el contenido", como reza la fórmula socialista, son en realidad internacionales por la forma y nacionales por el contenido, como lo demuestran los litigios fronterizos, la prepotencia nacional, el fácil recurso a las armas.

7. En dichos países la ideología ha devenido en la enajenación máxima, pues no sirve sino para encubrir intereses geopolíticos de potencias, además de la explotación de la clase obrera.

8. Las guerras entre estos *Estados burocráticos* no tiene nada que ver con la clase obrera. Ninguno de los pueblos —ni el soviético, ni el chino, ni el camboyano, ni el vietnamita— participó en las decisiones. Se trata de un asunto ventilado por la burocracia y la tecnocracia de esos nuevos regímenes que se dicen socialistas pero han demostrado como nunca que no lo son.

9. Por encima de los escollos —sean capitalistas o burocráticos— queda planteada la tarea del proletariado mundial: barrer con estos regímenes y construir la sociedad sin clases.

## CAPÍTULO V

### *LA NATURALEZA DE LOS LLAMADOS PAÍSES SOCIALISTAS*

---

• El escrito *La naturaleza de los llamados países socialistas* fue terminado el 11 de junio de 1984, cuando el autor ya pertenecía a la Organización de Izquierda Revolucionaria (Línea de Masas) (OIR-LM).

Para abordar el tema de la naturaleza de los llamados países socialistas, conviene emplear el siguiente método: a) Exponer inicialmente cuál es la estructura socioeconómica que define al *capitalismo*, a diferencia de otros regímenes con los cuales pudiera confundirse. b) Mostrar en qué consiste el *socialismo* (primera fase de la sociedad comunista) como un ideal no fantástico (sino desprendido de las leyes de tendencia más generales que ofrece la sociedad capitalista) cuya exposición, en sus lineamientos fundamentales, fue emprendido por los clásicos del marxismo. c) Descubrir la forma en que operan, desde el punto de vista económico-social, los autoproclamados oficialmente países socialistas y d) Comparar, de manera crítica, por un lado, los regímenes llamados o tenidos por socialistas con el conjunto de elementos que componen el ideal del socialismo (para determinar si los regímenes en cuestión son o no efectivamente socialistas) y, por otro, con la estructura socioeconómica que define al capitalismo (para concluir si el "socialismo" es o no alguna modalidad de capitalismo). e) Una vez realizado lo anterior, y en el caso de haber llegado a la conclusión de que dichos regímenes sociales no pueden identificarse ni con el capitalismo ni con el socialismo, intentar llevar a cabo una caracterización socioeconómica de la naturaleza de estos países.

a) *Estructura socioeconómica que define al capitalismo.*

El capitalismo tiene su carta de identidad en un conjunto de categorías económicas y sociales articuladas. Si analizamos cuidadosamente los elementos, relaciones, modos de operar privativos de esta organización social, es decir, aquello que hace que el capitalismo sea eso, capitalismo, y no cualquiera de los regímenes precapitalistas o poscapitalistas, adquiriremos un sólido criterio para reconocer el modo de producción capitalista y para diferenciarlo de otros sistemas sociales. El capitalismo se caracteriza, antes que nada, por el divorcio de los trabajadores y los medios de producción, generado por ese largo, tortuoso y sangriento proceso de expropiación y pillaje que se conoce con el nombre de la *acumulación originaria del capital*. Resultado de esta "acta de nacimiento" del capitalismo es la polarización de la sociedad civil en dos clases antagónicas: los desposeídos de los medios de producción (trabajadores) y los monopolizadores, a partir del acto expropiatorio, de las condiciones materiales de la producción (capitalistas). Los trabajadores, a diferencia de los artesanos y los siervos de la gleba, no son dueños ya, por consiguiente, de sus instrumentos de trabajo. Lo único que han podido conservar, además de la vida, es su fuerza de trabajo. El único "bien", el

único "patrimonio" del trabajador está en su fuerza física, en sus brazos, en su capacidad de producir. En estas condiciones, se ve en la necesidad de vender su fuerza laboral a cambio de un salario con el cual, invertido en los medios de consumo de primera necesidad, puede reproducir sus condiciones de existencia. Los trabajadores devienen, así, en *trabajadores asalariados*. Una de las condiciones esenciales que nos permiten hablar de una *formación social determinada como capitalista es que se halle conformada por trabajo asalariado*. El *sistema del salariado* es, entonces, un elemento esencial, definitorio, del modo de producción capitalista. La acumulación originaria del capital crea, en el polo opuesto, la clase burguesa, la cual, al expropiar los medios de producción, se convierte en la detentadora, en la forma de la *propiedad privada*, del trabajo acumulado, esto es, del capital. El capitalista, tras la expropiación de los instrumentos productivos, se ve precisado a contratar fuerza de trabajo (capital variable) con el objeto de que la capacidad productiva de los obreros, vinculada a los medios de producción (instrumentos de trabajo, materias primas y materias auxiliares), elabora un producto (destinado al cambio) y, en él, un valor y un plusvalor. Si la acumulación originaria del capital, y la polarización de la sociedad civil que acarrea, es el "acta de nacimiento" del sistema, la reproducción del capital y, más concretamente, la reproducción ampliada del mismo, representa su desarrollo, su vida, su crecimiento. La acumulación capitalista, producto de esta reproducción ampliada del capital es, pues, la forma "natural", económica, de existencia de la clase poseedora. La existencia del capital, fundada en una nueva modalidad de la división del trabajo y en las necesidades de la acumulación, pasará de una fase a otra; se hallará impulsado por los procesos de concentración y centralización, sufrirá las contradicciones inherentes al ciclo económico; pero tenderá a desarrollarse en lo que podríamos llamar *vida y obras del capitalismo*. En la biografía del capital hay, sin embargo, un elemento que no hemos mencionado y que resulta tan esencial como los anteriores: hacemos referencia al mercado. El capitalismo no es únicamente una sociedad mercantil (también lo fueron, en distinto grado, los modos de producción precapitalistas) sino un *sistema de mercancías*, en el cual no sólo los satisfactores y el dinero se transforman en productos destinados al cambio, sino que otro tanto ocurre con la fuerza de trabajo. El capitalista compra fuerza de trabajo en el *mercado de la mano de obra* y adquiere medios de producción en el *mercado de las condiciones materiales de la producción*, para crear un producto (cuyo valor sea *capital variable más capital constante más plusvalía*) destinado a realizar su valor en la esfera de la circulación. Entre el trabajo y el capital aparece, así, un mercado específicamente ca-

pitalista (al mercado de la fuerza de trabajo) y entre el capitalista y el consumidor aparece otro (el mercado de los medios de producción o de los medios de consumo) . *Otra de las condiciones esenciales que nos permiten hablar de una formación social como capitalista es que, entonces, sea un sistema de mercancías, en el cual la fuerza de trabajo adquiere un carácter mercantil y en que si el valor y el plusvalor se gestan en la esfera de producción, se realizan en la esfera de la circulación.* El régimen del capital pasa por varias etapas —libre competencia, monopolio, capital financiero, capitalismo de Estado, capitalismo monopolista de Estado— que nos muestran con toda claridad que el capitalismo también se caracteriza por una indudable *dinámica concurrencial* que, en mayor o menor grado, -es inherente de modo obligatorio a su sistema socioeconómico. La *competencia* entre los capitalistas no es un elemento aleatorio del régimen, sino otro de sus componentes esenciales. Esta competencia puede asumir diferentes aspectos: de los capitales individuales entre sí, de los monopolios contra los capitales individuales, de unos monopolios contra otros, etcétera; pero en todos los casos *la esfera de la circulación se convierte en el campo de batalla de una lucha feroz entre los capitalistas.* Las diversas modalidades del capital "colectivo" (capital por acciones, consorcios de diferentes tipos, etcétera) *no niegan la dinámica concurrencial;* se limitan a producir en ella alteraciones, no en su esencia y su función (consistente en transformar el capital-mercancías en capital-dinero), sino en su modo específico de operar. En íntima relación con el carácter concurrencial del capitalismo se halla *la anarquía de la producción* que caracteriza también al régimen del que hablamos. Con la anarquía de la producción capitalista ocurre algo similar a lo que pasa con la competencia: que puede cambiar de forma, de amplitud, de manera de manifestarse; *pero no puede nunca ser erradicada del todo del sistema capitalista.* El régimen capitalista es inexorablemente, en primera o en última instancia (según el grado de desarrollo y la configuración concreta de la formación social capitalista), un régimen no sólo competitivo, sino en el que se produce y reproduce la anarquía de la producción.

*Otra de las condiciones esenciales que, por último, nos permiten calificar a un modo de producción de capitalista es la tendencia irrefrenable del capital metropolitano a internacionalizarse o transnacionalizarse y del capital nacional de la periferia a subordinarse r al del centro (actuando como burguesía intermediaria) o a intentar llevar a cabo un cierto desarrollo autóctono para vincularse, como socio menor, con el centro imperial.*

b) *¿En qué consiste el socialismo (como ideal desprendido de la*

*realidad) de acuerdo con la descripción que de él llevan a cabo los clásicos del marxismo?*

Se trata no de un modo de producción diferenciado, sino de la fase inicial, la entrada, el primer tramo del régimen comunista. Es un sistema socioeconómico *de transición* hacia la fase superior del sistema comunista en el sentido estricto de la expresión. Durante este período, los expropiadores del pasado serán expropiados, lo cual no tiene otro sentido, como se sabe, que el de socializar los medios de producción y dar al traste de una vez para siempre con la propiedad privada capitalista. Esta última será sustituida por la propiedad social, colectiva, de los medios de producción, y cuando este proceso esté realizado a plenitud la sociedad entrará de lleno a su fase socialista. El socialismo será una etapa en la que, al armonizarse las relaciones de producción con el grado de desarrollo y el carácter de las fuerzas productivas, o, lo que es igual, al establecerse una correspondencia entre el modo de operar *cada vez más socializado* de las fuerzas de la producción con unas relaciones de propiedad *socialistas* (y no de apropiación privada), el despliegue de las fuerzas productivas, su brotar a chorro, su crecimiento sin restricciones, trabas sociales o clasistas, creará las condiciones materiales y espirituales para transitar gradualmente a la fase superior. Transitar a la fase superior significa que una sociedad en la que existen todavía clases (aunque no antagónicas) devenga sociedad sin clases; que un cuerpo social en el que hay aún Estado (la dictadura obrera) se convierta en una sociedad sin Estado o autogobernada; que una colectividad en la que, por obra y gracia de la división del trabajo, un sector de individuos desempeña de por vida un tipo de actividad (por ejemplo el trabajo manual), mientras otro se dedica también durante toda su existencia a la actividad opuesta (el trabajo intelectual), se transforme en una sociedad en que los individuos se emancipen de la división vertical y horizontal del trabajo y puedan dedicarse, de acuerdo con sus propias necesidades, y durante el tiempo que les plazca, a las actividades que deseen; que el modo de distribuir el producto social propio de la fase socialista ("a cada quien según su trabajo") se transforme en el modo comunista de distribución ("a cada quien según sus necesidades"), transformación que implica, como puede desprenderse de lo dicho anteriormente, que el desarrollo de las fuerzas productivas en las condiciones del socialismo, será tan abundante que la sociedad podrá conquistar esa nueva forma de distribución de la riqueza.

El socialismo se caracteriza, desde el punto de vista social, por ser un régimen en el que cuaja para siempre la *libre asociación de los*

*productores*. Esta última será el resultado, el punto culminante de la autoliberación de los trabajadores, de la exigencia marxista de que la emancipación de la clase obrera tendrá que ser obra de ella misma. El socialismo es, por lo tanto, una sociedad de productores; pero de productores *libremente asociados*, lo cual debe interpretarse, a nuestro entender, en el sentido de que en el régimen de transición, al mismo tiempo que se confisca la libertad de los explotadores capitalistas, se realiza la plena libertad de los productores de la riqueza social.

Varias funciones competen a la dictadura del proletariado. Mencionaremos entre las más importantes, las siguientes:

1. La *socialización* de los medios de producción.

El establecimiento de una *planificación* de la vida económica del país que sustituya a *la anarquía de la producción* propia del régimen capitalista. La planificación socialista de la producción económica, implicará la desaparición del *mercado* en el sentido capitalista de la expresión. Existirá, desde luego, una esfera de intercambio de los productos; pero esta última, en el entendido de que habrá un plan económico central que tendrá como una de sus principales funciones armonizar la producción y el consumo, no determinará los precios de las mercancías, ni será el medio, como en el pasado, para que el valor producido espontáneamente en la esfera de la producción, se realice en su ámbito y, dada la existencia de la propiedad privada, determine el carácter de la esfera distributiva, haciendo que la plusvalía vaya a parar a las manos del capital y el salario a las de los trabajadores. El "mercado socialista", si queremos continuar empleando este término, adquirirá un sentido cualitativamente diverso al del mercado capitalista, porque sólo tendrá como fin facilitar un intercambio de mercancías prefijado por la planificación económica, contabilizar los actos de compra-venta y llevar un registro lo más exacto posible de las contradicciones entre la esfera de la producción y la del consumo.

3. La anulación del *sistema del salariado*. En la primera fase (socialista) del modo de producción comunista existirá, a no dudarlo, una remuneración a los productores de acuerdo con la cantidad y calidad de su trabajo (bonos laborales, etcétera); pero aquélla no será un salario en sentido estricto porque: a) no representará necesariamente el valor de su fuerza de trabajo, como ocurre en el capitalismo y b) no será el pago que un capitalista individual o colectivo ofrece a su obrero contratado, sino que se tratará de la remuneración que la clase en el poder (el proletariado) decide

otorgar a todos y cada una de sus integrantes. Se trata, pues, de un acto de autocontratación y autoremuneración.

4. *La erradicación de la plusvalía en el sentido capitalista de la expresión.* Habrá, desde luego, un plusproducto socialista, un fondo de consumo, un remanente dispuesto a reinvertirse en la forma de la reproducción ampliada; pero no será plusvalía, si por esta entendemos, como debe entenderse, el trabajo humano no remunerado y monopolizado, gracias a la propiedad privada, por los detentadores capitalistas de las condiciones materiales de la producción. Habrá, sí, un plusproducto socialista cada vez más grande; pero cuyo destino es reinvertirse de manera social, respondiendo a las necesidades de la colectividad. No es el plusproducto monopolizado por la clase capitalista y que asume la modalidad de plusvalía, sino el plusproducto generado por la clase trabajadora en el poder para ser utilizado por ella misma.

La propiedad social o colectiva de los medios de producción adquirirá provisionalmente la forma de propiedad estatal (identificándose la socialización con la estatización) porque el Estado (o la dictadura del proletariado) no será otra cosa que la representación —en que los diputados obreros y populares podrán ser removidos en cualquier momento por sus electores— de la clase trabajadora convertida en clase dominante.

El Estado socialista difiere también de manera cualitativa del Estado capitalista. Si este último es, veladamente o no, la dictadura de la minoría explotadora sobre la mayoría (la fuerza de trabajo asalariada), el primero es la dictadura de la mayoría, de los trabajadores libremente asociados, contra la minoría: el puñado de capitalistas que eran los dueños y señores del régimen burgués. Si en el Estado capitalista, fincado en la existencia de la propiedad privada, y manifestándose como el aparato del que se servía la clase explotadora para defender económica, política e ideológicamente sus intereses, debe ser destruido, aniquilado, desplazado de una vez para siempre, el Estado socialista, fundado en la desaparición de la propiedad privada, y revelándose como el instrumento de los trabajadores en el poder para luchar económica, política e ideológicamente contra la minoría explotadora del pasado, no tendrá que ser destruido, sino que paulatinamente se irá extinguiendo (ya que no volverá a ser el aparato político de una clase dispuesta a perpetuarse) hasta diluirse del todo en la sociedad comunista, en la cual ya no existirán ni clases, ni lucha de clases, ni división del trabajo, ni partidos políticos, ni derecho, ni Estado.

Finalmente, a diferencia de los Estados burgueses, en los que

predomina el nacionalismo, la patriotería, la individuación particularista (lo que no obsta pero que, en ciertas ocasiones, juegue un papel progresista), en el régimen socialista encarna el internacionalismo proletario. Las revoluciones socialistas serán, por eso mismo, nacionales por su forma; pero internacionalistas por su contenido.

c) *Forma en que operan, desde el punto de vista económico-social los autoproclamados oficialmente como países socialistas.*

En este sitio vamos a intentar, en la medida de nuestras posibilidades, describir el modo de operar de los regímenes "socialistas" al margen de las diversas interpretaciones acerca de su naturaleza. Independientemente de que sean verdaderamente socialistas en vías de convertirse en tales, de que sean una etapa nueva del capitalismo o de que constituyan un nuevo modo de producción, poseen una estructura y un funcionamiento que conviene describir y examinar cuidadosamente.

Antes que nada, debe subrayarse que en los autoproclamados oficialmente países socialistas ha desaparecido la propiedad privada. Esto es indiscutible desde el punto de vista jurídico. No lo es tanto, sin embargo, desde el punto de vista de los hechos, de la realidad social, porque, aunque ya no existen capitalistas individuales, la relación que guarda el Estado con los medios de producción podría ser caracterizada, como lo han hecho algunos autores, de *propiedad privada colectiva*. En efecto, mientras los trabajadores continúan desposeídos, de hecho, de los medios de producción (razón esta por la cual el *sistema del salariado* continúa), el Estado parece "poseer", *controlar usufructuariamente* o gozar y poner a su servicio dichos medios de producción.

Si el Estado "socialista" no fuera otra cosa que la manifestación institucional de la clase obrera en el poder, la posesión Táctica de los medios de producción por parte del Estado, sería la forma inicial de realizarse el proceso de socialización o, dicho de otra manera, la estatización de las condiciones materiales de la producción coincidiría, en esta fase de desarrollo, con la socialización. Pero en los países "socialistas" no parece identificarse la estatización con una verdadera socialización. Hay estatización, sí; pero difícilmente podemos calificarla de socialización, ya que la clase obrera no es la clase dominante, sino el pilar productor de un Estado de carácter patronal. Por ejemplo: la clase obrera está organizada en sindicatos; pero la economía de los países "socialistas" no se halla determinada por ellos, sino que, por lo contrario, su actividad responde a una política económica (a un plan central) que los excluye, en lo esencial,

de las decisiones clave. Los sindicatos, lejos de manifestar la libre asociación de los productores y la dictadura del proletariado, son organizaciones laborales corporativizadas, lo cual significa que constituyen una asociación de productores externa y obligada y que lejos de ser las organizaciones laborales desde las cuales la clase trabajadora (manual) se autogobierna, son instituciones que resienten en sus espaldas el látigo de la dictadura estatal.

El Estado "socialista" no es un semi-Estado (Engels) o una comuna democrática que tienda a su debilitamiento y extinción, sino que, por la razón que sea, representa un super-Estado, un poder hipertrofiado al máximo, precisamente porque "posee" o controla usufructuariamente los medios fundamentales de la producción y el intercambio. Lleva a cabo, desde luego, la planificación económica y elimina en lo esencial la *anarquía de la producción*, abriendo con ello la posibilidad no sólo de evitar el derroche y desperdicio propio de la sociedad de consumo, sino de introducir una nueva forma de "racionalidad" económica que logre realizar, como ha realizado, la industrialización de países más o menos atrasados. Pero esta planificación económica es *fundamentalmente burocrática*, por arriba, respondiendo no a los deseos e intereses de los productores, sino a los de los administradores. Como resultado de un Estado que "posee" los medios de producción, y que lejos de ser controlado por la clase trabajadora (manual) ejerce su dictadura sobre ella, la planificación económica *por arriba* tiene como su fundamento recaudar el plusproducto social. El Estado-patrón monopoliza, pues, el trabajo excedente de toda la sociedad y lo revierte, lo "capitaliza", no de acuerdo con los deseos y los intereses a corto y lejano plazo de la clase obrera, los campesinos y el movimiento popular, sino de conformidad con sus propios intereses de cúpula o de clase dominante.

En íntima vinculación con el Estado, aunque en un nivel superior dentro de la jerarquía política, se halla el partido. No es el Partido Comunista (autoproclamado) quien se subordina al Estado (electo), sino que es este último el que lo hace respecto a aquél. El partido es, en general, el núcleo de poder no sólo de toda la sociedad sino también del Estado. En los países "socialistas" impera a nivel social el principio del *sustituismo*: el partido sustituye a la sociedad (incluyendo al Estado y al gobierno), el Comité Central sustituye a la base partidaria, y la Comisión Política (e incluso, en ocasiones, el Secretario General) sustituye al Comité Central.

En los países "socialistas" (fundamentalmente en la URSS) ha habido un evidente desarrollo de las fuerzas productivas. Sin lugar a

dudas, las relaciones sociales "socialistas" han sido un marco propicio para que las fuerzas productivas (que no pueden desplegarse fácilmente en el capitalismo porque viven en general la fase de no correspondencia entre ellas y las relaciones sociales de producción), se incrementen de manera voluminosa, aunque con limitaciones serias emanadas, a no dudarlo, del carácter burocrático de la nueva "racionalidad" económica. El "socialismo" parece ser una estrategia rápida, independientemente del costo social que ello implique, para industrializarse los países subdesarrollados porque, además de independizar a sus naciones del imperialismo y marginarlas de la descapitalización y el succionamiento de recursos que conlleva la dominación de éste, unifica en un todo los recursos económicos nacionales, los coloca bajo la égida del Estado y, mediante la planificación económica, destaca ciertas prioridades, jerarquiza -las funciones y lleva al país, aunque sea dentro de una política económica de extrema austeridad, al desarrollo económico. Por más que los diversos regímenes "socialistas" ofrecen diferencias importantes respecto a su estrategia de desarrollo económico (siendo China la que muestra un camino francamente distinto en este terreno), se puede afirmar que, en general, los países llamados socialistas le dan más importancia a la ciudad que al campo, a la industria pesada que a la industria ligera, a la industria militar que a la industria para el bienestar social.

Se dice que la divisa "a cada quien según su trabajo" representa el criterio esencial de la distribución del producto social en condiciones socialistas. Pero resulta evidente que, en el "socialismo", hay quien trabaja mucho y se le paga poco y hay quien trabaja poco y se le paga mucho. Aún más: se puede afirmar que mientras el "salario" se destina al pueblo trabajador, la "plusvalía" va a parar a manos del Estado. El único sitio en que rige, aunque con limitaciones, el principio de "a cada quien según su trabajo" es en la esfera de los gobernados, ya que en la cúspide, el funcionariado, sobre todo el más alto y de mayor poder de decisión, recaba sueldos y prestaciones voluminosos, goza de tienda y viviendas especiales, etcétera, siendo que una parte importante del plusproducto social se drena, en la forma de ingresos y rentas de excepción, hacia dichos burócratas y mandatarios.

Lo anterior nos lleva a afirmar que en los países supuestamente socialistas no se ha destruido el *sistema del salariado*, sino que ha asumido nuevas formas. No es el *sistema del salariado tradicional* (en que los obreros eran contratados por el capital individual o "colectivo"), sino un *sistema del salariado nuevo* (en que los trabajadores son contratados por un solo contratante: el Estado), El "mercado" de la mano de obra ya no opera como

en el capitalismo, porque ya no existe la libre competencia entre diversos poseedores de medios productivos. El obrero mismo ya no es "libre", como decía Marx, en el doble sentido de la expresión (libre o liberado de medios de producción y libre de contratarse con un capitalista o con otro), sino que sólo es libre o se halla liberado de medios de producción; pero no lo es en el otro sentido ya que, cuando no existe sino un solo y único patrón, no puede acudir a contratarse con otro.

En los regímenes designados como socialistas no sólo sufre un cambio ostensible el mercado de la mano de obra, sino también el mercado de productos. En efecto, desaparece de hecho, o adquiere una nueva cualidad, el mercado de los medios de producción, porque el Estado es el dueño universal de todos ellos. El Estado no se vende a sí mismo, en sentido estricto. Puede haber desde luego un *intercambio contable* de medios de producción; pero esta transferencia de un lado a otro, de una mano a otra, no puede ser identificada con la compra-venta —realizadora del valor— del mercado de otro tiempo.

El Estado es, pues, respecto a la fuerza laboral, un *patrón único* y es, en relación con los medios de producción, un *solo monopolio*. El mercado de los medios de consumo —necesarios para reproducir la fuerza de trabajo que echa a andar al *capital constante*— es más visible y tiene cierta realidad; pero está mediado por la planificación económica y no puede ser catalogada, por ende, en el mismo rubro del mercado de medios de consumo de la tradición capitalista (o Sector II).

### C1) *Comparación crítica de los regímenes tenidos por socialistas y el ideal del socialismo.*

Las naciones llamadas socialistas no pueden ser identificadas con el ideal del socialismo. No basta, en efecto, autoproclamarse oficialmente como tales, promulgar una constitución supuestamente socialista y gritar a los cuatro vientos de la ideología que se es socialista o se está construyendo el socialismo para serlo de verdad. El hábito no hace al monje. La autodesignación, la forma jurídica o la maquinaria ideológica no son capaces de crear por decreto una realidad inexistente en el cuerpo social. Estas naciones no pueden ser caracterizadas como socialistas porque no siendo el producto de la *autoliberación* de la clase obrera, en ellas no hay ni ha habido nunca una libre asociación de los productores (manuales) que ejerza su dictadura, sino que se trata de trabajadores organizados coercitivamente, de arriba abajo, y sobre los cuales se ejerce un poder irrestricto. Ni en la Unión Soviética ni en los otros países

"socialistas" ha existido alguna vez la dictadura de la clase obrera. No es verdad que con Lenin existía esta dictadura y que Stalin dio al traste con ello, como quieren algunos. No es cierto que, como quieren otros, mientras estuvieron Lenin y Stalin en el poder imperó la dictadura obrera y que correspondió a Jrushov el triste papel de destruirla o de pintar al Estado soviético de otro color. Stalin no destruyó la dictadura de los obreros. Tampoco fue Jrushov. Simplemente la dictadura del proletariado (manual) no ha existido nunca, ni en Rusia ni en ningún otro país del planeta. Y esto es así, porque la revolución bolchevique no fue una revolución verdaderamente socialista, es decir, una revolución hecha *por* los obreros y campesinos *para* los obreros y campesinos, sino que fue, independientemente de cómo la consideraran sus dirigentes y cómo la evalúen en la actualidad sus epígonos, una revolución *proletario-burocrática* o sea una revolución hecha *por* el proletariado (y los campesinos) *para* la burocracia. Es cierto que en su inicio, la revolución bolchevique parecía ser una revolución socialista y la dictadura partidaria se confundía con una dictadura del proletariado; pero ello se debía a que este último era *el agente empírico-decisivo del cambio social*, y no pocas veces la tropa que conquista una plaza parece ser la nueva clase dominante. Pero así como la tropa no puede confundirse con su Estado Mayor, el proletariado *manual* no puede identificarse con su dirigencia *intelectual*. La revolución fue llevada a cabo por los trabajadores, pero sus beneficiarios fueron los burócratas, de la misma manera que una plaza es conquistada por una tropa, pero los verdaderos usufructuarios de la victoria son quienes dirigen, a veces desde muy arriba, al grupo de aguerridos soldados que han salido triunfantes. En la URSS, para no hablar de otros países "socialistas", no existió nunca la dictadura de la clase obrera porque ésta no tenía bajo su control al partido bolchevique, sino que, por lo contrario, el partido bolchevique jinetó en todo momento a los verdaderos agentes populares de la revolución anticapitalista.

Los llamados países socialistas no coinciden, asimismo, con el ideal del socialismo porque en este último se contempla la necesidad de llevar a cabo una socialización *real* y no meramente *formal* o jurídica. De la misma manera (aunque en otro nivel) en que el principio burgués de la igualdad de todos ante la ley, ocultaba las desigualdades de los individuos originadas por la existencia de la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción, el principio burocrático de la socialización de las condiciones materiales de la producción, disfraza, en los países "socialistas", la desigualdad de los individuos originada por la existencia de la propiedad privada de medios *intelectuales* de producción. El acceso al control usufructuario de los medios *materiales* de la producción no es

ahora un título de propiedad privada, sino un título universitario o el monopolio de ciertos conocimientos Y experiencias que permiten a un individuo formar parte, en el Estado y/o en el partido, del equipo que toma las decisiones. La línea divisoria fundamental de la sociedad ya no es la *propiedad* sino el *saber*. El saber de quienes, al controlar en su propio beneficio las fábricas, los instrumentos de trabajo, etcétera, o sea, de producción, añaden a la línea demarcatoria precedente, la de los "poseedores" y desposeídos en el sentido apropiativo-material del término. Una sociedad así resquebrajada, lejos de ser socialista tiende a la reproducción incesante de sus condiciones de existencia. La clase que está en el poder (los *intelectuales "poseedores"*), que controla y usufructúa de manera colectiva los medios *materiales* de la producción, tiene una comunidad de intereses contrapuestos a los trabajadores asalariados de la ciudad y el campo. Los países "socialistas" están lejos de serlo, porque en ellos continúa existiendo, además, el *sistema del salariado*, en que el Estado-patrón paga un salario (correspondiente en general a los medios de subsistencia indispensables para la supervivencia de la fuerza de trabajo) y se queda con el *excedente social*, es decir, con lo que podemos llamar la *plusvalía social planificada* (PSP), que explicaremos más adelante.

Un régimen donde exista el sistema del salariado y la PSP no puede ser socialista porque se trata de un régimen de *clases sociales antagónicas*. El "socialismo" es un sistema sociopolítico de clases y de lucha de clases. El Estado, en el sentido estricto del término, es decir la cúpula burocrática o tecnoburocrática, no es otra cosa, en estas condiciones, que el aparato del que se sirve la clase que está en el poder, o sea, la clase dueña de los medios *intelectuales* de la producción, para defender sus intereses. En los países supuestamente socialistas no sólo existe la lucha de clases entre la *clase intelectual* (que controla usufructuariamente los medios *materiales* de producción) y la *clase trabajadora manual* de la ciudad y el campo, sino también la pugna interclasista entre la *burocracia* (política) y la *tecnocracia* (económica). Por todo lo anterior, se puede deducir fácilmente que el "socialismo", por no sentar las bases materiales y espirituales para transitar pacífica y evolutivamente al comunismo, no es un régimen verdaderamente socialista. En el ámbito de los autoproclamados oficialmente como países socialistas ni los trabajadores están asociados libremente, ni se ejerce la dictadura del proletariado (manual), ni el Estado —debiendo ser la expresión de la clase trabajadora (manual) convertida en clase dominante— tiende a su debilitamiento y extinción; ni se sientan las bases para subvertir la división del trabajo, ni se crean las condiciones propicias para que desaparezcan las clases y la lucha de clases. La estructura y el

funcionamiento de los países llamados socialistas tiende, muy por lo contrario, a reproducirse incesantemente, a la manera, por lo visto, en que reproduce sus condiciones de existencia cualquier modo de producción. Los países "socialistas" no coinciden con el ideal del socialismo en otro punto especialmente significativo: el del *internacionalismo proletario*. En ellos la revolución no ha sido —desde el punto de vista de los intereses del proletariado (manual)— nacional por la forma e internacional por el contenido, sino exactamente al revés: *ha sido internacionalista de dientes afuera y nacionalista de dientes adentro*. Y otro tanto hay que decir respecto a su actividad política cotidiana, como lo demuestran las guerras "socialistas" (entre la URSS y China, Vietnam y Camboya, China y Vietnam, etcétera).

Se podría pensar, finalmente, que aunque los llamados países "socialistas" no se ciñan al ideal del socialismo son, sin embargo, un *régimen de transición* hacia la etapa inicial, transitoria, del régimen comunista. En relación con el problema del socialismo, los marxistas suelen hablar del *régimen de transición* en dos sentidos: a) como la etapa inicial, o la primera fase, de la sociedad poscapitalista. Marx hablaba, en efecto, del socialismo como el régimen de transición hacia la fase del comunismo en sentido estricto. Es evidente que la URSS y los otros países supuestamente socialistas no son un régimen de transición en este primer sentido del término por las razones dichas con anterioridad. b) Como una etapa intermedia entre un modo de producción y otro (en este caso, entre el capitalismo y el socialismo). Algo así como la *transición a la transición*. Los *regímenes de transición*, en este segundo sentido, son aquellos en que una clase ascendente, *histórica*, trata de desplazar, desde el poder o no, a la clase dominante del pasado, estando aún a la orden del día el "quién vencerá a quién". Durante el período de transición del feudalismo al capitalismo, las clases contendientes eran la burguesía (al frente del tercer Estado) y la aristocracia terrateniente, es decir, la clase histórica del período y una clase llamada a desaparecer. Los países "socialistas" (por ejemplo la URSS) también tuvieron su período de transición (que abarca las siguientes fases: capitalismo de Estado, comunismo de guerra, NEP y "gran viraje"); pero esta transición no fue del capitalismo al socialismo sino del capitalismo al régimen que provisionalmente designaremos con el nombre de *burocrático*. La razón de ello podemos hallarla en el hecho de que la clase ascendente, histórica, que, apoyada empíricamente en el proletariado (manual), luchó entonces contra la capitalista, fue la *clase intelectual* (representada esencialmente por el partido) que constituye el fundamento y origen de la burocracia que se adueñará, tras la revolución,

de las riendas del poder. Hay quien afirma que la URSS y los otros países "socialistas" encarnan una especie de etapa estacionaria entre el capitalismo y el socialismo. Argumentan que los regímenes de transición han sido en ocasiones muy prolongados y que no tiene por qué ser una excepción el tránsito del capitalismo al socialismo. Pero somos de la opinión de que ni la supuesta transición a los llamados países socialistas fue una verdadera transición al socialismo, sino, como lo acabamos de expresar, al *régimen burocrático consolidado* a plenitud, ni los autoproclamados países socialistas viven una lentísima transición al socialismo. Es erróneo calificar a las naciones "socialistas" de regímenes de transición, en el sentido de una transición estabilizada, no tanto por la duración del proceso, sino por la configuración estructural que presentan. En realidad, despliegan la estructuración propia de un modo de producción, o sea que articulan una serie de contradicciones (por ejemplo la del trabajo intelectual y el trabajo manual, la del Estado y los gobernados, la de la ciudad y el campo, etcétera) que tienden a reproducirse y no a disolverse. Es cierto que el *régimen burocrático consolidado* no es ni capitalista ni socialista, y ello puede inclinar a suponer que se trata de un régimen de transición estabilizado; pero los sistemas "socialistas" no son regímenes de transición sino que encarnan un *modo de producción intermedio*. Y del mismo modo que no podemos calificar al feudalismo de régimen de transición al capitalismo (porque supuestamente se halla ubicado entre el esclavismo y el capitalismo) sino que debe ser caracterizado como modo de producción intermedio, no podemos suponer que el modo de producción burocrático es un régimen de transición (porque se encuentra situado entre el capitalismo y el socialismo) sino que es, asimismo, un modo de producción intermedio. La diferencia entre el régimen de transición estabilizado y el modo de producción intermedio es clara: el primero tiende a la disolución de sus contradicciones, el segundo a la reproducción de las mismas.

## C<sub>2</sub>) *Comparación crítica de los regímenes tenidos por socialistas y el capitalismo.*

Un número cada vez mayor de marxistas contemporáneos está convencido de que los autoproclamados oficialmente países socialistas no son tales. Este punto de vista no es nuevo. Desde los inicios de la experiencia bolchevique, algunos marxistas (para no hablar de los anarquistas y otras corrientes doctrinarias) concluyeron, al comparar el

ideal del socialismo con la realidad social que se empezaba a gestar, que la Unión Soviética no era socialista. Se preguntaron entonces por la naturaleza socioeconómica de ese "socialismo". Los marxistas contemporáneos han ampliado la pregunta hasta abarcar a todo el "campo socialista". Muchos de esos marxistas (del pasado y del presente) tomaron el camino del menor esfuerzo para responder al interrogante acerca de la esencia de los regímenes en cuestión: emplear las viejas categorías de *El capital*, los conceptos económicos y sociales que Marx utilizara al descifrar el modo de ser y operar del capitalismo, para comprender la nueva realidad.

Dijeron entonces que el nuevo sistema no podía ser sino capitalista, en virtud de que la comparación entre el ideal socialista y la realidad social los había llevado al convencimiento de que dichos regímenes no pueden definirse como socialistas. Su modo de argumentar no sólo se basa, entonces y como dijimos, en seguir el camino del menor esfuerzo, sino en concebir que esos nuevos sistemas no pueden escapar al dilema mencionado: o son socialistas o son capitalistas, y todo tercero está excluido. Los partidarios de la tesis de que los regímenes burocráticos son una nueva forma del capitalismo, o capitalismo de Estado o capitalismo colectivo de Estado, etcétera, han podido concluir en ello, con apariencias de verosimilitud, porque, aunque entre el capitalismo privado o clásico y el nuevo régimen no hay identidad de esencia —como trataremos de mostrarlo más adelante— sí hay, o sí podemos encontrarles, algunas similitudes dignas de tenerse en cuenta. Su argumentación se basa, pues, en semejanzas. Afirman, y les asiste la razón, que en el supuesto socialismo reaparece el capital, el salario, la plusvalía, las clases sociales, la lucha de clases, etcétera. Como ocurre, en efecto, tal cosa, insisten que el sistema en cuestión no puede ser sino capitalista, ya que las categorías mencionadas con anterioridad son las que precisamente caracterizan a un sistema social como tal. Los partidarios de la tesis de que los regímenes burocráticos encarnan una forma particular de capitalismo, distinguen entre el capitalismo clásico, privado o tradicional y el nuevo capitalismo y se ven en la necesidad de diferenciar al segundo del primero. Por eso califican al "socialismo" de capitalismo de Estado, capitalismo monopolista de Estado, capitalismo burocrático-estatal o capitalismo colectivo de Estado. Debe convenirse con estos teóricos que en los regímenes burocráticos hay *capital*, hay dinero progresivo, y no, desde luego, intercambio simple de mercancías. No impera la fórmula M-D-M, sino la típicamente "capitalista": D-M-D. Es cierto, igualmente, que en los autoproclamados oficialmente países socialistas hay *salario*, o sea que los

trabajadores se encuentran remunerados, no de acuerdo con todo su trabajo (trabajo necesario más trabajo excedente), sino en función de su trabajo necesario tan sólo. Es verdad, asimismo, que en el "socialismo" aparece la plusvalía, es decir que el plusproducto social, generado por los trabajadores, va a parar a manos de la clase social dominante, la cual lo reinvierte o "capitaliza" de conformidad con sus intereses clasistas. Es innegable, también, que en los regímenes en cuestión existen clases sociales y lucha de clases, lo cual se deriva del hecho de que mientras unos son dueños de los medios *intelectuales* de la producción y poseen, en la forma del control usufructuario, los medios *materiales* de la producción, otros, los trabajadores de la ciudad y el campo, los trabajadores manuales asalariados, carecen de medios *intelectuales* de producción y están excluidos tanto de la posesión de los medios *materiales* de la producción, cuanto del control usufructuario de los mismos. En tales condiciones es lógico que reaparezca, en estos países, la lucha de clases. Pero es importante subrayar que aunque todas estas categorías (propias del capitalismo tradicional) resurjan en los regímenes burocráticos, se presentan modificadas de manera tan sustancial que debemos considerarlas como categorías cualitativamente diversas a las prevalecientes en el pasado. El *capital* se deshace de todos los hábitos concurrenciales (individuales o "colectivos") del capitalismo privado, para convertirse en un *capital social planificado*. No es, pues, un *capital* a secas —caracterizado por la fragmentación y el mercado realizador de los valores y determinante de los precios— sino un *capital universalizado en el aparato estatal* y que, aunque conserva la fórmula D-M-D, tiende a sustituir la anarquía de la producción, propia de j todo régimen capitalista, por la planificación económica de Estado. El *salario* ya no se rige, como en el capitalismo, por el valor de la fuerza de trabajo y las fluctuaciones del precio de la mano de obra (determinados por el juego de la oferta y la demanda características de la esfera del intercambio), sino que ahora se convierte en una *remuneración planificada*, que puede consistir en el equivalente de los medios estrictamente indispensables para la reproducción de la fuerza de trabajo (ley de bronce de los salarios) o exceder, en condiciones de menor austeridad, ese mínimo indispensable para la supervivencia. La *plusvalía* ya no adquiere la fisonomía de trabajo no remunerado que va a parar a las manos del dueño o los dueños (privados) de los medios de producción, los cuales, al vender su producto, realizan en el mercado el valor contenido en aquél, es decir, capital constante más capital variable más plusvalía. La plusvalía ahora se transfigura en *plusvalía social*

*planificada* (PSP) es decir en el trabajo excedente no remunerado de toda la sociedad que va a parar a manos de la clase social dominante y en especial de su cúpula estatal. La división entre trabajo necesario (salario) y trabajo excedente (plusvalía) no se realiza ahora en y por el mercado (con todas las vicisitudes de la anarquía de la producción y el ciclo económico) sino por obra y gracia del plan económico central, lo que convierte al remanente de la producción en PSP.

Las *clases* y la *lucha de clases* ya no se basan en el contraste y la polarización entre los dueños de los medios *materiales* de la producción y los desposeídos de los mismos. Si el acceso al capital era en el pasado un título de propiedad privada, la incorporación *al* capital burocrático-estatal es ahora, como dijimos, un título profesional o el monopolio de medios *intelectuales* de producción. La lucha de clases fundamental ya no se basa en la contradicción *apropiativo-material* (*capital/trabajo*) sino en la contradicción *apropiativo-intelectual* (*trabajo intelectual/trabajo manual*). Todas las categorías del viejo capitalismo se han transformado. Entre unas y otras ha habido un salto cualitativo. Los regímenes burocráticos no son un ámbito en el que reaparezca la esencia de las categorías capitalistas, sino un espacio donde *cambian de esencia* dichas categorías.

Aún más. No sólo cada categoría se transforma cualitativamente, sino que la *articulación* entre ellas se modifica también de modo sustancial. La relación de las diversas categorías, propias del capitalismo privado, difiere de manera tajante de la trabazón interna, esencial, que caracteriza a las categorías de los regímenes burocráticos.

Hay, por consiguiente, un salto cualitativo, una revolución social entre el capitalismo y el modo de producción al que provisionalmente hemos dado la designación de burocrático. No se trata de un cambio cuantitativo. La revolución de octubre no fue una revolución burguesa, idéntica, en su esencia, a las revoluciones de 1905 y febrero de 1917. No están en la misma barricada Robespierre y Lenin, Sun Yat-sen y Mao Tse-tung. El "socialismo" no es la fase superior del capitalismo, del fascismo o del imperialismo. Es otro modo de producción, otra formación social, otro régimen de clases.

Si el modo de producción burocrático, con sus categorías diferenciadas y el modo novedoso e inédito de articularlas, es un cuerpo social diferente del capitalista, como el capitalista lo fue del feudal, no puede poseer la misma esencia, la misma naturaleza, la misma "alma". Salvo que, desdeñando el principio materialista de que la conciencia es producto de la materia altamente organizada, creamos en la reencarnación y pensamos que el "alma" de un cuerpo social reencarna en otro. La esencia de un régimen no es algo que está "por debajo" o "por arriba" de la realidad

social, sino que se identifica con la trabazón interna de los fenómenos o, lo que viene a ser lo mismo, con la articulación específica de sus categorías socioeconómicas definitorias.

Quien, siguiendo el camino del menor esfuerzo, de la miseria filosófica o de ciertos intereses, insiste en considerar lo cualitativamente diverso como diferenciación de grado, el "socialismo" como refundición del capitalismo, el cambio de estructura como modificación de detalle, pretende deducir la naturaleza de las naciones en cuestión de ciertas semejanzas que mantienen con el sistema capitalista. Es algo así como si alguien, subrayando los parecidos entre el capitalismo y el régimen feudal —que evidentemente existen— afirmara que el capitalismo es una nueva modalidad de feudalismo, algo así como un *feudalismo mercantil de trabajadores libres, feudalismo acumulativo*, etcétera.

Es indispensable no confundir los regímenes burocráticos y el capitalismo no sólo por razones teóricas, sino políticas. En lo que se refiere a los trabajadores manuales de los regímenes burocráticos, resulta necesario que adquieran claridad de quién es su enemigo y de que, en consecuencia, deben combatir, en lo teórico y lo práctico, no las categorías abstractas y externas del capitalismo sino las categorías concretas e internas de su presente. En lo que alude a los obreros, los campesinos y el movimiento urbano-popular revolucionario de los países capitalistas, conviene que tomen en cuenta que el proceso de cambio no sólo debe ser destructivo, sino constructivo. La *destrucción*, implica combatir el capital, el sistema del salariado, la plusvalía, las clases y la lucha de clases del capitalismo.

La *construcción* supone erradicar el capital social planificado, la remuneración salarial burocrática, la PSP, las clases y la lucha de clases del régimen burocrático.

#### *d) Caracterización socioeconómica de la naturaleza de estos países.*

Si los regímenes burocráticos no pueden ser caracterizados como *socialistas* -al comprobarse la tajante diferencia que existe entre su modo de ser y operar y el ideal del socialismo— ni como *capitalistas* —al ponerse de relieve que la formación social burocrática no coincide con el régimen burgués—, ¿cuál es su verdadera naturaleza? nosotros pensamos, de conformidad con muchos de los críticos de los autoproclamados oficialmente países socialistas, que en ellos impera un *nuevo modo de producción*, ni capitalista ni socialista. Se trata de un modo de producción al que se llega a través de un régimen de transición. Del mismo modo en que entre el

feudalismo y el capitalismo hubo un periodo transicional, entre el capitalismo y el régimen burocrático (plenamente constituido) existe también una transición; pero no debe confundirse, como es claro, esta transición del capitalismo al nuevo modo de producción ni con una transición al socialismo ni con una transición a una nueva modalidad de capitalismo. Estamos de acuerdo, pues, con quienes afirman que los países "socialistas" son nuevas formaciones sociales, intermedias entre el capitalismo (existente) y el socialismo (inexistente). Pero entre quienes son partidarios de este punto de vista hay dos tendencias principales: los que creen que la burocracia generada después de la revolución anticapitalista se convierte en clase dominante y quienes, como nosotros, pensamos que una clase ascendente, surgida en y por el capitalismo, tras la revolución anticapitalista, llega al poder y, entre otras cosas, genera su propia burocracia. Veamos.

Los regímenes a los que hemos llamado provisionalmente burocráticos son un sistema socioeconómico donde, en sentido estricto, no existe el capital (sino el capital social planificado), no impera el salariado capitalista (sino la remuneración planificada) no se genera plusvalía (sino la PSP). ¿Qué significa esto? Que, como dijimos, no sólo se han modificado *cualitativamente* las categorías capitalistas, sino la *articulación entre ellas*. La articulación de las categorías emanaba, en el capitalismo (privado), del *sistema de mercancías* y *la división del trabajo a él aparejado*. Surgía, pues, del mercado, de la concurrencia, de la anarquía de la producción. La articulación de las categorías brota ahora de la planificación económica, del capital burocrático-estatal, de la nueva "racionalidad económica". ¿Quién diseña la planificación económica, los planes quinquenales, el intento de hacer corresponder la producción y el consumo, etcétera? Los funcionarios del Estado y el partido. Los técnicos, economistas y hombres de ciencia de la formación social burocrática pretenden sujetar las leyes espontáneas que emanan de la vida económica mediante un plan. De alguna manera, esta formación social, al sustituir el *mercado capitalista* por el *plan económico "socialista"*, le da preeminencia, en cierto sentido, a la política sobre la economía ciega del pasado.

Propósito similar, aunque lleno de restricciones, anima a ciertos países capitalistas cuando, como capitalistas monopolistas de Estado que son, intervienen en la vida económica para regularla evitar el estallido espontáneo de sus contradicciones.

La alta burocracia de los regímenes llamados socialistas realiza ciertas *funciones* y tiene una estructura *posibilitante*. Las *funciones* —actuar como hombres de Estado, como estadistas— aluden al conjunto de actividades que

dicha burocracia tiene que desempeñar en su puesto público. La alta burocracia —el funcionariado con poder de decisión— cuenta entre sus funciones la de elaborar un plan central y controlar usufructuariamente los medios *materiales* de la producción. Pero puede "poseer" tales medios de producción, controlarlos usufructuariamente y elaborar dicho plan, porque posee medios *intelectuales* de producción. *El monopolio de ciertos conocimientos técnicos, científicos y políticos constituye la estructura posibilitante de la alta burocracia y sus funciones.* El requisito fundamental para formar parte de la clase social que "posee" *colectivamente* los medios materiales de producción es ser dueño *individual* de ciertos medios *intelectuales* de producción. Atrás de cada funcionario importante hay, por eso mismo, un intelectual. Un intelectual en el sentido amplio del término, es decir, un individuo que se ha adueñado, en la escuela y la experiencia, del conjunto de conocimientos indispensables para desempeñar ciertas funciones. Muchos de los estudiosos de los regímenes burocráticos toman en cuenta las funciones de la burocracia, pero no su estructura posibilitante. Y ello es la causa esencial de que consideren a la burocracia como una clase (la clase dominante) y que crean, ahistóricamente, que esta clase se genera en el seno de lo viejo, en el capitalismo, sino en el régimen poscapitalista. Todo burócrata importante, decíamos, es un intelectual, pertenece a la clase intelectual. Ser intelectual (dueño de medios *intelectuales* de producción) es la condición necesaria, pero no suficiente, para ser funcionario con poder de decisión. Poseer conocimientos, un cierto acervo de ellos es indispensablemente para jugar dicho papel; pero se requiere además, como es evidente, una cierta capacidad política (desde la astucia hasta la buena suerte pasando por el oportunismo y la ausencia de escrúpulos) para lograr convertirse en funcionario relevante.

La burocracia dirigente es, pues, expresión y resultado de la clase *intelectual*. La clase intelectual nacida del capitalismo, precede y funda, tras el cambio revolucionario, al funcionariado "socialista". Es en este sentido en el que, de acuerdo con el principio de que en el seno de lo viejo se genera lo nuevo, afirmamos que la clase intelectual no sólo preexiste a la burocracia de los regímenes en cuestión sino que constituye su origen. Nosotros pensamos que la sociedad capitalista no está conformada de *manera binaria*, es decir, por dos y sólo dos clases fundamentales, sino por tres. No sólo por el capital y el trabajo, sino por el capital, el trabajo intelectual y el trabajo manual. La *clase intelectual* es, como el capital, propietaria, aunque no de medios *materiales* de producción sino *intelectuales*; y se halla, como el trabajo manual, desposeída, aunque no de medios *intelectuales* de producción sino *materiales*. Es una clase que posee un *carácter*

*apropiativo* (porque se adueña de ciertos conocimientos de los que carecen los trabajadores manuales) y un *carácter productivo* (porque fortalece su capacidad laboral al dotar de medios *intelectuales* de producción a su fuerza de trabajo). Este doble carácter, apropiativo y productivo, no sólo la define como una clase *en sentido apropiativo-intelectual*, sino que nos muestra que se trata, en el capitalismo, de una clase dominada-dominante. Dominada respecto al capital, dominante respecto a la clase obrera. Esta conformación determinará el papel histórico que está llamada a jugar en la revolución poscapitalista. Como dominada que es, combatirá, en alianza con el trabajo manual, a sus anteriores dominadores, y como dominante que es, reafirmará su dominio, tras de su acceso al poder, sobre sus subordinados. No debemos dejar de lado que la clase intelectual (como toda clase) es, en el capitalismo, heterogénea políticamente. Tiene una *estructura de clase* (estar constituida por todos los que detentan medios *intelectuales* de producción); lo cual no es un impedimento para que algunos de sus sectores tengan *puntos de vista de clase* contrastantes. La clase intelectual en el capitalismo se divide, desde el punto de vista político, en tres sectores fundamentales: la intelectualidad aburguesada, la intelectualidad que se vincula a la clase obrera para autoafirmarse y la intelectualidad dispuesta, mediante su desclasamiento, a asimilarse a la lucha histórica del proletariado manual. Si en toda revolución aparece un agente y un usufructuario, un *por* y un *para*, el agente de la revolución supuestamente socialista es el proletariado en su conjunto, mientras el usufructuario es la clase intelectual. Se trata de una revolución hecha *por* los trabajadores manuales *para* los intelectuales. La revolución *profeta. rio-intelectual* presenta esta característica: el agente revolucionario intelectual (el *por dirigente*), a la cabeza del agente revolucionario manual (el *por dirigido*), tras de vencer el enemigo histórico (el capital) erige la dictadura no del agente revolucionario manual sino del agente revolucionario intelectual, es decir, el *por dirigente* (la clase intelectual *histórica*) se convierte, de manera obligatoria, con necesidad histórica, en el *para* de la revolución. La clase intelectual es, dentro del complejo de clases que caracteriza al capitalismo, la *clase histórica* (es decir, la clase llamada a ascender al poder cuando el sistema capitalista sea destruido por la revolución social), en el mismo sentido en que la clase burguesa era, en el ámbito de clases del feudalismo, la *clase histórica*. Clase histórica no significa que sea la clase que va a llevar en sus hombros todo el peso de la revolución. No. Significa que es la clase que tiene una historia por delante o sea que es la clase que va a resolver beneficiaria de un proceso en el que otras clases son las que cargan en hombros todo el peso de la fase

revolucionaria. Por eso si la clase intelectual es la *clase histórica* de la revolución, los trabajadores manuales de la ciudad y el campo constituyen las *clases empírico decisivas*, clases sin cuya participación no sería posible el cambio del capitalismo al modo de producción burocrático o, como podemos ya decirlo, al modo de producción intelectual (MPI).

¿Por qué damos el nombre de MPI al régimen de los autoproclamados oficialmente países socialistas? Porque pensamos que en la designación de un régimen debe recogerse, como indicador de su naturaleza, la clase social dominante en la formación socioeconómica. Así como el modo de producción feudal o el modo de producción capitalista muestran, en su misma nominación, la clase dominante del sistema (lo cual resulta siempre útil y aleccionador para que las clases revolucionarias detecten a su enemigo principal) otro tanto pensamos que debe ocurrir con la denominación del régimen del que hablamos. Se trata de un modo de producción en el que ya no dominan los capitalistas (ni mucho menos los feudales) sino los intelectuales, la *clase intelectual*.

El MPI puede tener diversas formas gubernamentales. Puede asumir una *forma* burocrática, tecnocrática o tecnoburocrática. pero su contenido, su Estado, será siempre *intelectual*. La clase intelectual se halla en el poder; pero la hegemonía gubernamental puede caer en manos de alguno de los diversos estratos que la conforman.

El MPI actúa mediante el capital social planificado, la remuneración salarial prefijada en el plan económico y la PSP. *El capital burocrático-estatal es el modo de ser y operar del MPI*. Es importante subrayar que no sólo en el seno de lo viejo se genera lo nuevo, sino que en el seno de lo nuevo se refuncionaliza lo viejo, hasta asumir otro carácter y operar de diversa manera. El MPI no es un régimen capitalista; pero sí contiene en sus entrañas una nueva forma de capital: un capital que, al dejar de ser privado, al abandonar la propiedad individual o "colectiva" de los medios *materiales* de producción, y el asumir en su lugar el carácter de capital burocrático-estatal, *nos remite a la clase intelectual*. Ya hemos dicho por qué: porque sólo los dueños de los medios *intelectuales* de producción pueden formar parte de los propietarios en común de los medios *materiales* de la producción e integrarse a un sistema que es un *modo de producción intelectual*, en lo que a su naturaleza interior se refiere, y que puede asumir la modalidad de *intelectual-imperialismo* si ha alcanzado, como la URSS, el grado de desarrollo que le permita pasar a dicha etapa, en lo que alude a su política exterior.

El MPI aparece como una necesidad histórica. Pero necesidad histórica no es igual a fatalidad. Los trabajadores manuales no están

condenados a generar, como han generado, el MPI después de cada revolución anticapitalista. Si caen en cuenta de la ley de tendencia (propia de dicha revolución) a sustituir el modo de producción capitalista por el *intelectual*, podrán modificar las cosas, cambiar el curso histórico y crear finalmente el socialismo. Para soslayar el MPI se requiere antes que nada que la clase obrera tenga en cuenta en el capitalismo que su propia liberación no puede depender sino de ella misma. La autoliberación de los trabajadores manuales debe ser la palanca fundamental para crear la primera fase del régimen comunista. Sin las *organizaciones autónomas de masas*, el *partido interno* (y no autoproclamado) y una idea clara de la *Revolución Articulada*, no es posible llevar a cabo el *ideal del socialismo*.

## CAPITULO VI

### *EL NUEVO SÁNCHEZ VÁZQUEZ Y EL PROBLEMA DE LOS PAISES SUPUESTAMENTE SOCIALISTAS*

---

♦ El texto *El nuevo Sánchez Vázquez y el problema de los países supuestamente socialistas* es la última parte del libro *Epistemología y socialismo. La crítica de Sánchez Vázquez a Louis Althusser*, publicado en 1985, Editorial Diógenes, Universidad Autónoma de Zacatecas y Tendencia Sindical Independiente.

1. Nos ha pasado con el maestro Sánchez Vázquez algo semejante a lo que le sucedió a él con el Althusser de *Lo que no puede durar en el Partido Comunista*. Sánchez Vázquez sostiene en todo momento un juicio muy severo respecto al primer y al segundo Althusser. Como lo hemos anotado en las páginas precedentes, el Althusser de los *Elementos de Autocrítica* no le convence más que el Althusser de *Para leer el Capital*. Una misma desviación caracteriza estas dos fases de la biografía filosófico-política del autor enjuiciado por *Ciencia y revolución*: la desviación teorcionista, el primado de lo teórico sobre lo práctico. A Sánchez Vázquez le parece que el tercer Althusser, en cambio, hace a un lado definitivamente dicha desviación, con lo cual, el autor de *Ciencia y Revolución* siente que por vez primera se establecen coincidencias importantes entre su manera de ver las cosas (o su concepción del marxismo) y los planteamientos althusserianos. A nosotros nos ha ocurrido algo similar. Al artículo "Ideal socialista y socialismo real" de Sánchez Vázquez<sup>13</sup> no sólo lo calificamos sin reserva alguna de ensayo de excelente factura, con el cual coincidimos en no pocos puntos, sino que nos parece más avanzado, en la problemática que trata, que los desarrollos, también significativos, del Althusser de la tercera etapa. Examinemos, pues, las tesis más características del nuevo Sánchez Vázquez. En el artículo en cuestión, este último empieza por analizar el problema de las relaciones entre el "ideal socialista" y lo que, desde Rudolf Bahro, ha dado en llamarse "socialismo real", El socialismo, en efecto, "siempre ha significado un modelo alternativo de sociedad y, por tanto, una meta a alcanzar".<sup>14</sup> Al aseverar Sánchez Vázquez que hay un *ideal socialista*, no pasa por alto lo que Marx y Engels declaran en la *Ideología Alemana* sobre el comunismo.<sup>15</sup> El ideal rechazado por Marx y Engels, e impugnado también por Sánchez Vázquez, "es el que pretende sustentarse en sí mismo, independientemente de las condiciones necesarias para su realización".<sup>16</sup> Como simple objetivo al que tiende una aspiración o un sueño, ese tipo de ideal, tan reiteradamente postulado en el socialismo premarxista, es una utopía. Contra el ideal utópico, Marx y Engels, y ahora

---

<sup>13</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, "Ideal socialista y socialismo real", Nexos. No. 44, México, agosto de 1981.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>15</sup> "Para nosotros —dicen— el comunismo no es un *estado* que debe *ii'* plantarse, un *ideal* al que haya de sujetar la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera el estado de cosas actual" (*La ideología alemana*, Trad. de W. Roces, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959, p. 36).

<sup>16</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, "Ideal socialista y socialismo real", *op. cit.* p. 3.

Sánchez Vázquez, contraponen, con razón, el ideal que surge de la historia misma, como posibilidad no realizada aún pero que puede serlo en el futuro. Desearíamos, al llegar a este punto, hacer un comentario. La noción de *ideal-desprendido-de-la-realidad*, contrapuesto al *ideal-utopía*, nos parece en lo esencial justo. Pero no podemos dejar de lado el hecho de que la historia, que lo real, es susceptible de diversas interpretaciones o "lecturas", y que a partir de ellas se puede imaginar diversos "ideales" o diferentes vías para acceder a un mismo ideal. La más frecuente, la más argumentada interpretación que de la sociedad capitalista nos 4 presentan los clásicos es, como hemos dicho con reiteración, de *carácter binario*. En consecuencia con ello la más frecuente, la más *argumentada* manera de concebir el acceso al *ideal socialista* es el hegeliano trueque de contrarios y el *ideal socialista* mismo como la fase en que, derrotado el capital, se inicia el *proceso de transición* al comunismo. Pero en Marx existe, aunque menos frecuente y menos argumentada, otra "lectura" de la sociedad de clases en general y de la sociedad capitalista en particular que tiene un *status* teórico-práctico muy diferente. En la sociedad clasista, incluido el capitalismo, no sólo existe la clase poseedora (de hecho o jurídicamente) de los medios *materiales* de la producción, sino también la *división del trabajo*. Aún más, y de acuerdo con la *Ideología alemana*, no nos es dable entender la división entre el trabajo intelectual y el manual, por un lado, y el contraste entre poseedores y desposeídos, por el otro, si no apelamos, genéticamente, a dicho concepto puesto de relieve por Adam Smith y refuncionalizado por el joven Marx. Adviértase que si partimos no sólo de la propiedad privada sobre las condiciones *materiales* de producción, sino *también* de la división del trabajo (como lo ha hecho en *La alternativa* R. Bahro), hay la posibilidad, en el contexto del propio marxismo, de rebasar una concepción *binaria y monovalente*, por una *ternaria y polivalente*. Pero dejemos, por ahora, las cosas en este sitio. Hablar de *ideal socialista* le parece justo a Sánchez Vázquez porque con ello se combate el frío cientificismo objetivista y se reivindica la voluntad de lucha y la decisión de acelerar el proceso histórico mediante la intervención de la iniciativa humana. Por eso dice: "La expresión 'socialismo científico' es válida si con ella se quiere subrayar que, como movimiento real emancipador y producto histórico de ese movimiento, el socialismo tiene un fundamento objetivo... Pero resulta estrecha si se olvida que el socialismo no sólo es el resultado posible y necesario históricamente, sino un ideal por cuya realización vale la pena organizarse y luchar".<sup>17</sup> Se podría decir, efectivamente, "dime

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 3.

cómo defines el 'socialismo científico' y te diré qué tipo de marxista eres: socialdemócrata o revolucionario, etcétera". ¿Cuándo puede realizarse el socialismo según Marx y Engels? Cuando, nos dice Sánchez Vázquez, se suman las "condiciones adecuadas". Y ¿cuáles son éstas? Son "la conciencia de la posibilidad de su realización, la aspiración a realizarlo y la organización y lucha correspondiente".<sup>18</sup> Nuevamente querríamos hacer un comentario: la segunda y la tercera condiciones para la realización del socialismo no ofrecen —al menos en este contexto— ningún problema. La primera condición, en cambio, se da en un grado tal de abstracción, por lo que ya hemos aclarado, que se presta a malentendidos. No es lo mismo, en efecto, la "conciencia de la posibilidad" de la realización del socialismo si se parte de una interpretación *binaria* de la sociedad que si se arranca de una concepción *ternaria* de la misma. En el primer caso la "conciencia de la posibilidad" se finca en la estrategia de la *dictadura del proletariado*, en el segundo, en la estrategia de la *dictadura del proletariado manual*; en el primer caso en la *revolución económica*, en el segundo en la *articulación de la revolución económica y la revolución cultural*; en el primer caso en una dialéctica marxista *hegelianizada*, en el segundo en una dialéctica marxista *deshegelianizada*. Sánchez Vázquez, después de analizar las ideas al respecto en los *Manuscritos del 44*, hace notar que en *La guerra civil en Francia*, de 1871, y en la *Crítica del Programa de Gotha*, de 1875, "se subrayan algunos rasgos esenciales de la nueva sociedad, la comunista, que Marx concibe como alternativa al capitalismo y cuya fase inferior se identifica con lo que llamamos socialismo. En esta fase inferior encontramos: a) la propiedad común, social, sobre los medios de producción; b) la remuneración de los productores conforme al trabajo aportado a la sociedad; c) la supervivencia del Estado a la vez que se inicia, desde el Estado mismo, el proceso de su propia destrucción; d) la apertura de un espacio cada vez más amplio a la democracia al transformar radicalmente el principio de la representatividad y e) la autogestión social al devolverse a la sociedad las funciones que usurpaba el Estado".<sup>19</sup> Aclaremos, lo cual tiene presente Sánchez Vázquez a través de todo este escrito, que *ninguna* de estas características aparece en el "socialismo real": la propiedad de los medios de producción no es, de hecho *común, social*; la remuneración de los productores no se implementa de acuerdo a su trabajo, sino que hay un excedente (lo que nosotros denominamos *plusvalía social planificada*) que privilegia a la élite (usemos

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 4.

este eufemismo por ahora) dominante; el Estado lejos de encarnar el mecanismo de su destrucción, lleva en sí el proceso de su absolutización a lo que podríamos llamar la "reproducción ampliada" de su poder; brilla por su ausencia la transformación radical del principio de la representatividad y, con él, la apertura de un espacio cada vez más amplio democrático; el Estado no deja de usurpar las funciones de la sociedad, lo cual hace imposible la autogestión social. Cómo no va a estar el "socialismo real" en contraposición con el "ideal socialista" si, por ejemplo, en *La guerra civil en Francia*, Marx pone de relieve, de este nuevo Estado, que "inicia su propio desmantelamiento en lugar de autoperfeccionarse, así como el conjunto de medidas (entre ellas la revocabilidad para asegurar la unión constante entre representantes y representados y la *supresión de la burocracia* en cuanto que hace de los cargos públicos su propiedad privada) que tienden a devolver a la sociedad lo que el Estado y la burocracia como 'cuerpo extraño y parasitario' le han absorbido y usurpado".<sup>20</sup> Ahora bien, ¿las características del socialismo enumeradas en *La guerra civil en Francia* constituyen un *ideal-utopía* o un *ideal-desprendido-de-la-realidad*? Sánchez Vázquez nos dice: "La destrucción del Estado, la democracia real y la autogestión social no son... rasgos de un modelo ideal, sino rasgos que Marx extrae de la realidad misma dada efectivamente en la Comuna de París".<sup>21</sup> No podemos, sin embargo, pasar adelante sin señalar: a) el que, en el intento de destruir revolucionariamente el capitalismo y construir la primera fase del comunismo (se haya transitado y se siga transitando) al Modo de Producción Intellectualmente, no es algo *fatal*, pero sí *inevitable*. No es algo *fatal* porque "si se" toma conciencia de la estructuración real de la sociedad capitalista y de sus leyes de tendencia, "si se" advierte el carácter no *binario* y *monovalente*, sino *ternario* y *polivalente* de esta sociedad, existe la posibilidad, en un proceso revolucionario, ininterrumpido, de salvar (o saltar) el MPI y construir el socialismo. Pero es *inevitable* la aparición del MPI si no se toma conciencia de dicha estructuración y de sus leyes de tendencia. El movimiento revolucionario mundial del siglo, xx (y no se diga del siglo xix) no es consciente, en general, de la conformación clasista *real* que presenta la sociedad capitalista y no ha caído en cuenta (por la ausencia de una teoría rigurosa del cambio social contemporáneo) que la eliminación del capital privado arroja, si no fatalmente, sí de manera inevitable la configuración de una nueva formación social que, no siendo capitalista, no es tampoco *ni socialista ni régimen de transición al socialismo*.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 4.

Volveremos más adelante sobre este tema y sobre las diferencias entre lo fatal y lo inevitable. b) En el supuesto caso de que se hubiera consolidado la Comuna de París —lo que no pudo suceder— y, con ello, se hubiese intentado realizar plenamente las características enumeradas por Marx (y que constituyen a su parecer la esencia de la primera fase de la sociedad comunista), somos de la opinión, en contra de toda la ortodoxia marxista, Althusser incluido, Sánchez Vázquez incluido, que mientras la puesta en marcha de los puntos *a*, *b*, *d* y *e* no significarían crear el socialismo (a continuación veremos por qué) la realización del punto *c* resulta, en este contexto simplemente imposible. En efecto, la implantación del punto *a* (pese a ser una forma de propiedad más avanzada que la que priva hoy en día en los llamados países socialistas) no sería *el* tipo de propiedad específicamente socialista: socialismo no es igual a *socialización* (formal), no es igual a la propiedad *social* de los medios *materiales* de la producción. No es igual a la organización *consejista* o *soviética*. ¿Por qué? Porque si, para combatir la idea o la realidad de la estatización de los *medios de producción* y de la *gestión burocrática "por arriba"*, se defiende la *comunalización de los medios de producción* y la *gestión social "por abajo"* (y no se menciona en todo ello la necesidad de no quedarse en una *concepción de la democracia como democracia puramente formal* y la necesidad, en fin, de asumir la idea y la práctica de democracia en el sentido de *democracia manual*), entonces se está defendiendo una línea de acción *antiburocrática*, sí; pero no *antitecnocrática*. En relación con el punto *b*, *tampoco sería socialista*, a nuestro modo de ver las cosas, pagar *a cada quien según su trabajo* (o según el trabajo aportado a la sociedad). En efecto, si como quiere Marx (de acuerdo con la Comuna de París), a los burócratas se les remunerara de manera igual a un obrero medio, el criterio para distribuir el nuevo valor generado *no beneficiaria, desde luego, a los burócratas, pero sí a los hombres de ciencia, a los técnicos, a los obreros altamente calificados* porque el trabajo *complejo* "vale" más que el *simple*, el *intelectual* más que el *manual*, el *indirecto* más que el *directo*. La fórmula de *a cada quien según su trabajo*, más su aditamento (dejado de lado por los países "socialistas" que existen) de *no ofrecer remuneraciones especiales a los funcionarios* es una fórmula, por consiguiente, no *antintelectualista*, sino tan sólo *antiburocrática*, en una palabra, es una forma de *asalarización tecnocrática*. No dejamos de tener en cuenta, desde luego, que el régimen socialista *necesita* el trabajo de ciertos burócratas y de ciertos técnicos, y que, por tal razón, se precisa en ocasiones pagarles un salario especial. Pero esto es un problema coyuntural y táctico. No es, no debe ser, interpretado como el *criterio general de remuneración de los*

*países socialistas*. En lo que alude el punto *d*, o sea la transformación del principio de representatividad y la apertura, así, de un espacio cada vez más amplio de democracia, tampoco nos parece socialista. El que los dirigentes puedan ser removidos por las bases en todo momento, es un principio avanzado, una formulación, de nuevo, antiburocrática, pero no antitecnocrática. Se podrá sustituir a los "malos" burócratas por elementos que provienen de "las masas"; pero, ya que en éstas priva la *división del trabajo*, salvo algunas excepciones (de trabajadores ignorantes manipulados o manipulables) generalmente se elegirá a "elementos cupulares" de la base, a individuos que fungen como "vanguardia solapada" de los consejos u otras organizaciones populares. La nueva tecnocracia sustituirá a la vieja burocracia e iniciará su proceso de burocratización... Respecto al punto *e*, o sea, a la necesidad de devolver a la sociedad las funciones que usurpaba el Estado, resulta lo mismo: la llamada *autogestión social*, si no se vincula con la *revolución cultural*, deviene una consigna tecnocrática. Los puntos *a*, *b*, *d* y *e* son avanzados frente a un régimen burocrático. Representan, por así decirlo, la rebelión de los economistas, los técnicos, p los productores (apoyados en cierto *populismo antiburocrático*) contra los políticos a la vieja usanza. Pero implican, al mismo tiempo, una nueva usurpación. Son depositarios no de la *democracia del proletariado manual*, sino de la *democracia intelectual-tecnocrática*. En relación, por último, con el punto *c*, esto es, con el que asienta la necesidad de crear un Estado que cargue en sus entrañas su propia destrucción, resulta, en el contexto en que se presenta, como *franca y decididamente utópico*. Un Estado que sería, por las razones aducidas, la encarnación de una fracción de la clase intelectual (la tecnocracia), por más que —al menos por una etapa— represente intereses antiburocráticos, no podrá llevar en sus entrañas las simientes de su extinción. Primero (y ello tiene que ver con el carácter *ternario* de la sociedad capitalista) porque el Estado sigue poseyendo la *determinación externa* de ser un instrumento de la *clase intelectual* en su conjunto y de su fracción hegemónica (en este caso la tecnocracia) en particular. Segundo (y ello tiene que ver con el carácter *polivalente* de la sociedad moderna) porque el Estado sigue encarnando la *determinación interna* basada en el hecho de que el ejercicio reiterado del poder engendra intereses. Pero volvamos a Sánchez Vázquez.

2. Tras de Marx y Engels, ha habido dos vías que se han lanzado a la búsqueda del socialismo: la *reformista socialdemócrata* (compuesta por lo que hemos llamado *partidos-sumisión*) y la *revolucionaria* (integrada cuando menos por un *partido-destrucción*: el bolchevique). La primera, dice acertadamente Sánchez Vázquez, "disocia lo que el socialismo tiene de

ideal y de producto histórico necesario: como ideal, se reduce a una aspiración moral o deseo de justicia; como producto, es resultado de la necesidad histórica (económica) que lleva inexorablemente a integrar el capitalismo en el socialismo".<sup>22</sup> La segunda, la vía revolucionaria, conduce en 1917 a los marxistas revolucionarios al derrocamiento del zarismo y el régimen burgués. "Esta sociedad tal como existe hoy en la URSS es llamada *socialismo real* y, para distinguirla de otras que se atienen al mismo modelo pero que se encuentran a la Zaga es nominada también *socialismo desarrollado*. Según los teóricos oficiales soviéticos (Ponomariov, Semionov, etcétera) el socialismo existe en la URSS desde mediados de la década de los treinta, y el socialismo desarrollado desde la segunda mitad de los sesentas. Para los ideólogos soviéticos entre socialismo y comunismo no hay separación: "a medida que se perfecciona la sociedad socialista desarrollada tiene lugar también su transformación gradual en comunista. Y en este proceso se encontraría precisamente hoy la sociedad soviética".<sup>23</sup> La existencia de ciertos elementos positivos, que enumera, no le impiden a Sánchez Vázquez "reconocer, en contraste con el cuadro triunfalista, casi idílico de sus ideólogos, otros aspectos de la vida política y social realmente existentes, a saber: el productivismo predomina sobre los valores humanistas proclamados; una densa red de privilegios aleja cada vez más la igualdad social; las libertades proclamadas se han vuelto formales cerrando el paso a las libertades reales; la inexistencia de una democracia efectiva socialista, bloquea el paso de la administración estatal a la autogestión social; el Estado al reforzarse y autonomizarse cada vez más, lejos de iniciar el proceso de su autodestrucción, usurpa más y más, las funciones de la sociedad civil hasta hacerla casi inexistente; el Partido, como Partido único, fundido con el Estado, sigue orientándose como vanguardia sin una verdadera legitimación popular".<sup>24</sup> Sánchez Vázquez, después de presentarnos esta sobria y realista descripción de lo que sucede en la URSS, hace notar que tanto en el *socialismo real* en general cuanto en el *socialismo desarrollado* en particular "difícilmente podrían reconocerse los rasgos esenciales que Marx trazó respecto a ese *ideal-desprendido-de-la-realidad* que es el socialismo.<sup>25</sup> Ésta es la razón que lo lleva a preguntarse por la

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 6.

forma en que debe caracterizarse a esa sociedad y por el criterio a seguir para proceder a dicha caracterización. "No puede aceptarse, en primer lugar, el criterio pragmático de llamar socialista a una sociedad porque así lo declaren la Constitución del Estado, el Programa del Partido o sus ideólogos autorizados".<sup>26</sup> Ello equivaldría, en efecto a juzgar a esa sociedad no por lo que es en realidad, sino por lo que dice ser o por lo que es idealmente. Tampoco se trata de jugarla como un modelo ideal al margen de las circunstancias históricas en que "ha tenido lugar el proceso de transición al socialismo" (cerco imperialista, grado de desarrollo de las fuerzas productivas, etcétera). "Pero ningún marxista tratará de zafarse de este apriorismo o idealismo cayendo en el extremo apuesto del empirismo o el pragmatismo".<sup>27</sup>

3. Si excluimos el punto de vista oficial de los *ideólogos* de los regímenes burgueses —por no corresponder a la realidad social a la cual exaltan e idealizan— tres son, de acuerdo con nuestro filósofo, las caracterizaciones fundamentales a que pueden ser reducidas las diversas opiniones que se han vertido sobre la naturaleza del *socialismo real*: unos dicen que se trata de un *Estado obrero degenerado*, otros de una *sociedad capitalista peculiar* y otros más de una *sociedad socialista autoritaria*. Veamos los juicios que le merecen a Sánchez Vázquez cada una de estas respuestas. Expongamos a continuación el punto de vista de nuestro pensador y terminemos este capítulo con un punto en el que se externen nuestras observaciones sobre la toma- de posición de este último. *¿Estado obrero degenerado?* Esta tesis, que arranca del Lenin de 1920, y que se halla elaborada teóricamente en lo esencial por Trotsky hace 40 años, es reafirmada actualmente en los trabajos de Ernest Mandel. "La tesis acerca de la sociedad soviética como 'Estado obrero burocráticamente degenerado' se basa en el carácter social del sistema de propiedad: los medios de producción son propiedad de la sociedad por intermedio del Estado. De este sistema de propiedad se desprende que los obreros constituyen la clase dominante".<sup>28</sup> Para Mandel, la burocracia, el pivote central de la degeneración sociopolítica de los Estados obreros, no es una clase social, "sino un cáncer

---

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 6. "No estamos de acuerdo, por esta razón, dice Sánchez Vázquez, con Umberto Cerroni cuando afirma: Son socialistas los países que c. trazan constantemente un programa de tipo socialista" (Cerroni, *¿Crisis del marxismo?*, Ed. Riuniti, Roma 1978, p. 76) *Ibid.*, p. 12.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 6.

parasitario en el cuerpo del proletariado".<sup>29</sup> Desde que esta burocracia ejerce el poder en la URSS, "lo que existe realmente es un Estado obrero degenerado que atasca o congela el proceso de transición del capitalismo al socialismo".<sup>30</sup> Ante la pregunta por la duración de este régimen de transición "congelado", los trotskistas arguyen que "se trata de un fenómeno históricamente transitorio que durará hasta que la clase obrera —con una revolución política que no afectará al sistema de propiedad ni a la naturaleza obrera del Estado— ponga fin al dominio de la burocracia y libere al Estado y la sociedad de sus degeneraciones burocráticas".<sup>31</sup> Los críticos actuales a esta posición como Sweezy, Paramio y el propio Sánchez Vázquez, objetan con razón "la apreciación legalista, jurídica y no real del sistema de propiedad estatal por parte de Mandel, rechazan sus argumentos sobre el carácter obrero del Estado soviético y sus tesis de la burocracia como suplente provisional de una clase obrera dominante".<sup>32</sup> *¿Sociedad capitalista peculiar?* "Una segunda respuesta, sostenida sobre todo por Charles Bettelheim, caracteriza a la URSS como un capitalismo de Estado o sociedad capitalista de tipo peculiar con dos clases fundamentales: la burguesía estatal y el proletariado".<sup>33</sup> Según Bettelheim las leyes de la acumulación capitalista son las que determinan el empleo de los medios de producción. "Los planes económicos no serían más que la cobertura para las leyes de la acumulación capitalista y la burguesía de Estado —nueva clase dominante y explotadora que detenta la propiedad real sobre los medios de producción— sería a su vez la que ejerce el poder político".<sup>34</sup> Sánchez Vázquez está convencido de que Bettelheim, apoyándose en un concienzudo y erudito estudio histórico sobre la lucha de clases en la URSS, "trata de apuntalar con una firme base teórica la endeble y ligera tesis maoísta de que en la sociedad soviética se ha restaurado el capitalismo".<sup>35</sup> Contra la

---

<sup>29</sup> Ernest Mandel, "Por qué la burocracia soviética no es una clase dominante", *Revista Mensual/Monthly Review*, Barcelona, dic. de 1979.

<sup>30</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, "Ideal socialista y socialismo real", *op. cit.*, P. 6.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 7.

posición de Bettelheim, Mandel con el cual se solidariza Sánchez Vázquez en este punto, "sostiene que las leyes del movimiento del capital no determinan la dinámica de la economía soviética y que un rasgo esencial del sistema económico capitalista, la producción generalizada de mercancías (extendida por tanto a los grandes medios de producción y a la fuerza de trabajo) no se da en la sociedad soviética".<sup>36</sup> De igual modo, en la Unión Soviética ha desaparecido la competencia generada por la pluralidad de capitales y, con ella, la palanca característica del crecimiento capitalista. Istvan Mészáros, tras de enumerar las siguientes características esenciales del capitalismo: producción para el intercambio, fuerza de trabajo tratada como mercancía, aspiración al beneficio como fuerza reguladora fundamental de la producción, mecanismo de la constitución de la plusvalía en forma económica, sustracción privada por los capitalistas de la plusvalía constituida y tendencia a una integración global, por medio del mercado mundial, a un sistema de dominaciones y subordinación económicas afirma que "sólo subsiste en las sociedades posrevolucionarias la constitución de la plusvalía pero con la diferencia fundamental de que se regula política, no económicamente".<sup>37</sup> Por eso, concluye Sánchez Vázquez, "es difícil sostener que la sociedad soviética sea una versión peculiar del capitalismo".<sup>38</sup> *¿Sociedad socialista autoritaria?* Una tercera respuesta, sostenida por Adam Schaff, afirma que la base económica de esta sociedad es socialista, mientras que su supraestructura política es autoritaria. Este desfase entre la base y la supraestructura sería el fundamento de lo que llama Schaff la "alienación de la revolución". "Schaff parte del concepto marxiano de 'formación económica de la sociedad'... que se refiere a la base económica y no al sistema global de la sociedad".<sup>39</sup> Antes de analizar la segunda parte de la cuestión (el carácter de la supraestructura), Sánchez Vázquez objeta a Schaff "su tesis de que el carácter socialista de las relaciones de producción, o sea de la base económica, pueda determinarse simplemente por la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y la clase de los capitalistas".<sup>40</sup> Por otro lado, ¿cómo puede hablarse de una

---

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>37</sup> Istvan Mészáros, "La question du pouvoir politique et la théorie marxiste", en *Il Manifesto, Pouvoir et opposition dans les sociétés postrevolutionnaires*. Seuil, Paris, 1978, p. 136.

<sup>38</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, "Ideal socialista y socialismo real", *op. cit.*, p. 8.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 8.

sociedad socialista que ha excluido de su supraestructura política la democracia y ha devenido autoritaria? Schaff no elude la cuestión: reconoce que la noción de socialismo\_ incluye la forma democrática, pero cree que es utópico exigir la perfección del concepto. Reconoce, en efecto, "que la forma democrática sería la 'supraestructura adecuada' o 'deseada' pero admite que es posible que existe una 'formación económica socialista de la sociedad' con una supraestructura autoritaria".<sup>41</sup> Ante la pregunta de cómo es posible que pueda darse, en los países llamados socialistas, semejante relación entre la base económica y la supraestructura política, Schaff arguye que una misma formación social es susceptible de adoptar formas supraestructurales o sistemas políticos diversos: monarquías y repúblicas, etcétera. Schaff extiende este criterio a las sociedades en las que sobre una base económica socialista se alza una supraestructura que, aunque debiera ser democrática, puede ser autoritaria. Le asiste la razón a Sánchez Vázquez cuando hace notar que "a la tesis de Schaff habría que oponer... que la democracia no es un componente utópico o una tendencia simplemente 'deseada' del socialismo sino un elemento efectivo, como demostraron las experiencias históricas de la Comuna de París, en 1871, y los soviets en los primeros años de la Revolución de Octubre; por otro lado, la tesis de la relación *base económicamente igual-supraestructuras políticas diferentes* bajo el, capitalismo no permite sacar las consecuencias que saca Schaff para la sociedad socialista".<sup>42</sup> ¿A qué se debe tal cosa? A que, nos explica con toda justeza nuestro filósofo, "la diversidad de formas políticas sobre una misma base económica, no significa... que no sean formas de una misma dominación de clase: la de la burguesía... Bajo el socialismo, la misma base económica puede admitir, ciertamente, diversas formas políticas a través de las cuales ejercerá su dominio la clase obrera, pero no puede admitir formas no democráticas (poder de una élite o una nueva clase) que usurpen o excluyan ese dominio".<sup>43</sup>

Tras de la crítica que Sánchez Vázquez endereza contra la concepción de que en la actualidad *existe el socialismo* (Ponomariov, Semionov, etcétera), contra la idea de que es un *Estado obrero degenerado* (Mandel), contra la noción de que se trata de un *capitalismo peculiar* (Bettelheim) y contra la caracterización de esa sociedad como un *socialismo autoritario* (Schaff), Sánchez Vázquez llega a la siguiente conclusión: "el *socialismo*

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 10.

*real* no es realmente socialista: tampoco puede considerarse como una sociedad capitalista peculiar. Se trata de una formación social específica surgida en las condiciones históricas concretas en que se ha desarrollado el proceso de transición —no al comunismo, como había previsto Marx— sino al socialismo".<sup>44</sup> ¿Cuál es la razón de que, en este proceso de transición, mediante el cual pensaba crearse, si no el comunismo, sí el socialismo, se haya generado una "formación social específica" o una "sociedad de nuevo tipo"? Sánchez Vázquez aventura esta posible explicación: "En cuanto a las condiciones históricas que dieron lugar a esta nueva formación social, subrayaremos que en ellas surgió la necesidad de fortalecer al Estado y que ese fortalecimiento se tradujo en una autonomización cada vez mayor...".<sup>45</sup> Tras de este intento de esclarecer cómo lo que debía ser un *semi-Estado* (Engels), o un Estado que ya no lo es en el sentido estricto del término, se convierte en un *super-Estado*, Sánchez Vázquez añade que en el *socialismo real*, "Estado y Partido se funden, con ello se funden los intereses particulares de la burocracia estatal y la burocracia del Partido".<sup>46</sup> Al poder político de esas dos burocracias, que tienen respectivamente "en propiedad real" al Estado y al partido, aunque no posean la propiedad jurídica, corresponde el poder económico de *hecho*: se apropian de los medios de producción y recaudan la plusvalía. Sánchez Vázquez llega, pues, a la penetrante concepción de que "por el lugar ocupa la burocracia en las relaciones reales de producción que constituye no sólo una élite política dominante sino una nueva clase".<sup>47</sup> Aunque ciertamente hay antecedentes históricos, que no pasaron inadvertidos a Marx y Engels, de apropiación colectiva de los medios de producción por la clase dominante (tal el caso de la iglesia), no hay, a decir verdad, "precedentes históricos de que un grupo social se constituya en clase después de haber conquistado el poder, pero así sucede en la historia real con esta formación social".<sup>48</sup> ¿No habrá, sin embargo, la posibilidad de que esta *nueva formación* involucre al capitalismo? Sánchez Vázquez es de la opinión, que nosotros suscribimos sin reservas, de que la conversión de la propiedad estatal de los medios de producción en propiedad privada, se halla

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 10.

excluida, pues ello acarrearía la destrucción de la burocracia como clase. Pero también, "la transformación de la propiedad estatal en verdadera propiedad social y la transformación de la supraestructura política en una dirección democrática y pluralista, minaría el *status* social dominante de la burocracia estatal y el Partido".<sup>49</sup> Sánchez Vázquez remata la afirmación precedente, con la contundente aseveración, que hacemos nuevamente nuestra, de que "sus intereses no están pues en una verdadera involución (restauración del capitalismo) ni en una verdadera evolución (hacia la propiedad social y la forma política democrática) sino en el inmovilismo político y social".<sup>50</sup> ¿Qué es, en suma, el *socialismo real*? Nuestro articulista lo define incisivamente como "una formación social específica postcapitalista, con su peculiar base económica y supraestructura política específica, que bloquea hoy por hoy el tránsito al socialismo".<sup>51</sup> Repárese, pues, V antes de seguir adelante, que, para Sánchez Vázquez, el *socialismo real*: 1) no es socialista; 2) tampoco es capitalista; 3) se trata, más bien, de una formación social específica que ni es capitalista ni tiende a involucionar al capitalismo ni es socialista ni tiende a evolucionar al socialismo; 4) es, en consecuencia, un nuevo tipo de sociedad que se caracteriza por su "inmovilismo político y social"; 5) lejos, entonces, de ser un régimen de transición al socialismo (de lo que hemos llamado de "transición a la transición") es un sistema que hoy por hoy "bloquea el tránsito al socialismo". En la última parte del artículo "Ideal socialista, socialismo real", Sánchez Vázquez, en el párrafo que se intitula *La crítica al socialismo real*, hace interesantes observaciones que se relacionan con la caracterización precedente del *socialismo real* y con la ubicación de la misma en el contexto de la lucha de clases en general y de la lucha de clases en el Tercer Mundo en particular. Aludiendo, en efecto, a la necesidad de detectar el enemigo de la clase obrera en nuestro mundo y, a partir de ello, diseñar una justa e *impostergable política de alianzas*, hace notar Sánchez Vázquez que, en los países capitalistas, "la lucha por el socialismo pasa prioritariamente por la lucha contra el capitalismo, el capital monopolista o el imperialismo, Ahora bien, la prioridad de esta lucha principal no excluye la necesidad de la crítica del *socialismoreal*...".<sup>52</sup> ¿En qué se basa

---

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 11.

esta necesidad de enjuiciar, como parte imprescindible del proceso de emancipación de la clase obrera, el *socialismo real*? En la convicción que posee Sánchez Vázquez de que, "aunque históricamente pueda explicarse por una serie de condiciones históricas que pueden esclarecer su necesidad pero no su inevitabilidad, el *socialismo real* constituye hoy un modelo válido de nueva sociedad".<sup>53</sup> Eso, por un lado. Por otro, "no se puede admitir la idea —dice acertadamente Sánchez Vázquez—, de un socialismo auténtico (con propiedad social y forma política democrática) que sería privativo de los países desarrollados en tanto que el *socialismo real* (con propiedad estatal y formas políticas autoritarias) constituiría la perspectiva para los países del Tercer Mundo, condenados a prolongar su subdesarrollo de hoy con su subdesarrollo socialista de mañana".<sup>54</sup> La cuestión no se reduce a un cambio de modelo dentro del *socialismo real*, sino de comparar el *ideal socialista* (pero ideal utópico sino *ideal-desprendido-de-la-realidad*) con el *socialismo real*, para denunciar que este último no es socialista. Denuncia que es una pieza esencial para la lucha por el auténtico socialismo, ya que "no faltan quienes no sólo quieren cambiar de caballo sino de camino. Lo que está en juego en este caso es el camino del socialismo, o sea, la confianza que suscita, su credibilidad".<sup>55</sup>

No hay que dejarle, pues, la crítica del *socialismo real* a los reaccionarios. "El adversario de clase está empeñado —subraya nuestro filósofo— en desacreditar el objetivo socialista recurriendo a todos los medios: calumnias, tergiversaciones, pero también a las experiencias más negativas del *socialismo real*. Así hemos visto cómo los 'nuevos filósofos' tratan de descalificar no sólo el *socialismo real* sino la idea, la posibilidad misma de socialismo. Por eso, dicen que todo lo negativo de ese socialismo —y para ellos todo es negativo— se encuentra ya en Marx. Concepción, por supuesto, falsa, pues las ideas no hacen la historia y la práctica no sólo existe por la teoría; pero, sobre todo, concepción profundamente ideológica-reaccionaria, desmovilizadora".<sup>56</sup> Sánchez Vázquez redondea su idea respecto a la crítica del *socialismo real*, haciendo notar, en fraselapidariaa, que esta crítica "se hace necesaria aquí precisamente para recuperar el ideal socialista con todo su potencial emancipador y

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>54</sup> Nosotros decíamos "su inevitabilidad, pero no su fatalidad". Después volveremos sobre esta diferencia en apariencia puramente terminológica.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p., 11

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 11.

movilizador".<sup>57</sup>

4. El artículo de Sánchez Vázquez es un espléndido escrito. Y lo es, entre otras, por tres razones esenciales. En primer término porque encarna en él una radical diferenciación respecto a lo que hemos llamado *marxismo doctrinario*. Una de las formas más habituales de operar de este marxismo adocenado, ideológico y francamente pernicioso es que si reafirma sin cesar sus denuncias contra el régimen capitalista, calla respecto a lo que ocurre en los países "socialistas"; si es crítico respecto al capitalismo, es acrítico en relación con el MPI; si es *revolucionario* en relación con el capitalismo y el imperialismo, es, en el mejor de los casos, *reformista* en relación con el *socialismo real*. El artículo de Sánchez Vázquez pertenece a ese grupo de libros, documentos, ensayos, que forman parte de lo que nos gustaría llamar el *marxismo desenajenado o en vías de desenajenación*. Este marxismo se diferencia del *marxismo doctrinario* en que lleva a cabo de manera simultánea tres operaciones: a) pone en marcha de manera incesante, y de modo cada vez más profundo, la crítica del sistema capitalista mundial y la fase de desarrollo en que se encuentra, b) realiza sin cesar, y de manera cada vez más penetrante, la crítica del MPI (aunque le dé diversos nombres y lo conciba en diferentes grados de profundidad) y la fase de desenvolvimiento en que se halla y c) intenta reubicarse constantemente, en cada fase significativa de su proceso teórico-político, respecto al asedio de la ideología y los peligros de distorsionamiento, lo cual no tiene otro sentido que el de aplicar el marxismo al marxismo o ejercer, no de modo fortuito, sino de manera sistemática, el autoconocimiento. En segundo término porque es un texto que reviste una especial importancia en nuestro medio: en el México de los ochenta. No nos podemos extender demasiado en este sitio para explicar con detalle lo que significa que en un país como el nuestro empiecen a aparecer ensayos como el que comentamos. Baste con señalar que si en un lugar del mundo ha predominado el *marxismo doctrinario*, ha sido en nuestro país; si en alguna nación los marxistas hemos dejado que la crítica a los países "socialistas" la lleve a cabo la reacción o el liberalismo, es en México; si en algún lugar ha predominado el *marxismo enajenado* —y el maniqueísmo que le es inherente— ha sido en la izquierda nacional. El artículo "Ideal socialista y socialismo real" sale al paso a estas deformaciones por medio del prestigio intelectual de su autor, de su sólida y coherente argumentación, de su audacia teórica, de su valentía política. Es, en cierto modo, un verdadero acontecimiento teórico-político el que un pensador como Sánchez

---

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 11.

Vázquez, maestro de varias generaciones de marxistas mexicanos, y cuya tendencia filosófica tardó mucho tiempo en diferenciarse de la *ortodoxia* y el *marxismo doctrinario* (en este sentido juegan un papel importante, como *escritos de transición*, los nuevos capítulos que incluyera Sánchez Vázquez en la última edición de la *Filosofía de la Praxis*), se pronuncie críticamente, con toda decisión, contra el carácter socialista de los países que constituyen el llamado *socialismo real* y airee, por así decirlo, la atmósfera viciada del marxismo ideológico que predomina en nuestro medio ambiente. En tercer término porque es un ensayo que, en la biografía teórico-política del autor, juega un papel especial. Se asemeja, si se nos permite decirlo de ese modo, a la segunda fase, autocrítica, de Althusser. Se podría decir que el artículo "Ideal socialista y socialismo real" es algo así como los *Elementos de autocrítica* de Sánchez Vázquez. Una autocrítica que se halla en *estado práctico*. No importa, en ese sentido, que Sánchez Vázquez no haga explícito en su texto el cambio de terreno, la transformación, la revolución de las ideas que ha sufrido o mejor gozado su concepción teórico-política del pasado en comparación con la presente. Pero el vuelco autocrítico está presente allí. Y lo está con la misma honestidad intelectual con que, de acuerdo con Sánchez Vázquez, Althusser inició su proceso autocrítico (que aunque no pudo cuajar en el segundo Althusser, según Sánchez Vázquez, sí lo hizo en el tercero).

El artículo que comentemos tiene una de sus partes más elocuentes en la crítica breve, pero acerada y vigorosa, a cuatro posiciones o pronunciamientos sobre la naturaleza de los países del *socialismo real*:<sup>58</sup> la *burocrático-ideológica*, la del *Estado obrero degenerado*, la de *capitalismo peculiar* y la del *socialismo autoritario*. Creemos que en el texto debería haberse subrayado, sin embargo, que las diferencias de caracterización entre la trotskista (o de Mandel) y la de Schaff son diferencias de detalle: en ambas se habla de una supraestructura *que no corresponde* a la estructura (en última instancia *socialista*). Si tomamos en cuenta tal cosa, podemos dividir en dos grandes apartados las caracterizaciones de la esencia de los países socialistas: A. Los que afirman la existencia del carácter socialista de estos países, y que se subdividirían en: A1. Los que lo hacen de manera apologética (Ponomariov, Semionov, etcétera) y A2. Los que lo hacen de manera crítica, con evidentes reservas (Mandel, Schaff). B.

---

<sup>58</sup> Estamos en desacuerdo, aunque es un punto de detalle, con esta denominación de *socialismo realmente existente* porque se presta a malos entendidos. Tan es así que no sólo los críticos de los países "socialistas" lo emplean, sino asimismo, y sobre todo últimamente, también lo usan los apologistas de los regímenes del Este (por ejemplo: en la crítica del PCUS al Partido Comunista Italiano de principios de 1982). Creemos más acertada la utilización del término (aunque sea una noción puramente indicativa) de *socialismo realmente inexistente*.

Los que niegan la existencia del carácter socialista de estos países, y que se subdividirían en: B1. Los que lo caracterizan como un *capitalismo peculiar* (Bettelheim) y B2. Los que lo consideran una nueva formación social (Sánchez Vázquez). Hay, pues, una contradicción principal entre A y B y dos contradicciones secundarias: entre A1 y A2 y B1 y B2. Creemos que le asiste la razón a Sánchez Vázquez al ubicarse a favor de B en contra de A. Eso por un lado. Y que también tiene la verdad de su lado cuando se pronuncia, por otro, a favor de B2 en contra de B1. Somos de la opinión de que su análisis se hubiera enriquecido notablemente de haber tomado en cuenta no sólo, como representante de B1 a Bettelheim y como representante de B2 a su propia posición. B1 (la caracterización de la URSS como una forma peculiar de capitalismo o capitalismo de Estado) tiene una larga trayectoria histórica que comprende a la izquierda alemana, holandesa e italiana, etcétera.<sup>59</sup> B2 (la caracterización de la URSS como una nueva *formación social*) también antecedentes muy significativos: B. Bizzi, J. Burnham, etcétera. Pero esto, si bien es una limitación, no va en demérito de nuestro articulista, el cual, al parecer, sólo quiso aludir a defensores contemporáneos de las posiciones mencionadas. Quizás convenga subrayar, antes de pasar a otro punto, que, aunque entre A y B hay una contradicción antagónica, la contradicción entre B en su conjunto y A2 es menor que la que existe entre B en su conjunto y A1, en virtud de que mientras A2 reconoce que en los países llamados socialistas no impera del todo el socialismo, o se hallan en una *etapa de transición al socialismo*, A1, en cambio, considera al MPI como socialista plenamente, tanto en su estructura cuanto en su supraestructura. Algo más. Si se supone —como creemos que lo hace Sánchez Vázquez y como nosotros lo hacemos— que la contradicción entre A y B ya está teóricamente dirimida a favor de B y que incluso la contradicción entre B en su conjunto y A2 está superada a favor de B (Rizzi y Mattick, por ejemplo, tienen razón frente a Trotsky), ello quiere decir que la contradicción de nuestra época, la contradicción que debe ser analizada minuciosamente, tanto en su contenido teórico cuanto en sus implicaciones políticas, es la contraposición (secundaria si la comparamos con la antítesis de B con A) entre A1 y B2. Antes de pasar adelante hagámonos esta pregunta ¿dónde ubicar a Althusser? Althusser no es un defensor de A1. Está en desacuerdo con la interpretación burocrático-ideológica, oficialista, de los países "socialistas". Tampoco es un defensor de B2. Está en oposición (dado su binarismo recalcitrante) de

---

<sup>59</sup> Y en nuestro medio un artículo significativo: el del *Capitalismo colectivo estatal* de Guillermo Rousset (Autogestión No. 6).

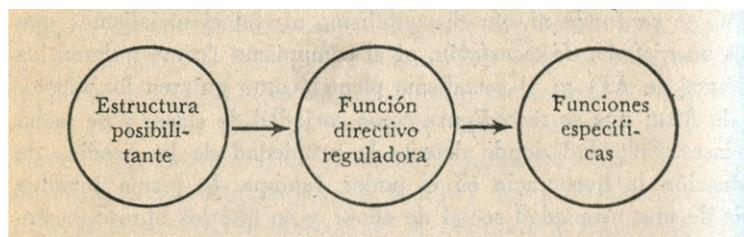
la interpretación de la naturaleza de los países llamados socialistas como conformando una nueva *formación social*.

La pregunta está, en consecuencia, si se le puede ubicar en A2 o en B1. Nuestro punto de vista es que aunque oscila entre A2 y B1, se inclina más, en fin de cuentas, a B1. El último Althusser está más cerca, en efecto, de Bettelheim que de Trotsky o Mandel.

Sánchez Vázquez, decíamos, caracteriza la naturaleza del *socialismo real* como una nueva *formación social*. Nueva *formación* que no se confunde ni con el capitalismo ni con el socialismo; que no es un *régimen de transición*, ni al comunismo (como quieren los ideólogos de A1) ni al socialismo pleno (como quieren los ideólogos de A2); que se reconfigura como sociedad de clases y de lucha de clases. Sociedad donde detenta la propiedad de los medios de producción la burocracia en el poder (aunque la forma jurídica hable de una propiedad social de ellos) y en que los obreros, campesinos, etcétera, se hallan excluidos de dicha apropiación. Sociedad donde la explotación del hombre por el hombre, lejos de haberse erradicado, asume nuevas formas y peculiaridades que no pueden ser identificadas con los mecanismos propios del régimen capitalista. Sociedad, en fin, cuya conformación no coincide por más que se quiera con el *ideal-desprendido-de-la-realidad* del socialismo descrito por Marx. El núcleo, central de estas afirmaciones abre una nueva perspectiva en la producción teórico-política de Sánchez Vázquez. Creemos que las implicaciones de su nuevo modo de abordar las cosas repercutirán en toda su concepción filosófica. Estamos conscientes de que esto es el inicio de un nuevo derrotero, en el cual ha comenzado a dar los primeros pasos; y además que se trata de un proceso irreversible. El artículo de Sánchez Vázquez es un espléndido escrito, afirmábamos. Pero tiene algunas limitaciones, lagunas, y errores que conviene tener presentes, para intentar perfeccionar nuestro conocimiento de los regímenes de ese "socialismo realmente inexistente" que nosotros designamos MPI. Veamos algunos de estos problemas.

5. La burocracia, según Sánchez Vázquez, no sólo constituye una élite dominante sino una clase. No hay, añade, "precedentes históricos de que un grupo social se constituya en clase después de haber conquistado el poder, pero así sucede en la historia real de esta formación social". Sin insistir en los méritos de este planteamiento, abordemos ahora sus limitaciones. En sentido estricto, la burocracia del MPI no es una clase sino una función. Una *función directivo-reguladora* que presupone una estructura posibilitante (monopolio de medios *intelectuales* de producción) y que opera mediante una serie de

*funciones específicas*, entre las que conviene destacar, además de las represivas, las económicas, las sociopolíticas y las ideológicas. Hagamos, pues, este esquema,



Nos gustaría hacer una comparación, una metáfora que aclare.. la relación entre estas esferas. Así como una máquina posee una fuerza motriz, un aparato transformador de la energía y una máquina-herramienta, "la fuerza motriz" de la burocracia es el *monopolio de ciertos medios intelectuales de producción*, el "aparato F transformador de la energía" la *apropiación del poder estatal* por parte de la burocracia (con poder decisorio) y la "máquina-herramienta" las *funciones específicas* emanadas del Estado. Dicho de otro modo: *ciertos intelectuales se adueñan del poder y, a través éste, ejercen las funciones específicas del Estado moderno*. Adviértase que no son los obreros, ni los campesinos, ni los artesanos quienes hacen o pueden hacer tal cosa, por una razón obvia: para cupar un sitio en la *función directivo-reguladora* es indispensable poseer ciertos *medios intelectuales* de producción. Sin éstos, no es posible llevar a cabo, a través del Estado (y el *despotismo articulado* que supone), la acción de la "máquina-herramienta" (o las *funciones específicas*) sobre la sociedad civil. Las *funciones específicas* nos remiten, pues, a la *función directivo-reguladora*, y ambas tienen su condición posibilitante, su raíz, su estructura, en la existencia de la *clase intelectual*. Condición necesaria, pero no suficiente, como hemos aclarado con anterioridad. *Necesaria* porque sin un cierto *caudal de conocimientos* no es posible formar parte de la élite en el poder. *No suficiente* porque, además de esos *medios intelectuales* de producción, entra en juego la *lucha por el poder* que no es otra cosa que la expresión de una sociedad jerarquizada en que hay una competencia a muerte por ocupar un lugar dominante en cualquiera de las instancias del cuerpo social. En efecto, en una sociedad en que se han estatizado los *medios materiales* de producción y, por consiguiente, en la que se erradica la posibilidad de recaudar una plusvalía a partir de un título de propiedad privada, la única manera de acceder al poder estatal y a la *propiedad colectiva de clase* la hallamos en la propiedad o posesión de *medios intelectuales* de producción. Si, como

decíamos, las funciones estatales (las directivo-reguladoras y las específicas) nos remiten a su estructura posibilitante, esta última nos lleva a un *enfoque histórico*. Es falsa la tesis, a nuestro modo de ver las cosas, de que la clase dominante de la nueva formación social sea contemporánea de ésta, como es falso suponer que la clase burguesa nació con el capitalismo. Nuestro punto de vista, en contra de la tesis de que hay una especie de "generación espontánea" de la clase dominante de la nueva formación social, es la reafirmación sin taxativas de que *en el seno de lo viejo se genera lo nuevo* lo cual, aplicado al tema en cuestión, significa que la *clase intelectual*, que es la clase dominante en el MPI, se generó por vez primera, no en este régimen, sino en el capitalismo. La clase intelectual moderna es, como la clase obrera, hija del capitalismo. Existe en y por las relaciones de producción capitalistas. Es, además, una clase *dominada* por el capital, aunque *dominante*, en sentido técnico-funcional, respecto al trabajo físico. Se precisa, entonces, no homologizar a la clase intelectual que existe en el capitalismo y la que existe en el MPI. En el primer caso, al igual que todo el *frente laboral*, es una clase sojuzgada; en el segundo caso, una clase dominante. Al desarrollo histórico que conduce a la clase intelectual de ser una clase dominada a ser una clase dominante, lo hemos denominado *el proceso de sustantivación de la clase intelectual*. Y a la revolución anticapitalista que da luz verde a la conformación del MPI, *revolución proletario-intelectual*, esto es, una revolución hecha *por* los obreros y campesinos, *contra* el capital privado, *para* la clase intelectual en su conjunto y su sector tecnoburocrático, etcétera, en particular. Sánchez Vázquez asienta que, aunque no hay precedentes históricos de que un grupo social —la burocracia— se convierta en clase, así ha sucedido, sin embargo, "en la historia real de esta formación". Pero aquí conviene hacer ciertas precisiones. En primer término, hablar de que lo que era un grupo (en el capitalismo) se convierte en clase (en el *socialismo real*) es plantear las cosas de manera abstracta y que se presta a malentendidos. ¿Cuál es la razón de ello? Muy simple: la burocracia "socialista" no es una burocracia del capitalismo, al menos en su cúspide. Entre una burocracia y otra no hay continuidad, sino ruptura. No es que, en una etapa, la misma burocracia haya sido *grupo* y en otra *clase*. No. La burocracia "socialista" ha llegado al poder desplazando a la burocracia subordinada a la burguesía. La primera no ha conquistado nunca de manera paulatina el Estado burgués, sino que lo ha destruido. La prehistoria de la burocracia "socialista" no es la burocracia burguesa sino el partido marxista-leninista o los grupos revolucionarios anticapitalistas. Si se va al fondo de las cosas, *la prehistoria de la burocracia del MPI no es otra que la clase intelectual* o,

para ser más exactos, el sector *para sí* de la clase intelectual agrupada en los *partidos-destrucción*. En segundo lugar, aunque resulta indudable que una parte —a veces muy numerosa— de antiguos burócratas se reacomoda en el Estado de la nueva formación social, resulta importante dejar en claro que: a) no son los que ocupan los lugares centrales de mando, sino que juegan un lugar de subalternos de la nueva cúpula estatal y b) pueden funcionar como burócratas técnicos (en una palabra, ser *funcionarios*) porque desde la época prerrevolucionaria poseían los medios *intelectuales* de producción que les permitían desempeñar ciertos roles dentro del aparato estatal, aunque subordinados, en aquel momento, a los intereses globales de la autocracia zarista o del régimen burgués liberal. Se podría objetar la afirmación de que la clase dominante del llamado *socialismo real* sea la *clase intelectual* con la aseveración de que hay intelectuales que se hallan en la oposición (como en los levantamientos de Hungría, Checoslovaquia, Polonia, etcétera). Pero este argumento confunde, a nuestro entender, la *dominación de clase* con la *hegemonía de una de sus fracciones*. En el MPI la clase dominante es la clase intelectual, aunque no todos los sectores de esta clase se encuentren ubicados en la élite superior del poder político. La hegemonía la puede tener la burocracia, la tecnocracia, el aparato militar, etcétera, de la misma manera que, en el capitalismo, aunque el Estado expresa los intereses de la clase burguesa en general, representa, al propio tiempo, los intereses del grupo burgués hegemónico en particular. Digámoslo así: frente a los asalariados, expresa los intereses del capital tomado en su conjunto, y frente a los sectores no hegemónicos del capital representa los intereses de la élite (por ejemplo monopólico-financiera como en México) dominante. Lo mismo ocurre en el MPI. El Estado expresa los intereses de la clase intelectual tomada en conjunto ante el trabajo manual de la sociedad, y encarna los intereses del sector dominante de la clase dominante (los burócratas, los técnicos, los militares, etcétera) ante las fracciones no hegemónicas de la clase intelectual. De la misma manera que, en coyunturas especiales, los sectores no hegemónicos de la clase burguesa (no sólo la pequeña-burguesía sino algunos burgueses no monopólicos, etcétera) pueden oponerse a la capa dominante de la clase capitalista, fracciones no

hegemónicas de la clase intelectual pueden luchar, en determinadas circunstancias, contra los segmentos todopoderosos de la clase intelectual.<sup>60</sup>

2. Sánchez habla de que la entronización en el poder de la *burocracia-clase* presupone dos exclusiones. Está *excluida* la involución al capitalismo y está excluida la *evolución* al socialismo. Esta es, a no dudarlo, una de las partes más lúcidas de su artículo. Nos. otros querríamos añadir tan sólo una cosa. Las *dos exclusiones* tienen su fundamento en la estructura definitoria de la clase social que sirve de soporte al Estado del MPI. La clase intelectual, en efecto, tiene diferencias esenciales con el capital, por un lado, y con el trabajo manual, por otro. Es verdad que carece de medios de producción *materiales*. Razón ésta por la cual su revolución, la revolución proletario-intelectual, consiste en expropiar a los expropiadores *materiales*. *Toda involución al capitalismo se halla, en este contexto, excluida*. Pero posee medios *intelectuales* producción. Razón ésta por la que su revolución, consistente en expropiar a los expropiadores *materiales*, desmantela rápidamente toda organización obrero-campesina (como los soviets, los sindicatos, etcétera), que pueda hacer peligrar sus privilegios sociopolíticos y económicos. *Toda evolución al socialismo se halla, en este contexto, también excluida*. En este sentido amplio de la expresión, burocracia se identifica con *clase intelectual* porque todos los intelectuales trabajan para el Estado —el único patrón— y son, entonces, burócratas. Pero este sentido es demasiado general y se presta a confusiones. Preferimos hablar, por ende, de la burocracia en sentido estricto, entendiendo por ésta el sector hegemónico en el aparato estatal, el Estado Mayor de la clase intelectual integrado por el conjunto de *burócratas* (género en el cual pueden agruparse, según el caso, los burócratas en cuanto tales, los técnicos, los militares, etcétera) que poseen poder decisorio. La burocracia de, la nueva formación social *no es, para nosotros, una clase, sino una fracción de clase: un segmento, el cupular y decisorio, de la clase intelectual*. Varios autores, entre ellos Sánchez Vázquez, consideran a la burocracia en sentido estricto como una clase porque piensan --Y en ello hay una supervivencia de la concepción *binarista*-- que tal burocracia es dueña, si no jurídicamente, sí de hecho de los medios de producción. Conviene, sin embargo, aclarar que la forma en qué el Estado de la nueva formación social detenta las condiciones

---

<sup>60</sup> ¿Cómo demostrar que en el MPI la cúpula del Estado, la burocracia en el sentido estricto de la expresión, expresa los intereses de toda la clase intelectual, los opositores incluidos? Haciendo notar que las cosas ocurren de manera análoga a la forma en que lo hace el Estado burgués frente a los asalariados. Éste defiende la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción. Aquél la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la misma. El Estado del MPI es, pues, un Estado que combate todo "sueño" de subvertir la división del trabajo, todo intento de revolución cultural

materiales de la producción difiere no sólo de lo que habitualmente se entiende por *propiedad* (que es un concepto jurídico en el que se conjugan economía y derecho) sino también de lo que se entiende por *posesión* (que es un concepto que alude a la mera apropiación de un bien cualquiera). Tanto a la posesión como a la propiedad (posesión sancionada jurídicamente) les son inherentes el que el bien monopolizado es *enajenable*: se puede vender o cambiar por otro bien. Podemos hablar de propiedad, o mejor, de posesión de los medios de producción por parte de la burocracia en la nueva formación social, en un sentido que difiere, por ende, del tradicional. La burocracia no puede deshacerse o vender o cambiar los medios de producción. No puede enajenarlos al capital extranjero ni puede privatizarlos. ¿En qué sentido, entonces, continúa siendo una posesión, aunque una posesión *sui generis*? En el de que representa un control de los medios de producción, una administración de los mismos y una centralización del *trabajo excedente* de toda la colectividad. Esta *posesión láctica* tiene, por consiguiente, un *carácter usufructuario*. Si hablamos de un *centro burocrático*, que es el que planifica la *función directivo-reguladora*, ¿qué ocurre con los intelectuales que no forman parte de dicho *centro*? ¿Por qué denominar clase dominante a toda la clase intelectual, cuando algunos intelectuales (técnicos o militares, por ejemplo) pueden, en ciertas coyunturas, formar parte de una *periferia* excluida de la cúpula que toma las decisiones esenciales? Nos parece que la clase intelectual es, en el MPI, la clase dominante porque si el sector hegemónico posee *directamente* en el sentido usufructuario de la expresión, los medios de producción, la *periferia intelectual* los posee *indirectamente*. Expliquemos esto. La razón de esta *posesión indirecta* no está sólo en el hecho de que ciertos intelectuales ejercen, en comparación con el control decisivo que lleva a cabo el sector hegemónico, un control derivado y subalterno de los medios de producción, sino en el hecho de que, aunque la "tajada de león" del nuevo valor producido va a parar a las bolsas de los grandes burócratas una parte importante —sueldos y salarios de excepción— beneficia al trabajo intelectual en su conjunto *en comparación* con la remuneración que en términos generales obtiene el trabajo manual. Se podría argüir —nosotros lo argumentamos en el pasado que el trabajo intelectual, por ser más complejo en general que el trabajo manual, debe ser pagado de manera más elevada que este último, por lo común más simple. Pero este criterio, burgués, no rige ni puede regir en el MPI. En la nueva formación social *la fuerza de trabajo no tiene valor, en el sentido mercantil, capitalista, de la expresión*. En el capitalismo el trabajo *indirecto*, en general, vale más que el *directo*, el *complejo* más que el *simple* y el *intelectual* más que el *manual* no

por un afán de justicia o de injusticia, sino por *razones mercantiles*. La división entre salario y plusvalía, trabajo necesario y trabajo excedente, valor de la fuerza de trabajo y trabajo, se realiza en y por el mercado. Y la división entre plus-salario y minus-salario, respondiendo al trabajo indirecto, complejo e intelectual, por un lado, y al trabajo directo, simple y manual, por el otro, se realiza también en y por el mercado. *Pero el mercado, la sociedad de mercado, es sustituida en el MPI, por la sociedad planificada*. El papel que juega en el capitalismo la esfera mercantil del intercambio, lo juega en el MPI la planificación. La división entre *trabajo necesario* y *trabajo excedente* no se debe, pues, a razones mercantiles sino a la política económica del régimen. Si, entonces, el Estado destina al trabajo intelectual, en general, una remuneración mayor (para no hablar de otros privilegios) que al trabajo manual, se convierte con ello en defensor de toda la clase intelectual. Al remunerarse al trabajo intelectual con una parte de la plusvalía social planificada (PSP), aunque no sea la parte más cuantiosa (y parezca coincidir con el salario que, en términos capitalistas, correspondería a un trabajo intelectual complejo), se revela el *centro burocrático-intelectual* como el *poseedor directo* y la *periferia intelectual* como un *poseedor indirecto*, en el sentido usufructuario, de los medios de producción.

3. Suscribimos la caracterización que nos brinda Sánchez Vázquez sobre el *socialismo real* como una nueva *formación social*. Creemos, sin embargo, que conviene emplear no sólo este concepto sino el de *modo de producción*. La distinción marxista entre *modo de producción* y *formación social*, cara a Althusser, Poulantzas, Balibar y otros, nos ayuda a comprender las diferencias entre el tipo de sociedad que se ha incubado tras la revolución anticapitalista y el grado de desarrollo que presenta. El *modo de producción* es una abstracción científica que recoge y sistematiza los elementos, inherentes a un régimen socioeconómico, que lo definen estructuralmente *a diferencia* del sistema que lo antecede y del que lo sucede desde el punto de vista histórico. El modo de producción hace abstracción del espacio y el tiempo. Su propósito no es detectar las peculiaridades del régimen en cuestión, sino la esencia *del* mismo. Si hay, en el MP, una correcta asimilación epistemológica de los elementos que caracterizan a un determinado sistema social, dicha categoría nos puede servir para identificar (en todas aquellas sociedades que, independientemente de la forma particular que presente su desarrollo, comprenden tal estructuración), la configuración esencial a que dicho MP hace referencia. En *El capital*, por ejemplo, nos encontramos un examen del MP capitalista, examen que nos permite advertir si una sociedad es, a

diferencia de los regímenes precapitalistas o poscapitalistas, capitalista *en su esencia*. La *formación social*, en cambio, es una noción que no opera en el mismo grado de abstracción. Es un concepto concreto que alude, sin hacer a un lado el espacio y el tiempo, a la estructuración específica que presenta una nación determinada en un momento dado de su desenvolvimiento histórico. El concepto de FS es, por ende, un concepto subordinado al de MP. Sólo si se ha esclarecido la esencia conformativa de una sociedad —con la posibilidad de extender ese conocimiento a todos los casos en que reaparezca tal conformación— es posible apreciar las diferencias de desarrollo, de madurez, etcétera, de un sistema. El examen, entonces, de la sociedad mexicana del año de 1982, aunque implica el esclarecimiento previo del *MP identificador*, es un análisis de la ES. La diferencia, a que aludía Sánchez Vázquez (al comentar a los ideólogos soviéticos) entre *socialismo (incipiente)* y *socialismo desarrollado*, implica dos cosas: la caracterización general de esos sistemas como *socialistas* y la apreciación de un grado diverso de desarrollo. Nosotros creemos que todos los países llamados socialistas son partícipes de una misma esencia y deben ser considerados como expresiones de un idéntico MP. No se trata, desde luego, de un supuesto MP socialista (o MP comunista en su fase transitiva). Se trata del *MP intelectual*, de un MP en el que, independientemente del espacio y el tiempo, se recogen y sistematizan los elementos que definen estructuralmente a este régimen *a diferencia* del capitalismo y del socialismo. Pero hay "socialismos" y "socialismos", MPI incipientes o MPI desarrollados. Si aludimos, por consiguiente, no a la configuración esencial del sistema, sino al grado de desarrollo y las peculiaridades nacionales e históricas que presenta, hacemos referencia a la FSI. En efecto, en tanto FS, la URSS ha transitado de su *etapa incipiente* (pero ya plenamente estructurada), que puede ubicarse alrededor de 1936 (fecha en que se promulga la nueva constitución) y su *etapa desarrollada* que rige desde la década de los sesenta. Nosotros hemos hablado, en otro sitio, de una fase *austera* y otra *lucrativa* de la FS soviética.<sup>61</sup> Pero lo más importante de esto, es poner de relieve que, en tanto *desarrollo desigual y combinado*, todos los países del "campo socialista", aun definiéndose dentro del MPI, viven diferentes etapas de desarrollo, y son, por ende, formaciones sociales articuladas de modo específico en esta etapa de desarrollo de todo el sistema. En este sentido, creemos que no basta considerar a la URSS como un MP *sui generis*, o una formación social diferenciada (de esencia *intelectual*) sino que se requiere mostrar que no es una formación social simplemente ante

---

<sup>61</sup> Cfr. el capítulo I del presente libro.

las otras, igual a las otras, sino que, por el tipo de relaciones que objetiva respecto a las demás, debe definirse como *imperialista*. No imperialista, es claro, como fase superior del capitalismo. No imperialista en el sentido de las teorías de Hilferding, Hobson, Bujarin o Lenin. Ni siquiera en el de Rosa Luxemburgo. Se trata del *intelectual-imperialismo*. Lo mismo que sucede con el MP capitalista (en el sentido de que tanto el *centro* como la *periferia* son, en lo esencial, capitalistas; pero el primero explota y domina a la segunda), ocurre con el MPI (tanto la URSS como las otras naciones de su campo son "socialistas"; pero la primera, como centro que es, explota y domina a los países de su esfera de influencia). No tenemos la oportunidad de examinar en este sitio el *modus operandi* del *intelectual-imperialismo*. Baste señalar, a reserva de tratar este importante tema en otro sitio, que el *intelectual-imperialismo* no se identifica ni con el *imperialismo capitalista* ni con la *política exterior que tendrá un país verdaderamente socialista*.

4. El paso de un MP a otro no es algo fortuito. No es un accidente, por ejemplo, que el MP que se gestó al destruirse el sistema económico-social del feudalismo haya sido el capitalista. El tránsito de un MP a otro *es necesario*. La revolución francesa no podía haber engendrado, independientemente de los deseos, las ideas o los engaños de quienes hicieron la revolución, un MP intelectual o la fase inicial del MP comunista. La revolución francesa inevitablemente tenía que conducir, como condujo, al MP capitalista. La razón de ello estriba en que el proceso histórico no genera cualquier cosa, sino única y exclusivamente lo que puede generar o, dicho de otra manera, única y exclusivamente lo que, surgido embrionariamente en el seno de lo viejo, se realiza en el nuevo orden una vez que la historia se ha encargado de hacer añicos el MP precedente o el sistema que le servía de envoltura. Hay que distinguir, sin embargo, entre la *teoría de la revolución social* y la *forma específica, históricamente condicionada, en que se realiza*. Esta distinción, propia de un proceso de cambio, corresponde a la diferenciación entre MP y FS. *La teoría de la revolución* (el esclarecimiento, por ejemplo, de si se trata de una revolución democrático-burguesa o proletario-intelectual) opera como un *concepto identificador* de la índole del cambio. *La forma en que se realiza* alude a la manera particular que, en el espacio y el tiempo, tuvo lugar el proceso. *La teoría de la revolución* es una abstracción científica que se refiere a la *mutación del tiempo* (la revolución democrático-burguesa nos habla, verbigracia, de la sustitución del tiempo feudal por el tiempo burgués). La forma en que se realiza, en cambio, es un concepto concreto que alude al *tiempo de la mutación*, a la conformación singular de un proceso de cambio. La teoría de la revolución, como mutación del tiempo, indica' la *estructura*

del cambio de estructuras; la *forma en que se realiza*, como tiempo de la mutación, hace referencia a la *historia* del cambio de estructuras. Quienes arguyen que los países "socialistas" de hoy en día son *regímenes de transición*, ya que, como lo demuestra el paso del feudalismo al capitalismo, el cambio de estructuras no se da de golpe sino que puede durar siglos, confunden, a nuestro entender, la *mutación del tiempo* (que ya ha tenido lugar) con un *tiempo de la mutación* extrapolado: la supuesta transición al socialismo. Pero dejemos aquí las cosas. Sánchez Vázquez dice, recordemos, que el *socialismo real* es "una formación social específica surgida en las condiciones históricas concretas en que se ha desarrollado el proceso de transición —no al comunismo, como había previsto Marx sino al socialismo". Y a continuación se pregunta: "¿Cuál es la razón de que, en este proceso de transición, mediante el cual pensaba crearse, si no el comunismo, sí el socialismo, se haya generado una nueva formación social específica?" Sánchez Vázquez responde a su interrogante aludiendo a las "condiciones históricas" que son, para él, las responsables de que, "pensando" crearse el socialismo, se haya generado una nueva formación social: necesidad de fortalecer el Estado, identificación de Estado y partido, apropiación fáctica de los medios de producción por parte de la burocracia, etcétera. Este pasaje, a pesar de varios elementos de verdad indiscutibles que presenta, es susceptible de una *lectura historicista*. Parecería que la presencia de ciertas "circunstancias históricas" fueron la causa de que el "ideal del socialismo" deviniera en los hechos no en *socialismo* sino en una *formación social imprevista*. Afirmación que implicaría su reverso: la desaparición de esas "circunstancias" debería traer consigo la gestación, no de la formación social burocrática, sino del socialismo. Pero la verdad es que se trata, de acuerdo con la *teoría de la revolución* que hemos propuesto, de una revolución proletario-intelectual. No nos encontramos, hoy por hoy, en el *tiempo de la mutación*, sino en la *mutación del tiempo*. Es claro que, de acuerdo con la *historia* del cambio de estructuras, el arribo a la nueva formación (a la que denominamos MPI) se hizo *a través de un régimen de transición*; pero la transición que tuvo lugar (desde 1917 hasta 1936 aproximadamente) no fue una transición al socialismo, ni mucho menos al comunismo, sino una transición al MPI. Claro que las "condiciones históricas" concretas influyen poderosamente en el carácter peculiar del nuevo orden creado; pero ellas determinan no la *estructura* del cambio de estructuras, sino la *historia* del cambio de estructuras. Determinan, no la *mutación del tiempo*, sino el *tiempo de la mutación*. Tan es así que la *historia* de la URSS se ha repetido, porque se tenía que repetir, *en todos los países llamados socialistas*. En verdad, no

había escapatoria. El MPI era inevitable. Una última cosa: creemos incorrecto asentar que hubo una etapa —la revolución soviética— en que se desplegaban las condiciones históricas "concretas" en que tenía lugar el proceso de transición al socialismo, y mucho menos suponer que se daban dichas condiciones porque "se pensaba" crear el socialismo. La historia se mueve, en términos generales, a espaldas de los propósitos, deseos y pensamientos de los agentes revolucionarios. Ello ocurrió en la revolución *democrático-burguesa*. Ello ha vuelto a suceder en la *proletario-intelectual*.

5. Sánchez Vázquez opina que el *socialismo real* puede explicarse "por una serie de condiciones históricas que pueden esclarecer su necesidad pero no su inevitabilidad". Nosotros creemos que, hasta hoy, el paso del capitalismo al MPI no sólo ha sido necesario, sino inevitable. Aún más: creemos que seguirá siendo inevitable durante mucho tiempo: La razón de su *necesidad* estriba en que el tipo de revolución que está a la orden del día, independientemente de lo que se "piense crear", es el *proletario-intelectual*. La razón de su *inevitabilidad* reposa en que los agentes revolucionarios (el proletariado manual especialmente) no es consciente de las leyes de tendencia revolucionaria que se desprenden de la configuración *ternaria* de la sociedad capitalista. Carece, en una palabra, de la teoría adecuada para llevar a cabo la revolución socialista. Desconoce la *necesidad* y no es, por tanto, libre. El paso del capitalismo al MPI (que, hasta este momento, ha sido necesario e inevitable), *no es fatal*. Y no lo es porque, en el preciso instante en que los obreros y campesinos en lucha, hagan suya la teoría de la revolución socialista (que no puede ser sino *Revolución Articulada*) y, parejamente a ello, detecten con precisión cuáles son sus enemigos y en qué orden hay que combatirlos, el socialismo será no sólo un *ideal desprendido-de-la-realidad*, sino un régimen concreto de transición al comunismo.

6. Nuestro articulista hace notar que, en lo que se refiere a la caracterización del socialismo real, debe rechazarse tanto el apriorismo o idealismo, cuanto el empirismo o el pragmatismo. No tienen razón quienes tratan de juzgarlo "como un modelo ideal al margen de las condiciones históricas" ni quienes llaman a estos regímenes socialistas porque así lo declaran la constitución del Estado, el programa del partido o sus ideólogos autorizados. La pretensión de superar el apriorismo y el empirismo nos parece justa. Pero lo esencial no reside en la declaración metodológica de hacerlo, sino en la *vinculación efectiva* entre el *ideal-desprendido-de-la-realidad* y la

*realización del mismo*, y esto sólo es posible si, y sólo si se ha conquistado una *teoría de la revolución socialista*. Teoría que presupone el conocimiento de la sociedad capitalista, de su configuración *ternaria y polivalente*, de sus leyes de tendencia y de su ser mismo como *incubadora espontánea* de las premisas de la *revolución proletario-intelectual*. Si, y sólo si, se reconocen tales elementos ínsitos en el modo de producción capitalista, es posible superar las concepciones aprioristas o empiristas que, no sólo metodológicamente, sino políticamente perjudican la marcha al socialismo. Sánchez Vázquez está cerca de dar, a nuestro modo de ver las cosas, con esta ruta. Su nueva posición no sólo implica un nuevo punto de vista, sino la necesidad de revisar, repensar, refuncionalizar muchos de sus planteamientos precedentes. Las limitaciones que hallamos en Sánchez Vázquez se derivan del hecho de que, cuando intenta salirle al paso a la "desviación burocrática" echa mano de soluciones que, si bien son avanzadas y denunciadoras (algo así como el "ala izquierda" de la concepción intelectualista) no dejan de apelar a soluciones (antiburocráticas, sí, pero *formales*: soviets, separación de partido y Estado, etcétera) que, por no advertir la existencia de la *clase intelectual* y sus implicaciones, terminan por ser *tecnocráticas*. El hecho de cerrar filas con la teoría ortodoxa de Marx, con la práctica de la Comuna de París, con la independencia de los soviets (a la Kronstadt), con la autonomía relativa de los sindicatos, etcétera, son cosas muy positivas. Pero, ya lo hemos dicho, como Sánchez Vázquez no denuncia el *enemigo fundamental* de los trabajadores manuales (que es no sólo la burocracia, sino toda la *clase intelectual*) presenta una solución *tecnocrática*. Pero no es sólo un problema de Sánchez Vázquez. También lo es del propio Marx. Sólo si interpretamos el marxismo de modo abierto, no como doctrina, no como dogma; sólo si rescatamos el pensamiento del propio Marx respecto al papel de la *división del trabajo* en la conformación de la sociedad de clases (de acuerdo con la *Ideología Alemana*), nos es posible transitar hacia una ciencia de la historia que, abandonando su *acumulación originaria teórica*, opere normalmente sobre la base de entrever con claridad, aunque sea de manera muy general por ahora, el camino real de *la emancipación del trabajo* y, con él, de la enajenación general de la humanidad.

## CAPITULO VII

### *PARA LLEGAR A BUEN PUERTO*

#### *(ALGUNAS IMPLICACIONES POLÍTICAS DERIVADAS DE LAS DIVERSAS CARACTERIZACIONES DE LOS PAISES LLAMADOS SOCIALISTAS)\**

---

\* El documento *Para llegar a buen puerto (Algunas implicaciones políticas derivadas de las diversas caracterizaciones de los países llamados socialistas)* fue terminado de redactar el 16 de julio de 1984.

### 1. Utilidad de esclarecer el fin político perseguido.

La política, para ser racional, debe fundarse en la armonización de medios y fines. Esto quiere decir que, previamente a todo, debe ser esclarecida, hasta donde sea posible, la meta a alcanzar, y que a continuación deben examinarse y ponerse en práctica los 'medios pertinentes para su logro. Lo anterior es más cierto que nunca en lo que se refiere a la política revolucionaria de las masas combativas. Esta última tiene forzosamente que aclarar, que aclararse, cuál es el fin de su actividad. Si no existiera una idea clara del objetivo perseguido en la pugna de todos los días, se trataría de una lucha a tontas y locas. Valga esta comparación: Si no hay un faro con luz poderosa que guíe a la nave de la revolución a buen puerto, el destino de tal embarcación será desembarcar en un sitio distinto u opuesto al soñado o acabará por naufragar. El proceso revolucionario surge de la atinada vinculación entre el faro y la nave. Poner el acento en los "medios" y subestimar el fin, como quiere *el practicismo*, es tan absurdo como hacer énfasis en el "fin" y despreciar los medios, como recomienda el *teoricismo*. No hay, pues, otra ruta que la de armonizar medios y fines, y rechazar tajantemente los cantos de sirena del practicismo y el teoricismo.

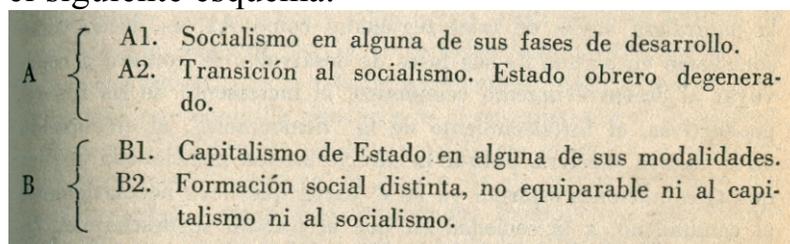
En la izquierda del país, el practicismo es una deformación tan frecuente como su contrario, si no es que más. Consiste en suponer, como Bernstein, que el movimiento lo es todo y el fin nada. Manifestaciones de este *movimientismo* las hallamos en el economicismo, en la lucha sindicalera habitual, en el perpetuo confinamiento del combate popular a acciones defensivas, etcétera. Se trata, en una palabra, de un *empirismo burgués* propio de cierta izquierda, de un accionismo sin ton ni son, de un moverse mucho sin que pase nada. De la misma manera que el teoricismo, para justificarse, invoca las deformaciones de la práctica por la práctica, el practicismo (la confusión entre movimiento real y efervescencia), para argumentar a favor de su orientación, critica al teoricismo. Peor no es un embate contra éste con el objeto de sustituirlo por una verdadera teoría esclarecedora, sino con el propósito de anularlo, como la desviación evidente, para que el practicismo pueda dominar en las masas revolucionarias son cortapisas. Los practicistas tienen, sin duda, una cierta idea de fin; pero la conciben, en general, como los religiosos, de manera vaga, mítica, desprendida mecánicamente de la acción cotidiana. Somos de la opinión de que, en contra de esta idea confusa, vaga y milagrosa del fin, debemos conquistar teóricamente una idea clara del objetivo que perseguimos. Una

conquista así, nos colocaría al margen no sólo de los practicistas, sino de los teóricos, ya que una teorización profunda y verdadera viene en auxilio de la práctica, en el mismo sentido en que una práctica en constante evaluación es necesaria para llevar a cabo una teorización asumida con seriedad.

La correcta caracterización del fin es, entonces, un requisito esencial para adecuar los medios, esto es, la estrategia y la táctica, y los fines, y resulta una tarea insoslayable para toda izquierda que pretenda ser revolucionaria.

## 2. *Enlistado de las diversas caracterizaciones de la naturaleza social de los llamados países socialistas.*

Dos son, a nuestro entender, las caracterizaciones fundamentales que se han hecho de la naturaleza social de los países "socialistas": quienes consideran que esas naciones constituyen el socialismo en alguna de sus fases de desarrollo o un régimen de transición hacia el socialismo (A) y quienes son de la opinión de que tales sociedades no son socialistas (B). Como cada una de estas caracterizaciones presenta dos variantes, podemos hacer el siguiente esquema:



A	{	A1. Socialismo en alguna de sus fases de desarrollo.
		A2. Transición al socialismo. Estado obrero degenerado.
B	{	B1. Capitalismo de Estado en alguna de sus modalidades.
		B2. Formación social distinta, no equiparable ni al capitalismo ni al socialismo.

## 3. *Las implicaciones políticas de las diversas caracterizaciones de la naturaleza social de los llamados países socialistas.*

Sin lugar a dudas, las implicaciones políticas (en lo estratégico, lo táctico y lo organizativo) que traen consigo las diversas caracterizaciones de los países "socialistas", difieren apreciablemente si hacemos referencia a la lucha obrera y popular en el seno del capitalismo o si aludimos a la misma lucha en las naciones a las que se suele dar, correctamente o no, el nombre de socialistas.

### 3.1. *En el "socialismo".*

Empecemos por lo que ocurre en las sociedades autoproclamadas

oficialmente como socialistas (URSS, China, Cuba, etcétera).<sup>62</sup>

Si el movimiento obrero y popular de tales países caracteriza la naturaleza socioeconómica del régimen en que viven como A, esto es, como una sociedad en que impera el socialismo en alguna de sus fases de desarrollo (socialismo temprano, socialismo desarrollado, etcétera) o un régimen de transición al socialismo, *tratará de consolidar, desarrollar o reformar la formación social existente, pero no de revolucionarla*, y esto es así porque o bien se encuentran en la primera fase de la sociedad comunista (en el sentido amplio del término) o bien, aun faltándoles un trecho que recorrer, se hallan encarrilados hacia ella.

Si el movimiento obrero y popular de esas naciones caracteriza la naturaleza social de tales regímenes como A1, es decir, como socialismo en alguna de sus fases de desarrollo, se limitará a coadyuvar al desenvolvimiento económico, al incremento de las fuerzas productivas, al fortalecimiento de la "democracia", al crecimiento de la cultura, etcétera, porque la caracterización mencionada implica que tales naciones estarían ya en el carril que lleva necesariamente al comunismo, a la sociedad en que el trabajo se desenajene, las clases desaparezcan y se subvierta decisivamente la división del trabajo. Es una posición esencialmente pasiva, acrítica, conformista. Y no es extraño que muchos trabajadores, al identificar *eso* con el socialismo, acaben por volverse, como se han vuelto, antisocialistas y antimarxistas y vean con cierta simpatía al capitalismo. Reacción que no ha sido, desde luego, la de todos los trabajadores disidentes, porque, en contra de esta tendencia primitiva, actúan el instinto, la experiencia y la educación de muchos otros, como es el caso de los obreros polacos. El resultado más apreciable, la implicación política más evidente de que el movimiento obrero y popular caracterice a sus naciones como socialistas, es la perpetuación de un régimen social que lejos de ser socialista es un régimen de clases y de lucha de clases, un sistema político y social al que podemos dar el nombre provisional de burocrático. *No se puede negar que la pieza esencial de la ideología dominante en esos países consiste en la caracterización de los mismos como socialistas*. Ideología dominante que, naciendo en la burocracia estatal, impregna el todo social y sirve de garantía para que impere, con el orden social, la reproducción incesante de las condiciones de existencia de tal sistema.

---

<sup>62</sup> En todo lo que viene a continuación no aludimos al grado de eficacia que ha tenido o puede tener cada una de las posiciones. Nuestra intención es otra: subrayar el contenido de clase de cada una de ellas y las implicaciones políticas y organizativas que se derivan de él.

Si el movimiento obrero y popular de esas naciones o, lo que es más probable, una fracción disidente del mismo, caracteriza la naturaleza social de tales regímenes como A2, o sea, como una transición no al comunismo (caso A1) sino al socialismo (o como Estado obrero perturbado por una excrecencia burocrática), su papel ya no será ni pasivo, ni acrítico, ni conformista. Dicha fracción disidente, consciente del desfase entre la estructura (de esencia socialista) y la superestructura (de carácter burocrático), tratará de promover una *revolución política* que tenga la doble función de armonizar la sociedad civil y la sociedad política y pasar del régimen de transición al socialismo propiamente dicho. Nosotros pensamos que este punto de vista, que es el sostenido por el trotskismo, y pese a las apariencias, se revela en última instancia como *reformista*, porque si convierte en blanco de su crítica al centro burocrático, deja de lado a la tecnocracia. Expliquemos esto. Somos de la opinión de que la clase que se halla en el poder en los llamados países socialistas es la *clase intelectual*, es decir, la clase que, incubada originalmente en el capitalismo, se caracteriza por ser monopolizadora de los medios *intelectuales o espirituales* de producción. Este monopolio le permite a los diversos segmentos de la clase desempeñar determinadas funciones: burocráticas, administrativas, técnicas, científicas, ideológicas, filosóficas, artísticas, educativas. La burocracia con poder de decisión no es otra cosa que una de las diversas funciones que pueden realizar los intelectuales. Pero esta función tiene una condición estructural posibilitante: la propiedad privada de ciertos medios *intelectuales* de producción. Atrás de cada burócrata importante, de cada funcionario, hay, pues, un intelectual. Un intelectual en el sentido amplio del término. Promover una *revolución política antiburocrática* es combatir no a la clase dominante, sino sólo a una de sus fracciones. Es cierto que puede ser la fracción hegemónica (con frecuencia lo es) ; pero no es menos cierto que si se desplaza el sector burocrático de la clase intelectual (mediante la llamada revolución política), puede ocupar su sitio el sector tecnocrático de la misma clase. La burocracia *política* puede ser, por ende, sustituida por la tecnocracia *económica*. Se trataría de un proceso proletario-tecnocrático, es decir, de una lucha realizada fundamentalmente *por* los trabajadores manuales, *contra* los burócratas *para* la tecnocracia. Es posible que la lucha antiburocrática se resolviera finalmente en el entronizamiento de una *tecnoburocracia*, es decir, de una nueva hegemonía, producto de la conciliación entre dos sectores decisivos de la clase intelectual. La revolución política más que pugnar contra la clase en el poder, promovería una *pugna interclasista*. Por eso decíamos que se trata de una posición en última instancia reformista.

Si el movimiento obrero y popular de esas naciones o, lo que es más probable, cierta fracción disidente del mismo, caracteriza la naturaleza social de tales regímenes como B, o, lo que es igual como sociedades no socialistas, tratará no ya de consolidar, desarrollar o reformar la formación social existente, sino de *revolucionarla*.

Si los revolucionarios caracterizan el cuerpo social en que les ha tocado vivir como B1, o sea, como alguna forma de capitalismo de Estado, su actitud política se desprenderá de la convicción de que viven en una sociedad no poscapitalista sino capitalista y que la revolución "socialista" no fue otra cosa que una revolución burguesa de nuevo tipo. La revolución por la que lucharán no será una mera *revolución política*, sino una *revolución social*, una revolución destinada a hacer desaparecer las relaciones sociales de producción capitalistas para emprender el proceso socialista de la emancipación del trabajo. Nosotros pensamos que los partidarios de esta posición, al hablar en términos abstractos o generales de capital, de relaciones sociales de producción capitalistas, etcétera, *ocultan la clase social que se halla en el poder*. En los países llamados socialistas hay capital (capital social planificado), pero no capitalismo. El capitalismo articula sus categorías económicas de una manera y el "socialismo" lo hace de modo cualitativamente distinto. El capital social planificado que existe en los países pos-capitalistas está puesto al servicio de la *clase intelectual* en el poder y especialmente de su sector hegemónico, o, dicho de manera más correcta, el modo de producción intelectual (MPI) opera mediante una forma de capital —el capital social planificado— que difiere tajantemente del capital privado del pasado y del *modus operandi* que caracterizará al verdadero socialismo. Como, en general, los partidarios de la tesis de que el "socialismo" es en realidad una forma específica de capitalismo de Estado entienden por *burguesía de Estado* la burocracia central, no consideran a la tecnocracia como otro enemigo del pueblo. Estos revolucionarios promoverán, como dijimos, una *revolución social*. Tratarán de sustituir la estatización por la socialización y tendrán como sus unidades de base los comités de fábrica, los consejos obreros o los sindicatos revolucionarios, en una palabra, promoverán la *autogestión*. Resultado de ello: el ascenso de aquel sector de la clase intelectual que opera en la esfera de la producción, es decir, de la tecnocracia. No será un *proceso proletario-tecnocrático* (como el trotskista) sino una *revolución proletario-tecnocrática*, revolución que pretende no sólo modificar la superestructura, sino revolucionar la infraestructura económica. Pero estos revolucionarios, carentes del concepto de revolución cultural en el sentido profundo de la expresión (al igual que los trotskistas), arrojarían violentamente a la

burocracia o a la burguesía de Estado —si llegara a existir una coyuntura adecuada para ello— y la sustituirían por las mencionadas unidades de base *sin subvertir la división técnica del trabajo que las caracteriza*. Resultado de ello es, como decíamos, no el *ascenso reformista* de la tecnocracia sino su *ascenso revolucionario*, aunque dentro de una revolución, si se nos permite decirlo de esta manera, de esencia reformista como ha habido tantas en el decurso histórico.

Hay otra versión de la misma tesis que analizamos: la emanada del maoísmo. Los maoístas, en efecto, caracterizan a la URSS como un *capitalismo monopolista de Estado* (en lo que a su sistema social se refiere) y como un *social-imperialismo* (en lo que a su política exterior alude). El prejuicio *binario* que comparte esta posición con la mayor parte del marxismo contemporáneo (suponer que en el capitalismo hay dos y sólo dos clases fundamentales) hace que su indudable acierto (vincular la revolución cultural con la división del trabajo) se quede a mitad del camino y abra las puertas, como lo hizo tras la muerte de Mao, a la tecnoburocracia.

Si los revolucionarios de los países llamados socialistas caracterizan a su nación como B2 o, lo que es lo mismo, como una formación social no equiparable ni al capitalismo ni al socialismo, tratarán de llevar a cabo *una revolución social enderezada expresamente contra la nueva clase dominante*. No se trataría, como es evidente, ni de una mera revolución política (cómo la preconizada por los trotskistas) ni de una revolución social contra un ente abstracto (como la propagandizada por los partidarios de que el "socialismo" es una forma particular de capitalismo de Estado). La clase que se halla en el poder —managerial (Burnham), colectivista burocrática (Rizzi), intelectual (Bakunin, Machajski), etcétera— se diferencia cualitativamente de la clase capitalista y de la clase obrera y hace que el régimen que encabeza difiera sustancialmente del capitalismo y el socialismo. En estas circunstancias, el movimiento obrero y popular del "socialismo" que sea partidario de este punto de vista no será sólo antiburocrático para beneficiar a la tecnocracia sino que combatirá a *toda la clase* en el poder para beneficiar a los trabajadores manuales de la ciudad y el campo.

### 3.2. *En el capitalismo.*

Si el movimiento obrero y popular revolucionario, junto con sus organizaciones políticas; caracteriza a los países llamados socialistas como A1 (socialismo en alguna de sus formas) levantará la guardia frente a un

enemigo (la, clase burguesa) y la bajará frente a otro (la clase intelectual). En el supuesto caso de que los movimientos marxistas-leninistas —partidos y frentes— fueran revolucionarios y no reformistas (como frecuentemente lo son hoy en día) su acción política estaría determinada por la idea *de que la destrucción del capitalismo equivale al inicio de la construcción del socialismo o a la formación de un régimen de transición que desembocará en el socialismo*. El enemigo esencial, por consiguiente, no podría ser sino el capital privado. Como el fin determina el carácter de los medios, las organizaciones de lucha estarán preparadas en lo fundamental para combatir a los capitalistas y a su Estado *ya que no hay ningún otro enemigo clasista que se interponga en el camino de la emancipación*. Las organizaciones políticas (el partido, los frentes, los sindicatos, etcétera) si bien actuarán como un *instrumento* destructor, no verán la necesidad de realizar ninguna anticipación importante de la nueva sociedad.

La división del trabajo al interior de cada organismo será vista como algo excepcionalmente benéfico porque garantiza la eficacia. El partido, el pequeño Leviatán, será en realidad no un laboratorio de comunismo sino *una incubadora de sociedad burocrática*. La idea de una revolución cultural anticipativa y su propósito de empezar a subvertir la división del trabajo, será vista como utópica, anarquista, pequeño-burguesa. El centralismo democrático —anticipación de una sociedad jerárquica y dictatorial— *les parecerá la forma óptima que debe asumir la organización partidaria*. Su relación con las masas en general y con la clase obrera en particular responderá indefectiblemente a este modelo: a partir de una línea política, elaborada en el laboratorio intelectual de la organización partidaria, se tratará de ganar influencia en las masas, de hegemonizarlas, de convertirse en su "jefe político". Por eso se les "tirará línea", se les orientará en su lucha, se les impulsará a combatir al capital privado. En una palabra, se tratará de un *partido-destrucción* que encabezará la revolución *proletario-intelectual*, es decir, la revolución anticapitalista, llevada a cabo *por* los obreros y campesinos *para* la clase intelectual y su vanguardia tecnoburocrática.

Si el movimiento obrero y popular revolucionario, y sus organizaciones políticas, caracterizan a los países llamados socialistas como A2 (régimen de transición, Estado obrero degenerado) actuarán en algunos aspectos de igual manera a quienes lo caracterizan como A1. Hablarán de un enemigo (la *clase burguesa*) y silenciarán otro (la *clase intelectual*). Partidarios de la idea —basada en el binarismo— de que la destrucción del capitalismo equivale a la creación de la sociedad transicional que conducirá al fin de cuentas al socialismo, no verán la necesidad de llevar a

cabo ninguna anticipación *esencial* (aunque sí, como veremos, algunas de carácter formal) del socialismo futuro. Su relación con las masas y con la clase obrera coincidirá en buena medida con la manera en que la conciben y realizan los políticos mencionados con anterioridad: tratarán de erigirse, tras de "tirar línea" a las masas, en la vanguardia que, después de combatir las limitaciones de la lucha artesanal, economicista, etcétera, orientará a los sectores populares en que tengan influencia hacia una revolución tenida por ellos como socialista (o gestadora, mejor, de una sociedad de transición al socialismo) pero que será en su esencia *proletario-intelectual*. Para los trotskistas problemas como los de Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Afganistán, etcétera, son *errores* del socialismo, no inexistencia del socialismo. Un partido trotskista es un laboratorio en el que, aunque se combatan ciertas deformaciones burocráticas, se gesta puntualmente un tipo de sociedad jerarquizada. Los trotskistas pretenden borrar del centralismo democrático sus aspectos más dictatoriales y estalinistas —de ahí su legitimación de tendencias y fracciones al interior de la organización política—; pero no advierten que el centralismo democrático es, en todas sus variantes, un *laboratorio de la nueva sociedad de clases*, de una sociedad desdoblada en una intelectualidad dominante y un trabajo manual dominado. En verdad, el trotskismo es el último reducto de la ortodoxia.

Si el movimiento obrero y popular revolucionario de los países capitalistas, empezando por sus organizaciones políticas, caracteriza a las naciones supuestamente socialistas como B1 (capitalismo de Estado en alguna de sus modalidades), tendrá en común con A1 y con B2 la concepción *binaria* de las clases sociales y la convicción de que la *destrucción* del capitalismo —el cual no se restringe a su manifestación de capitalismo concurrencial o privado— equivale al inicio de la *construcción* del socialismo o de la sociedad de transición que conduzca en fin de cuentas al socialismo, es decir, a la *libre asociación de los trabajadores*. Difiere, sin embargo, de B2 y, sobre toda, de A1, en la idea de que la destrucción del capitalismo *no ha tenido lugar* en los llamados países socialistas. La revolución bolchevique, por ejemplo, no fue en ningún momento una revolución socialista, sino una revolución burguesa. El "socialismo" es, para ellos, la fase superior del capitalismo o del imperialismo. Entre el capitalismo concurrencial y el capitalismo burocrático-estatal, no hay un salto cualitativo, sino meras diferencias cuantitativas. Las llamadas revoluciones socialistas no son, en el mejor de los casos, sino estrategias para industrializar en sentido capitalista a los países subdesarrollados. En estas condiciones, el movimiento obrero y popular revolucionario debe prepararse para destruir no sólo el capital privado sino el capital colectivo,

no sólo a la iniciativa privada sino al Estado-patrón. Es de subrayarse que la caracterización B1, independientemente de sus intenciones, conduce, al igual que las A1 y A2, a una práctica política que busca promover la revolución *proletario-intelectual*. Hay, sin embargo, una diferencia: mientras A1 representa la versión *proletario-burocrática* de la revolución proletario-intelectual (es decir una revolución hecha *por* los obreros y campesinos *para* el sector burocrático-político de la *clase intelectual*), A2 y B1 encarnan la versión *proletario-tecnoerótica* de la misma revolución (o sea una revolución llevada a cabo *por* los obreros y campesinos *para* el sector tecnocrático-económico de la *clase intelectual*). Para luchar contra el capitalismo en todas sus formas —la concurrencial y la colectivo-burocrático— los partidarios de la caracterización B1 creen que, desde el capitalismo, el movimiento obrero y popular revolucionario debe pugnar contra el capitalismo privado y contra la posibilidad de que lo sustituya en el poder, tras la revolución llamada socialista (y que no es sino una revolución burguesa de nuevo tipo), la *burguesía de Estado*. Con el objeto de realizar esta doble lucha, los partidarios de B1 ponen el acento en las *unidades de base*: los consejos de fábrica, las comunas, el sindicalismo revolucionario. Unos ven al partido como imprescindible, otros se pronuncian contra él. Pero la intención que anima su práctica es destruir al capital privado y reconstruir la sociedad de manera no burocrática sino *autogestiva*. Pero la autogestión sin revolución cultural, la organización independiente de las masas sin subversión de la división del trabajo, no es otra cosa que el ascenso de la *tecnocracia*. No todos los partidarios de B1 sostienen tal idea de autogestión, el *maoísmo*, deliberada y conscientemente, asocia la transformación de las relaciones de propiedad con el aumento de las fuerzas productivas y la subversión de la división del trabajo. Pero, encharcada como está en una noción *binaria* de las clases sociales, tiene una *concepción abstracta* de la división del trabajo. Habla de la división del trabajo como desglosamiento de actividades; pero no advierte la existencia de unas *relaciones sociales de la productividad* que nos muestran la existencia de la *clase intelectual*. Ve sólo la división *horizontal* del trabajo; pero no la división *vertical*. *Una revolución cultural sin la denuncia sistemática de la clase intelectual deviene una nueva modalidad de ideología tecnocrática*. El maoísmo no es, por eso, una concepción franca y decididamente socialista sino la más clara expresión del *intelectual-populismo*.

Si, por último, el movimiento obrero y popular revolucionario, conjuntamente con sus organizaciones políticas, caracteriza en el capitalismo a las naciones "socialistas" como B2, tratará de convertirse en

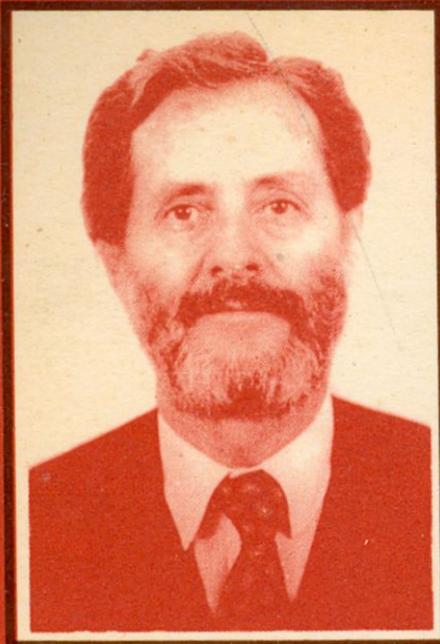
un bloque de lucha *destrutivo-constructivo*, es decir, en organizaciones autónomas de masas que se proponen *destruir* el capitalismo y *construir* en su lugar el socialismo. Estamos convencidos de que *sólo los partidarios de B2 pueden ser designados teóricamente como socialistas en sentido estricto*. Las interpretaciones A1, A2 y B1, pese a sus diferencias, tienen algo en común: *son diversas manifestaciones de la ideología de la revolución proletario-intelectual*. A1 con una tendencia *burocrática*. A2 y B1 con una inclinación *tecnocrática* (A2 de manera *reformista* y B1 de manera *"revolucionaria"*). B2, en cambio, *rompe definitivamente con la idea de la revolución proletario-intelectual*. ¿Cuál es la razón de ello? Que detecta la existencia de una clase social que, diferenciándose en su estructura definitoria tanto de los capitalistas cuanto de los obreros, tiende a *sustantivarse*, es decir, a convertirse en clase dominante y explotadora. No importa gran cosa que los partidarios de la interpretación B2 le den a esta clase nombres diversos (*colectivista burocrática, managerial, intelectual, etcétera*); lo decisivo es que, a partir del reconocimiento de la existencia de esta agrupación social con intereses particulares, rechacen definitivamente la idea, que priva en los partidarios de A1 y B1, de que *la destrucción del capitalismo equivale al inicio de la construcción del socialismo o a la gestación de un régimen de transición hacia éste*. Se puede, en efecto, destruir el capitalismo, sin que ello signifique que se ha conformado el socialismo o empezado a delinear su posibilidad real. Se puede destruir el capitalismo, como quiere A1, pero en su lugar crearse un MPI en el que la *burocracia* ocupa el lugar hegemónico. Se puede destruir el capitalismo y atar de manos a la burocracia, como quieren A2 y B1, pero coadyuvar a la creación de un MPI en el que la *tecnocracia* —o la *tecnoburocracia*— se sitúe en el lugar hegemónico. La única posibilidad de llevar a cabo una revolución socialista —hecha *por* los trabajadores manuales de la ciudad y el campo, no *para* la burocracia, la tecnocracia o cualquier otra fracción de la *clase intelectual*, sino *para* los propios trabajadores manuales de la ciudad y el campo—, la ofrece la interpretación B2. Los defensores de esta última serán partidarios, sí, de la autogestión; pero de una autogestión que conlleve la revolución cultural. Serán partidarios, desde luego, de una política destructiva, lo más eficaz posible; pero también de un laboratorio de comunismo que anticipe, que *construya*, en la medida de lo factible, el *modus vivendi* socialista. Serán partidarios de una manera diferente de vincularse a las masas: no para jinetearlas, sino para promover en ellas el proceso de su autoliberación. Sustituirán el centralismo democrático —que se basa en un efficientismo *intelectual*- por la *democracia centralizada* —que pretende unir a la eficacia la subversión paulatina, pero sistemática, de la

división del trabajo.

## INDICE

Capítulo I. <i>Hacia una caracterización del modo de producción "soviético"</i> .....	1
---	---

Capítulo II. <i>Apuntes sobre algunos aspectos de la situación política internacional y la política de alianzas</i> .....	17
Capítulo III. <i>El internacionalismo proletario-manual</i> .....	26
Capítulo IV. <i>¿Guerra entre países socialistas?</i> .....	34
Capítulo V. <i>La naturaleza de los llamados países socialistas</i> .....	42
Capítulo VI. <i>El nuevo Sánchez Vázquez y el problema de los países supuestamente socialistas</i> .....	65
Capítulo VII. <i>Para llegar a buen puerto (algunas implicaciones políticas derivadas de las diversas caracterizaciones de los países llamados socialistas)</i> .....	94



Estos ensayos de Enrique González Rojo se inscriben, no en un marxismo dogmático y cerrado, sino en aquel en trance de búsqueda y renovación. Parten del convencimiento, en contra del doctrinarismo habitual, de que la mera destrucción del capitalismo no equivale al inicio de la construcción del socialismo. La URSS y los demás países del campo "socialista", cree el autor, han dismantelado el régimen capitalista, pero no han generado el socialismo ni encarnan un régimen de transición hacia él. ¿Cuál es, entonces, su naturaleza? Los textos que conforman el presente libro —redactados en un lapso de varios años, ya que el primero fue escrito en 1978 y el último en 1984— pretenden dar una

respuesta a esta pregunta. Una respuesta embrionaria, pero contundente. Como los escritos están elaborados en momentos diferentes, presentan algunas visibles diferencias —por ejemplo en el primer ensayo se acepta la posibilidad de que los países "socialistas", en coyunturas especiales, pudieran involucionar hacia el capitalismo, mientras que en el sexto se rechaza tal posibilidad—; pero en lo esencial se mueven todos dentro de la hipótesis de que los llamados países socialistas constituyen formaciones sociales (donde no han desaparecido ni las clases ni la lucha de clases) que exigen, por razones teóricas y prácticas, ser entendidas y explicadas por una ciencia social contemporánea puesta al servicio del proletariado manual. Enrique González Rojo es autor, además de *Los trabajadores manuales y el Partido*, primer tomo de estas *Obras Filosófico-Políticas*, de: *Para leer a Althusser* (Editorial Diógenes), *Teoría científica de la historia* (Editorial Diógenes), *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual* (Editorial Grijalbo), *Bosquejo para una teoría del Estado. El caso de México* (Ediciones Pico y Pala), *La Revolución proletario-intelectual* (Editorial Diógenes) y *Epistemología y socialismo* (Editorial Diógenes, Universidad Autónoma de Zacatecas y Tendencia Sindical Independiente UAZ).

editorial domés